

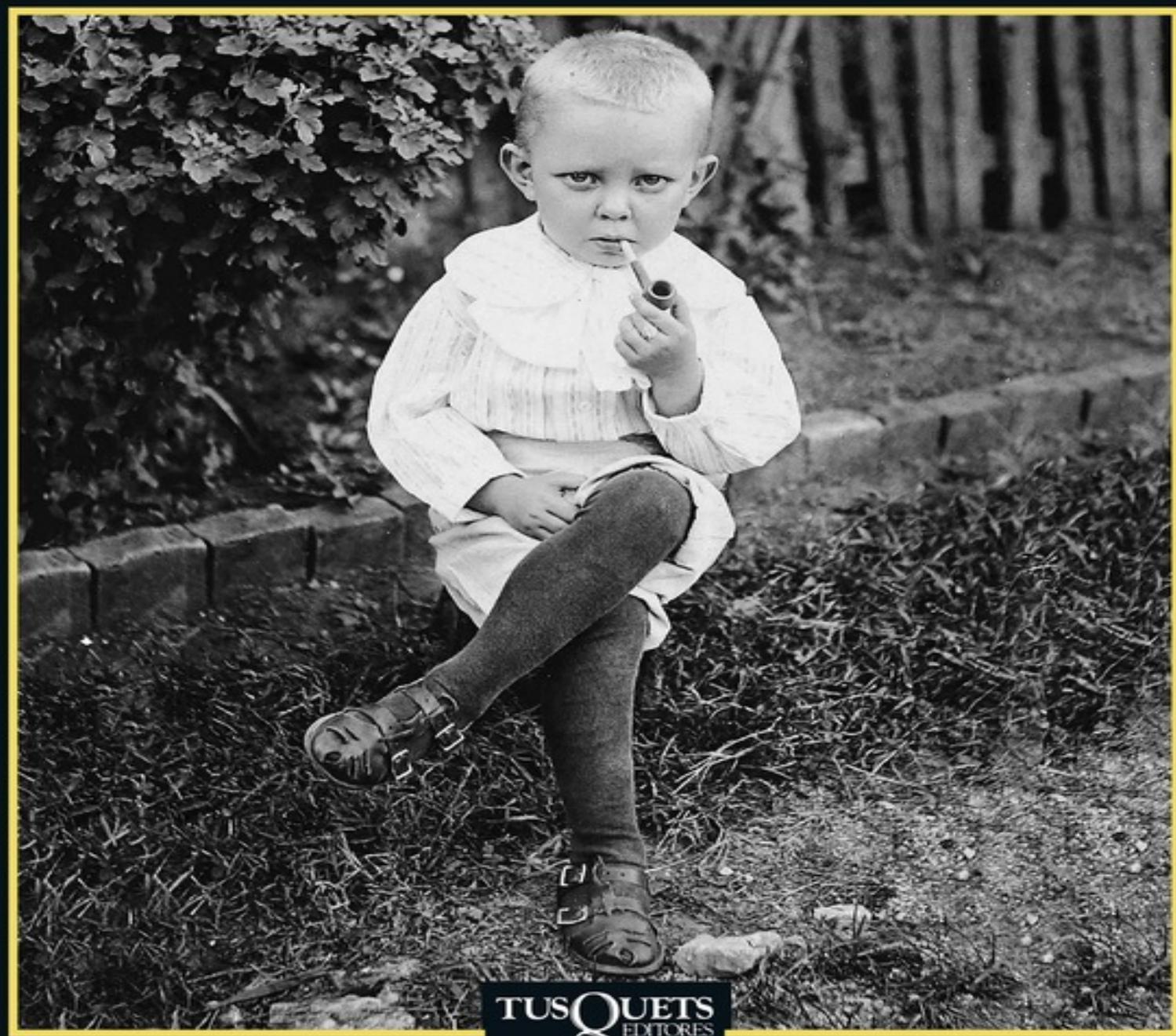
Fernando Ampuero

EL ENANO

HISTORIA DE UNA ENEMISTAD

MEMORIAS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

FERNANDO AMPUERO
EL ENANO
HISTORIA DE UNA ENEMISTAD

TUSQUETS
EDITORES

ADVERTENCIA

Todos los personajes que figuran en este relato son reales y se los menciona por sus nombres verdaderos. El único con nombre ficticio es el protagonista, Hache, a quien preferí bautizar así por tratarse de un apelativo sencillo y más grato de pronunciar que el nombre original. Los hechos aquí narrados, basados en una confesión de parte, ignoran la secuencia histórica en dos ocasiones. Como en tantas crónicas con visos literarios, tales detalles no cambian la esencia del contenido, de manera que si algún lector piensa lo contrario, le aseguro desde este momento que cualquier parecido con la realidad debe tomarse como un acto intencional.

La envidia mata a los pequeños.

LIBRO DE JOB, CAP 5, V 2.

UN SIMPLE SALUDO de sus semejantes lo hacía soñar con la venganza.

Cuando Hache (tal es el nombre de mi enemigo) conocía a una persona, imaginaba casi de inmediato la manera más rápida de atacarla y destruirla. Las personas, en su opinión, eran víctimas a corto o largo plazo: seres a los que no debía contemplarse con miramientos. De lo contrario, en caso de mostrarse amable y sincero —imperdonable debilidad—, él correría serios riesgos; vale decir, se expondría, como ya antes había sucedido, especialmente durante los últimos años de su infancia y en toda su adolescencia, a una experiencia sumamente dolorosa: aceptar que los demás habían crecido, mientras que él, ay, continuaba en íntimos tratos con la superficie terrestre, mordiendo el polvo.

Hache era un enano. Y no el enano triste y silencioso, ni el alegre y optimista, ni el gracioso y dicharachero, sino más bien el lugar común: el arquetipo del renacuajo envanecido y prepotente de los cuentos para niños y de algunas suntuosas cortes del Renacimiento; el enano colérico y maligno. Pareciera que exagero, pero no es así en absoluto. Estoy dándoles un retrato muy fiel, muy realista. Ocurre sencillamente que Hache, con su sola presencia y sus destempladas actitudes, constituía una suerte de exasperada caricatura de sí mismo.

Nada personal tengo contra los sujetos de baja estatura. Muchos de mis amigos más entrañables son personas pequeñas, por quienes siento enorme respeto, afecto y admiración: gente abierta y simpática, almas transparentes que saben que la calidad humana no se mide con un centímetro. Hache, sin lugar a dudas, desconocía esa grandeza de espíritu, aunque quizá, en su etapa de joven lleno de ambiciones, disimulaba esta y otras carencias.

LA HISTORIA DE NUESTRA enemistad comenzó antes de que nos hayamos visto por primera vez. Él, en el colegio (que no fue el mío), era el más bajo de su salón, y yo el más alto. Puestos uno al lado del otro, me imagino, le llevaría entonces dos cabezas, diferencia que, según me informan, se mantuvo inalterable a lo largo de la secundaria: Hache rozaba a duras

penas el 1.40, mientras que yo, que aún no terminaba el desarrollo, alcanzaba el 1.86 (más tarde, en la universidad, me estabilicé en 1.90). Sin embargo, en la época en que nos conocimos, un brusco y sorprendente cambio se produjo.

Eran mediados de los años setenta y la juvenil moda de esos días auspiciaba el uso de las camisas de colores chillones y los pantalones de bocamangas acampanadas, pero traía también, para gran felicidad de Hache, una novedad igualmente estafalaria: los zapatos macarios. Se trataba de unos zapatos de tacones altísimos. Cuadrados y de madera maciza, aquellos tacones, que sonaban como cascos de caballo, elevaban al usuario por lo menos unos diez centímetros. Hache aprovechó la oportunidad con gran entusiasmo, asumiéndola como una vindicación gloriosa, y durante años irguió su pequeñez encima de esas ruidosas plataformas.

Lo malo es que, a causa de otros aderezos en boga —el pelo largo sobre los hombros, los cinturones anchos de hebillas enormes—, el efecto óptico no era el deseado. Así, pues, en vez de verse más alto parecía más diminuto. Yo, naturalmente, tan pronto lo vi, me percaté del problema y mantuve una expresión imperturbable. No era mi intención herirlo, ni mucho menos ofenderlo con un gesto ambiguo o un comentario desatinado.

Fuera del asunto de la estatura, Hache y yo, hay que decirlo, estamos hoy separados por un oficio común: el periodismo. Cuando lo conocí, tiempos de mis primeras armas en la prensa, él, dos años mayor que yo, tenía ya un lustro golpeando las teclas. Ambos trabajábamos, y ahí fue donde nos conocimos, en la legendaria redacción de la revista *Caretas*, aquella de la esquina de Camaná y Emancipación, cuyas oscuras y laberínticas oficinas rezumaban pasado, coraje y misterio.

Por entonces Hache pretendía ser un entrevistador acucioso y corrosivo, pero temperado. Guiado por la ágil batuta de Enrique Zileri, director de la revista, empezaba a inventarse una personalidad periodística a base de los procedimientos de tres célebres virtuosos del género: Alfonso Tealdo, inquisidor de la tele peruana, y dos fulgurantes damas del interviú agresivo, la italiana Oriana Fallaci y la norteamericana Barbara Walters. Su punto flaco, no obstante, era su carácter: fácilmente perdía el control y caía en el exceso. Los flamantes macarios (con toda la seguridad psicológica que estos aportaban) y el nuevo estilo de periodismo agresivo harían en él una pésima combinación.

Nuestro primer encuentro fue en un pasillo de *Caretas*. Como a toda persona que le inquieta su escaso tamaño, tomó distancia antes de dirigirme la palabra. Nos saludamos con un ligero movimiento de cabezas, sin darnos la mano. Que yo recuerde, en las contadas temporadas que nos reuniera el destino, nunca nos estrechamos las manos siquiera una vez.

Lo miré con atención y lo calé en dos segundos.

Ambos pertenecíamos a bandos opuestos. Y aquí, para evitar confusiones, es necesario detallar brevemente el catálogo de actitudes colectivas de la juventud setentera.

A grandes rasgos, en muchas ciudades del mundo, los jóvenes se agrupaban, según términos de la sociología norteamericana, en dos vertientes: los *square* (conductas cuadradas, tradicionales) y los *freaks* (conductas contestatarias, contraculturales). Y entre unos y otros, en Lima y balnearios, pululaban los hippies (ya de capa caída), los tablistas (que generaban una culturita en su entorno), los izquierdistas (que veían en Fidel Castro la conciencia romántica de América Latina), los intelectuales (que rompían lanzas con sus antecesores), los orientalistas (que adherían al gurú en el candelero), los colocados (que introducían en forma masiva el electroshock de las drogas), los conformistas (que atestaban las oficinas) y los marginales (que apostaban por la delincuencia en un país hundido en la miseria y las injusticias sociales).

Hache y yo, jóvenes de letras de la clase media, tomábamos un poco de esto y de lo otro, y lo acomodábamos al perfil de nuestras opciones. Yo, con escasos recursos, fui uno de los miles de muchachos, pioneros del turismo económico, que se lanzaron a los caminos. En esos días, cuando empezaba en *Caretas*, venía de un largo viaje por Europa, luego de haber recorrido con una mochila sobre la espalda casi todo el Perú y buena parte de Sudamérica y el Caribe, incluyendo una prolongada estancia en las islas Galápagos. Y él, si se quiere, no venía de ningún lado, sino que ya estaba, en su primer peldaño, insertado en lo que por entonces se llamaba el *establishment* y procurando hacerse un sitio. En suma, si yo era un híbrido de *freak* e izquierdista, Hache era un *square* moderno que posaba de contestatario. Y ambas ondas, por si fuera poco, se reflejaban en nuestra indumentaria. Él, con sus lustrosos macarios, vestía como un chulo de discoteca, y yo, no menos pintoresco, con jeans, botas de cuero natural y casaca verde oliva de veterano comprada en

tienda de segunda, tenía el *look* de los raidistas.

Nada de ello, sin embargo, impidió que tuviéramos un acercamiento cortés.

—Has publicado un libro de cuentos —me dijo—. ¿Sigues en eso?

—Sí —repuse—. Pero necesito un trabajo que me dé dinero.

Asintió. La mayoría de muchachos con aficiones literarias derivaban por lo común en el periodismo, medio natural de supervivencia de tantos escritores en ciernes.

—¡El dinero! —exclamó—. ¡Siempre está el problema del dinero!

—Así es —dije yo por decir algo—, hay que pagar las cuentas.

Un comentario trivial, por cierto, normal entre dos personas que acaban de conocerse e inician una conversación. Pero él no lo tomó así. Hache había visto en mis palabras un pretexto para exhibir su temperamento. Repentinamente proyectó una mano hacia mí, una mano tensa como una garra, que orientó enseguida hacia un lado de mi hombro derecho, como si allí, en aquel cercano espacio vacío, flotara un espectro amenazante.

—¡No, no, es algo más! —vociferó—. ¡El dinero es el único Dios al que todos, sin distinción, rendimos pleitesía!

El chico quería impresionarme y lo complací: permanecí por unos instantes con la boca ligeramente abierta. Hache, satisfecho con mi reacción, me propuso entonces que almorzáramos juntos.

—Hay un local abajo, en Camaná, que tiene algunos platillos buenos.

Platillos dijo, no platos, y aquella inesperada palabreja me sonó como un *gong* (platillo de bronce chino, en efecto) que alguien hubiera aporreado en mi oído.

Cuando salimos a almorzar, al cabo de dos horas, yo aún no estaba muy seguro de cómo podía ser aquel individuo. Tenía algunas sospechas, claro. Soy un observador más o menos entrenado. Y, desde un primer momento, advertí que hablaba con voz excesivamente alta, cosa habitual entre la gente sorda y la gente bajita; que gesticulaba con ampulosidad; que intentaba ser un interlocutor brillante; que la estética de sus tenidas dejaba mucho que desear; y que era, en fin, una persona bastante curiosa y un tanto impredecible.

Diez minutos después de habernos sentado juntos a la mesa, y de contemplar atónito como se comportaba, mis dudas se esfumaron. Mi opinión

sobre Hache se volvió clarísima como una tarde de verano.

AL PRINCIPIO, con la mayor buena voluntad, me esforcé por adoptar una actitud relajada. De manera automática, Hache se había dirigido al restorán Koala (hablo del primer Koala, que era una típica chingana de *niseis* con bar y comedor, en pleno Centro de Lima), sede de los plumíferos de la zona, al que concurrían colegas de *La Prensa*, *Última Hora* y *El Comercio*, y, naturalmente, la planta de *Caretas*. Allí, en muchas de esas mesas, se cocinaba la actualidad política del país. Tras un primer vistazo al local, supe que los precios estarían al alcance de mis exiguos ingresos. El decorado modesto —espejos viejos, flores de plástico, fórmica a granel y aserrín en el piso del bar— lo proclamaba a gritos. No obstante, en el siempre repleto Koala, la cuadrilla de mozos hacía gala de unos vistosos y bien cortados uniformes.

Los clientes conocían a los mozos por sus nombres, intercambiaban bromas con ellos y les pedían recomendaciones gastronómicas. Y fue precisamente merced a aquellos mozos del Koala que mi percepción de Hache obtuvo una forma nítida y definitiva.

Hache se había sentado a la mesa con la espalda rígida como una tabla. Sin mirarme, con el ceño fruncido, como quien debiera resolver un asunto gravísimo, tomó el menú entre sus manos y lo levantó a la altura de su barbilla. Daba la impresión de que iba a cantar en tono litúrgico el listado de los platos del día, o de que allí, en lugar del menú, alguien había filtrado y pegado clandestinamente, y solo para él, las actas del Consejo de Ministros. La solemnidad, el empaque, la afectación de sus ademanes, eran desconcertantes. Imaginé por unos segundos que me estaba tomando el pelo. La escena de la mano en forma de garra en el pasillo, a fin de cuentas, me había dado una idea de su sentido histriónico, aunque en esa ocasión, eso sí, no contábamos con público. Y estuve a punto de celebrar su buena actuación. Pero algo, un chispazo de lucidez, me detuvo y ello me permitió ver el momento exacto en que levantaba la mano como una bailarina de flamenco y enseguida, frotando los dedos, soltaba al aire un enérgico y sonoro chasquido.

—¡Camarero! —llamó Hache con voz tonante.

Yo estaba nuevamente boquiabierto, pero ahora de veras.

—¡Camarero! —insistió.

Aquel no era un mundo globalizado. Aquel era un mundo donde a los mozos se les decía mozos, y el término “camarero” solo se oía en Lima en las comedias de Alfonso Paso. ¿Acaso el buen Hache será un fanático de los montajes teatrales de Pepe Vilar?, me pregunté.

Uno de los mozos se acercó a la mesa y replicó:

—¿Sí, señor? ¿Quiere hacer ya su pedido?

Hache asintió dos veces con la cabeza, muy serio y lentamente:

—¡Por favor, me trae un lomo saltado! —dijo.

Me atoré. No había podido contener la risa y esta, desbordante y cantarina, a pesar de mantener las mandíbulas apretadas, halló puntos de desfogue poniéndome en evidencia.

Hache me miró extrañado y mostró que tenía una gran sensibilidad para detectar las mofas, aun cuando no hayan sido deliberadas. Excusarme, reflexioné en esa desazón, no habría llevado a nada. Lo mejor ha de ser hablar francamente, como dos muchachos que somos, sin ninguna mala sombra y dispuestos a confraternizar. Craso error.

—Oye, Hache —le dije—, ¿tú eres así todos los días o me quieres vacilar?

—¿Qué quieres decir con que si soy así todos los días?

—Así, tan envarado.

—Tengo dolores de espalda —repuso con expresión mefistofélica.

—Ajá —dije y miré en otra dirección.

La charla no le gustaba nada, de manera que cambié de tema. Total, si el tipo no tenía correa y desechaba de antemano un diálogo con más frescura, yo tampoco estaba interesado.

Hablamos el resto del almuerzo sobre el estilo de los reportajes de *Caretas*, que aunaban la ironía y el filo político, y luego sobre novelas europeas del siglo XIX, de las que hablaba con pasión, pero que, a mi entender, a juzgar por sus comentarios, no había digerido bien.

A partir de ese momento, Hache empezó a verme con desconfianza.

ESPERO QUE YA NADIE, a estas alturas, abrigue la menor esperanza de

que esta sea una historia imparcial. Se trata más bien de todo lo contrario: una historia sumamente parcial, alegre y honestamente parcial, como corresponde en estos casos, y que por consiguiente solo aspira a recrear algunos incidentes menores de los últimos veinte años. Los grandes sucesos históricos, materia prima del trabajo de Hache y del mío en diversas etapas de nuestra vida periodística, los pondré al margen. Y si por ahí, en un recodo de mi breve relato, acabo aludiendo a un hecho determinado, mi único propósito ha de ser iluminar la génesis de un incidente banal, de un gesto agrio o de un ataque de histeria, tan significativos en la naturaleza del personaje, y no darle más cuerda a su prefabricada y manida faceta pública de heroico fiscalito de la tele en el que habría de convertirse.

Trabajamos juntos en *Caretas* algunos años y, si bien nunca tuvimos una amistad, hubo entre nosotros una fluida relación de colegas. Como la mayoría de novatos en la revista, yo escribía de todo, desde crónicas de corte sociológico a retratos de personajes, lo que incluía, entre muertos y heridos, notitas políticas para *Mar de Fondo*, reportajes culturales, cobertura de fiestas en la sección *Ellos & Ellas*, safaris de playa en busca de chicas lindas y mucho trabajo de galeote (llamábase así a la tarea de “voltar” los defectuosos textos de los practicantes). Él, que era el jefe de Informaciones, se reducía a la política, tema capital de la revista, y de vez en cuando a una que otra nota magacinesca que no dañara su supuesta reputación de intelectual.

Y aquí, también, estábamos en orillas distintas aunque no eran propiamente opuestas. Hache, con razón, se sentía muy orgulloso de su posición en la revista, y no comprendía que yo no buscara aproximarme a su área.

A decir verdad, el periodismo, para mí, era entonces solo un trabajo. Mi mayor interés estaba en la literatura, mi primer romance, y a ello, leyendo o escribiendo, dedicaba a diario algunas horas robadas al sueño. Después, con el tiempo, el periodismo se convirtió en una pasión. Y no sé cómo, un buen día, reconcilé estas dos actividades. Con la literatura atendía a mi mundo más íntimo y personal; con el periodismo, directo y de llegada inmediata, satisfacía mi sentimiento de responsabilidad cooperativa.

Pero en esos días tal dualidad no se había dado. Y yo asumía mis tareas de muy buen talante. Naturalmente, dado mi genio jovial y mi superávit de

vitaminas, lo que más me gustaba eran las notas fiesteras. Mis noches, y a veces buena parte de mis mañanas, se dividían entre las lecturas hasta el amanecer y las fiestas inolvidables que solían ser luaus, rociados *vernissages* e inauguraciones de pubs —muchos garajes de la sufrida clase media de Miraflores, con Velasco Alvarado, se transformaron en tabernas—, pero abundaban también las tientas taurinas, los saraos político-culturosos y los paseos en velero. Una maravilla.

—¡Qué buena vida se pasa con el periodismo! —comenté en cierta ocasión, luciendo unas bien ganadas ojeras—. Uno vive como un rico, sin serlo. Siempre te están invitando a viajes, o te alojan en hoteles cinco estrellas, o comes por canjes en los mejores restaurantes y, caray, todo el tiempo lo pasas fantástico, ¿no te parece?

Hache fijó en mí una mirada censora.

—Tú has estado becado en un país comunista, ¿no?

—He vivido en Hungría —repuse.

—¿Eres de izquierda o no?

—Soy de izquierda, sí —e intuyendo por dónde iban los tiros, añadí—: pero también soy una persona que no se asusta de ser feliz.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Hache, no soy un beato de izquierda. La gente de Hungría tampoco lo es. Casi todos aquellos que he conocido allá odian a los rusos invasores. Pero, ¿me podrías decir a qué viene esto? ¿Te parece mal que vaya a fiestas? Ir a fiestas y traer una nota sobre ellas es parte de mi trabajo. ¿O no quieres que haga bien mi trabajo?

—No, no es eso. Pero te veo muy animado.

—Soy una persona animada, lo que, gracias a Dios, considero una suerte. ¿O acaso pretendes que asista a los luaus con cara de comisario soviético?

Hache soslayó mi pulla, echando la cabeza hacia atrás y lanzando una risotada. Su risa, con la boca desmesuradamente abierta, merecería un capítulo aparte. Era una risa laberíntica, frenética, que arrancaba con un espasmo y concluía, presa de un nerviosismo patológico, en una explosiva carcajada.

—¿Qué te gusta de esas fiestas?

—No lo sé, muchas cosas: el buen vino, las mujeres hermosas. Y, bueno,

también se oyen conversaciones inteligentes.

—¡Burgueses! —exclamó Hache, sin poder controlarse. Esa manoseada palabra, entre la juventud progre, equivalía a una somera mentada de madre.

Esta vez me reí yo, meneando la cabeza:

—No creas que todos los burgueses son idiotas o poco cultivados —dije—. Si lo fueran, no tendrían el poder en sus manos. Pero, en fin, ellos no me interesan tanto. Las que más bien me interesan son las burguesas, chicas realmente preciosas.

Esbozando una sonrisa indulgente, Hache se encogió de hombros y marchó a su oficina. Pero previo a eso, como en un ritual, se sacó sus anteojos de miope, limpió los vidrios con los faldones de su camisa y, antes de volver a ponérselos, empequeñeció los ojos al mirarme. Y ahí fue cuando vi, cual animal agazapado, el hada negra de todas sus iniciativas: la envidia.

En esos ojitos achinados, en esas oscuras pupilas, asomaba una luz turbia que reclamaba su tajada de torta. ¿Acaso no la tenía? Tenía lo que le tocó, como a todos los que venimos a este mundo sin haberlo pedido, pero quería más. Y nadie le negaba su derecho a intentar cambiar su situación. El problema era que él se proponía conseguirlo a costa de todo y de todos.

Podrá parecer vanidoso que yo esté hablando de la envidia que Hache me tenía. Debo decir, para tranquilidad de muchos, que esta, en esencia, viene a ser exactamente la misma con la que distingue a otras personas. Lo que cambia en buena cuenta es la envoltura. En mi caso específico, le irritaban mi estatura física, mi vida literaria y mi desdén respecto a los convencionalismos marxistas-leninistas acerca de las diversiones mundanas.

Sobre esto último, por supuesto, yo no hacía la menor concesión. Recuerdo alguna vez haber ido al cine con un amigo de izquierda a ver una película romántica, una historia de amor clásica, y haber quedado espantado cuando oí su comentario al terminar la función.

—¿Y? —le pregunté, emocionado, pues la historia me había parecido fascinante—. ¿Te gustó?

—No sabría decirte —dijo—. La posición de clase no está bien definida.

¿Qué película había visto ese hombre? Lo ignoro. Pero de lo que sí estaba seguro es de que, con tales anteojeras, esa gente se perdía de gozar y entender por lo menos la mitad de la vida.

Algo quiero añadir sobre nuestras posiciones políticas. Yo, en cierto

modo, era una suerte de soñador de izquierda. Había recorrido buena parte de los países detrás de la Cortina de Hierro y, de regreso al Perú, no me sentía nada ilusionado. No comulgaba con el régimen dictatorial del general Velasco Alvarado ni con los partidos atomizados de la izquierda nativa. Hache, por el contrario, si bien no era del todo ortodoxo, había trabajado para la dictadura de Velasco en las oficinas gubernamentales de Propiedad Social. Y más tarde, con la defenestración de Velasco por Morales Bermúdez, había decidido volver al periodismo independiente.

—A Hache le jode mi flexibilidad —le comenté a Eneas Marrul, redactor de *Inactuales*, cuya oficina en *Caretas* era vecina a la mía.

—A Hache le jode el mundo —dijo Marrul.

—¿Ah, sí? ¿Y sabes por qué?

Tras asomarse sigilosamente al pasillo para ver si nadie lo oía, Marrul aseveró:

—Hache es un hombre sin música.

No entendí a qué se refería.

—¿Sin música? ¿Qué quieres decir? A veces he notado que oye música en su oficina.

—Hablo de su corazón —dijo Marrul perentoriamente—. Es un hombre sin música. No hay nada peor que te pueda ocurrir.

AÑOS DESPUÉS, a principios de los ochenta, el periodismo televisivo se impuso como una desafiante tentación. Los periodistas serios dudaban de la tele, medio anodino en opinión de los puristas, pero el dilema se zanjó cuando una celebridad de las letras, Mario Vargas Llosa, saltó a la palestra con un ameno programa de entrevistas y reportajes que en un santiamén capturó a la audiencia.

Hache, que ya estaba coqueteando con las cámaras, fue parte de esa oleada. Debutó con un programa (no recuerdo el nombre) cargado en lo político y remedó, con bastante más veneno, las filosas inquisiciones de Tealdo. El espacio tuvo buena acogida y lo catapultó a las primeras planas. Hasta que, en una de esas, algo lo enfureció (tampoco recuerdo el motivo) y se peleó con el propietario del canal, renunciando airadamente.

Este fue el principio de una interminable serie de clausuras de sus programas, o bien de una interminable serie de renunciadas con pataleta, en algunos casos por razones justificadas, y en otros, como me consta, por motivos falaces o subalternos.

Claro que las clausuras de programas, en lo que a mí concierne, serían también inevitables. Si bien yo empecé en la tele con espacios culturales (entrevistas a Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato o Cristina Gálvez), acabé dirigiendo y conduciendo programas con secciones políticas, como lo fueron *Documento* y *Uno más uno*, el primero cerrado con escándalo por presiones del gobierno de turno a los dueños del canal —el eterno conflicto de la libertad de empresa y la libertad de prensa—, y el segundo abruptamente desconectado del aire cuando se anunciaba un informe especial sobre la matanza de los terroristas en los penales.

Ahora bien, la imagen televisiva ha sido el territorio de Hache. A esta le entregó su vida. Yo, en cambio, fui un ave de paso. La tele me proporcionó en su momento grandes satisfacciones y me encandiló durante algunos años, mas a la postre acabó cansándome. Y de pronto sentí que no la soportaba. Me hacía perder privacidad, me invadía a toda hora, era un comecoco. Pero, sobre todo, me alejaba de un sueño: escribir algunos cuentos sobre historias íntimas, muy sentidas, que hacía muchos años llevaba adentro.

Así que terminé dejándola. Y retorné a la prensa escrita, que me devolvía una rutina discreta y me daba el aire suficiente para reanudar mis anhelados avatares literarios.

Pero la televisión, de hecho, sería el detonante de nuestra enemistad. Con ella empezó una absurda rivalidad de su parte que nunca entendí muy bien, y el feroz odio que aún me depara.

—¿Odio? —me preguntó alguien, intrigado—. ¿A tanto llega la cosa?

—Sí —le contesté—. Odio enfermizo, odio humeante y viscoso.

—¿Y tú sientes lo mismo por él?

—No, yo no odio a Hache; a lo sumo, lo desprecio. No creo que un sujeto de su calaña merezca otro tipo de sentimiento, lo que, dicho sea de paso, lo pone en ventaja. Hache, en realidad, cuenta con muchas ventajas. Por ejemplo, tampoco podría darle una buena zurra: pegarle a un enano es un abuso. Mi única alternativa, si algún día se me cruza, será darle un cocacho, como a un niño malcriado.

Este comentario, al igual que muchos otros en dos décadas, llegaron a él por correo de brujas y lo avinagraron conmigo para siempre.

PERO VAYAMOS A NUESTROS comienzos en la tele.

Era 1982. Con un nombre que iba en ascenso, Hache se encontraba a punto de iniciar un nuevo programa en el canal 4, mientras que yo, viajero entre Lima y Buenos Aires, realizaba en el 7, canal del Estado, un documental de hora y media sobre la guerra de Las Malvinas. Pero aun cuando Hache me llevaba la delantera, ambos, plumíferos de origen, estábamos puliendo los rudimentos del nuevo medio.

Terminado ese trabajo de enviado especial, quedé libre. Hache lo supo y me tanteó por medio de otras personas: necesitaba gente con experiencia. Me mostré interesado. El suyo era un canal privado, de antena caliente, y se gestaba un espacio dominical en horario nocturno, lo que se veía prometedor. A tres semanas de salir al aire, me llamó por teléfono y me propuso que trabajara con él. Acepté. El programa era *Visión*, que tuvo un éxito sin precedentes, veintidós puntos de *rating*, y en el que, aparte de volvernos a reunir laboralmente, intentamos, o al menos eso me imaginé, un mayor nivel de aproximación. Algunas veces, por ejemplo, fuimos juntos a la playa y de nuevo a almorzar, aunque no siempre con gratos resultados.

En ese tiempo, si mal no recuerdo, Hache se había separado de su primera mujer y se había mudado a un departamento en condiciones precarias, como suele ocurrir en esos trances que yo ya conocía, y me preguntó con notable olfato si tenía en mi casa una cama que me estuviera sobrando y que le pudiera vender. Tenía una cama, en efecto, nuevecita y sin estrenar. Mi queridísima madre había fallecido, en tiempos de reformas de mobiliario, y me tocó recibir por herencia muebles de toda suerte a los que no les destinaba ningún uso.

—Vamos a mi casa —dije—. Mírala, y si te va bien, te la llevas.

—¿Cuánto me costaría?

—Nada —dije con la mayor naturalidad—. Te la regalo.

La expresión de Hache se volvió rígida por un instante.

—¿Qué pasa? —indagué.

—¿Me la vas a regalar?

—Claro. No necesito ese trasto y tú estás en apuros, ¿no es así?

Otro error, maldita sea. Acababa de pecar por exceso de generosidad y había tocado una fibra sensible. Aparentemente, mi actitud desprendida, más enojosa aún a causa de mis modestos ingresos, revelaba que yo debía haber sido en mi infancia uno de esos niños asquerosos para quienes el bienestar no significaba gran cosa, simple y llanamente porque era normal. Y tenía toda la razón, viví una infancia sin privaciones, pero, Dios mío, yo no le estaba enrostrando nada, no le decía que él había estudiado en un colegio nacional y yo en un colegio de paga, ni que en su cuarto de juegos, horror, faltaba el trencito eléctrico que yo sí tuve. ¡Tal actitud estaba a miles de años luz de mi gesto! Pero ya poco podía hacer.

Con voz meliflua y enseñándome los lujos de su sonrisa más hipócrita, Hache decidió aludir a las terribles grietas entre lo que se suele llamar clase media alta y clase media baja.

—Aíta me ha dicho que tú vivías de chico en una gran casa de campo y que los veranos los pasabas en La Punta —dijo.

Aíta, Carlos Aíta, era el secretario todo servicio de *Visión*. Blanquiñoso, de ojillos huidizos y con facha de tramitador de pasaportes, trabajaba para Hache en turnos dobles: hacía los mandados, organizaba citas, espiaba a los redactores, traía los cafés, cualquier cosa.

—Aíta me interroga siempre.

—Has tenido una buena vida —agregó, absorto en su objetivo, como si quisiera hacerme culpable de algo.

—No me quejo.

—¿Y qué fue lo que pasó? ¿Por qué vives ahora en esa casita de Miraflores?

El servil Aíta lo tenía informado de todo.

—Mi abuelo hizo malos negocios y se arruinó. Las casas y muchas otras cosas se tuvieron que vender. Por suerte aquello sucedió cuando terminaba mis estudios.

—¿Pero no te sientes muy bien ahí, no?

—La casita me la dejó mi madre, Hache —me impacienté—. Y no está nada mal, se encuentra en una calle arbolada, tiene sala, comedor, patio,

jardincito, cocina, baños, cuarto de empleada y dos amplios dormitorios, uno que uso para dormir y otro para trabajar y acumular cuanto libro me pueda comprar. Además, tengo veinticinco años, estoy separado y vivo solo con un pastor alemán, no necesito más espacio.

Mi perorata lo turbó y, sin mayor trámite, volvimos al tema de la cama.

—Llévatela ahora mismo, si te urge.

—Gracias —replicó sin mirarme—, pero yo no puedo aceptar esto. Le vas a poner un precio y te la voy a pagar.

—Como quieras —dije yo.

Fuimos a mi casa, vio la cama, que era sencilla aunque de muy buena madera, afirmó que le gustaba y esperó a que me pronuncie. Le puse un precio de realización, que afortunadamente no objetó, y dijo que al día siguiente pasaría con una camioneta para llevársela. Se la llevó, pero no hizo pago alguno, porque, al parecer, no contaba con efectivo. Hasta este mismo momento, en que escribo estas líneas, estoy esperando aquel digno pago.

PERO EL EVIDENTE resentimiento social de Hache me dio qué pensar. ¿Qué había pasado en su vida? ¿Qué le había tocado en suerte?

Sobre ese espinoso asunto, del que nada sabía, me daría nuevas luces el inefable Eneas Marrul, mi viejo amigo de *Caretas*, flor de chismoso, y sobre todo, uno de esos tipos realmente memorables que poseen una inteligencia extraña y un ácido sentido del humor. Encontré a Marrul en un café del Centro de Lima y nos sentamos un rato a charlar.

—Escúchame, Fernando —me dijo—. El mundo está lleno de gente buena y gente mala. Pero el grandísimo huevas de Sigmund Freud ha venido por aquí a confundirlo todo. Ahora resulta que si un tío bestia tiene un trauma infantil, algo nefasto que le sucedió, su maldad de adulto se relativiza. Ningún trauma puede ser una disculpa.

—Freud no dijo que fuera una disculpa, sino una explicación.

—¡No hay explicación que valga! ¡La maldad no es inocente!

—Estoy de acuerdo —concordé, aunque algo no me convencía del todo—. Sin embargo, tengo ciertas dudas. ¿Tú das por sentado que Hache es una mala persona?

—Claro que sí.

—¿Y por qué estás tan seguro?

—Porque no tiene escrúpulos. He visto cómo trata al personal a su cargo. Una cosa es que alguien sea un neurótico y otra que sea un hijo de la guayaba. A cualquier individuo, si quieres saber cómo es, dale a que administre un poco de poder. Ahí verás quién es en verdad. Hache es el azote de los débiles, los sumisos y los indefensos: los utiliza para afilar sus colmillos. ¿No te has fijado con qué crueldad y sadismo maltrata a los practicantes? Bueno, eso es todo lo que puede hacer por ahora. Pero más adelante —profetizó Marrul levantando la voz y su cucharita de café—, conforme vaya obteniendo mayor poder, irá ampliando su coto de caza y les meterá diente a las grandes presas, ya lo verás.

Palabras de visionario, dado que Hache, como se sabe, ha construido su sonada carrera erigiéndose en el verdugo por antonomasia. Sus obsesiones favoritas, viendo el lado positivo, han sido la corrupción y los malos manejos del Estado. Encontró en ello una veta abierta, que midió, calibró y supo explotar tenazmente, consiguiendo grandes primicias y reportajes notables en repetidas ocasiones. Negar esto sería estúpido.

Lamentablemente, en nombre de la moral, metería en el mismo saco y de contrabando un sinfín de enjuagues que respondían a sus intereses económicos y a sus pasionales entripados. Y en aquel mismo saco, lo sé bien, incluiría luego sus resentimientos personales. Finalmente, para colmo, acabaría echando a la hoguera sus mejores pergaminos. En primer término, sus métodos de periodismo de investigación, legítimos en una primera etapa, cambiaron de color: adoptaron un inconfundible tono amarillo orín; y en segundo, y esto le restó mucha credibilidad, sacrificó su independencia política al subirse al carro, sucesivamente, de Juan Velasco Alvarado, Alfonso Barrantes, Alan García Pérez y Mario Vargas Llosa, entre otros.

—A mí no me parece tan malo —dije—. Creo más bien que es una persona que sufre.

Marrul me miró como si fuera un tonto perdido.

—¡No sabes de qué hablas! —me espetó—. Para eso se requiere una conciencia atormentada y él no la tiene. Todo lo que tiene es la herida sangrante de su amor propio.

—Bueno, eso es algo, ¿no?

Mi amigo resopló largamente antes de contestar:

—Lo sería, si fuera una persona sin tantos complejos. No es su caso. Estudia con atención sus movimientos y verás que no me equivoco. Hache funciona únicamente por actos reflejos, de manera mecánica. Si tocas ese botón, mueve un brazo; si tocas ese otro, salta una pierna.

—¿Como un robot?

—Como un robot —repitió—. Aunque se trata del único robot hecho con tubos de desagüe.

Solté una inevitable carcajada, pero instantes después, repentinamente, sentí que algo me oprimía el corazón. Hache ya me estaba dando pena. ¿Por qué era así el pobre? ¿Qué lo hacía ser tan impulsivo y desagradable?

Fue entonces cuando Marrul entró en materia:

—Te hablé hace un rato de Freud y de los traumas infantiles porque, como cualquier hijo de vecino, Hache figura en esa estadística —dijo—. Su trauma corresponde a un drama familiar. Todos, de una u otra manera, tenemos esa clase de dramas; algunos lo superan; otros, los dejan abiertos, en carne viva, para agobiarse la vida. Lo suyo no ha sido tan terrible, pero él lo tomó a la tremenda.

—¿Qué pasó?

Mi amigo explicó sucintamente lo que años después el propio Hache, en uno de sus tan asiduos alardes de exhibicionismo visceral, hizo público en dos tediosos artículos: reveló el triángulo familiar del que provenía y, acto seguido, emulando al Vargas Llosa de *El pez en el agua* respecto a su encono antipaterno, Varguitas sin talento, sepultó también a su progenitor bajo una lluvia de epítetos.

—Su padre tuvo relaciones con dos hermanas —dijo—. Se casó con una, y con la otra, al parecer, convivió. Con la primera hizo tres hijos, que Hache casi no conoció, y de la segunda nació él. Es hijo natural. Las hermanas se dispensaron desde entonces un odio mortal. Eso es todo.

Yo no era tan frío como Marrul y su historia de hecho me conmovió.

—Pobrecito —dije.

—¿Pobrecito?

—Claro. Es un radioteatro de la vida real, como en *El derecho de nacer*.

—Pero él se las arregla para transformarlo en el derecho de joder, derecho

que se otorga arbitrariamente, claro está.

—¡Pucha, Eneas, creo que estás siendo demasiado cruel!

Marrul me volvió a contemplar como si fuera un tonto perdido.

CON ESA INFORMACIÓN de su vida familiar, con esos lastimosos detalles filtrados en tonito confidencial, procuré, en lo posible, ser más comprensivo con Hache.

Difícil tarea. Altivo, orgulloso, el enano no se dejaba para nada. Y, en mi fuero interno, admití que todo intento por lanzarle una sogá era un eslabón más de la cadena de desastres.

Un día muy caluroso lo invité a ir a la playa. Recogió una ropa de baño de su casa, recogí yo la mía y, al cabo de un rato, bajamos hacia las playas de Miraflores y estacionamos el auto en el parqueo del exclusivo club Waikiki. Yo no era socio del Waikiki, sino de Las Terrazas, pero en el primer club tenía varios amigos y, sobre todo, una chica linda que me traía loco. Conocía a los porteros, quienes nos hicieron entrar, le mostré a Hache las magníficas instalaciones del club, con canchas de tenis, sauna, bar, restaurante, guardianía de tablas hawaianas y demás, y le dije que si quería se bañara en la piscina, pues yo iba a mirar un poco el panorama. Y el panorama, sonriente y vestido con un espléndido bikini, se me presentó de inmediato. Me puse a conversar con la chica y, a decir verdad, negligente anfitrión, me distraje.

Sintiéndose cohibido por el ambiente, Hache, en vez de meterse a la piscina o echarse a tomar sol en una tumbona, fue retrocediendo sobre sus pasos y, acomodando su toalla a manera de asiento, acabó sentado en un murito mirando al mar. Así lo vi, desde lejos, a cosa de cuarenta metros, en un momento en que me preocupé por su existencia, y sus tímísimas maneras y sus ademanes inseguros, que desconocía por completo, me sobrecogieron. Esta fue la única vez que Hache, tan desolado, tan fuera de lugar, me inspiró ternura y deseos de protegerlo. Y a eso me alistaba, lo juro, pero un empleado nuevo, que jamás había visto, se me adelantó. Cuando me incorporé para ir en su ayuda, ya el empleado le estaba pidiendo su carné de socio y Hache, con enorme incomodidad, estiraba un brazo y me señalaba con un dedito.

—He venido con el señor Ampuero —debía estar diciendo.

Rápidamente mi amiga y yo nos acercamos al empleado y solucionamos el problema, pero no hubo manera de subsanar la humillación que Hache reflejaba en su semblante.

Diablos, me dije, este incidente sin importancia podría pasarle a cualquiera menos a él.

Intuía, y con razón, que la visita al Waikiki lo sumiría en una catástrofe emocional. Se sintió feo, diferente, marginal. Reforzó sus complejos sociales y sus odios. Me detestó a mí y a los clubes exclusivos, a los analfabetos elegantes, a los residuos de la oligarquía y a todo aquello que le recordara el poder, el brillo, los colores y los sabores de las clases altas.

—Vámonos a La Herradura —me dijo tratando de disimular su malhumor.

Yo ya no podía más con mi sentimiento de culpa, pero mantuve el temple.

—Vámonos, claro —dije.

El sol resplandecía, el mar se veía más azul que nunca y las limpias y gruesas arenas de La Herradura acogían a bruñidas bañistas. Pasamos un día de playa tristísimo.

LA OFICINA DE *VISIÓN*, en el canal 4, una estancia pequeña, se hallaba en la mera esquina del movimiento; es decir, en la principal confluencia de pasillos por donde transitaban a ritmo acelerado oleadas de artistas y empleados de otros programas que allí se producían. Era una habitación austera, con una fuerte luz blanca cenital que nos demacraba a todos, y que poseía, fuera de una mesa redonda y sillas para que nos sentáramos apretadamente unas diez personas, un televisor, una videograbadora, una radio, dos teléfonos, una mesita con los periódicos del día y un horrendo calendario con tres gatitos adosado a la pared.

Las reuniones de trabajo se celebraban en esa oficina. *Visión* era un espacio semanal y, como todo medio de esa periodicidad, los reporteros debían buscar con ahínco temas novedosos y un ángulo distinto en sus informaciones. Quienes procedíamos de revistas, conocíamos al dedillo nuestras obligaciones, mientras que la gente de diarios, acostumbrada a otra

cobertura, iba más lenta. Y esto generaba roces con Hache. Pero en esa oficinita, en suma, se decidía qué se hacía y, acto seguido, los reporteros salían con cámaras a la calle, o grababan locuciones en el estudio, o se congelaban (por el siberiano aire acondicionado) en las islas de edición.

A Hache le hubiera gustado tener una oficina más grande y un camerino privado, como cualquiera de esas guapas *vedettes* que circulaban en mallas y lentejuelas por los pasillos, pero el canal ignoraba aún el potencial de los programas periodísticos y, por lo tanto, no se les daba un gran presupuesto. Después, con el éxito de *Visión*, las cosas cambiaron.

Esto era más o menos el escenario y las circunstancias en que pude descubrir dos lados todavía inexplorados de Hache.

El primero, aunque parezca increíble, fue su aspecto físico. Claro está que yo había reparado que Hache era un enano de ropas vistosas y ademanes afectados, pero, por alguna razón, no lo había observado en detalle, incluso habiéndolo tenido cerca en ropa de baño en la playa. Solo ahí, en los sets del canal, retocado por las maquilladoras antes de salir al aire, viéndolo moverse nerviosamente de un lado a otro, probando el sonido de los micrófonos, acomodando el cojín que solía poner en su asiento para que no se lo viera tan chato, exigiendo a los lumino-técnicos que corrijan un golpe de luz a fin de dar más nitidez y rotundidad a su gesto adusto, solo ahí, viéndolo discurrir en los monitores de prueba, se me reveló su tirante y perruna cara de pequinés enfurruñado, sus ojos inyectados, su cuerpo pernicorto, su piel oscura y de tono aceitunado pero limpia de espinillas, su boca fruncida de señorita disgustada.

—¡Caray, qué tipo tan raro es este! —murmuré.

Por esos días Hache ya vestía trajes de buen paño, aunque ansiaba, y eso debía tomarse como un serio y encomiable homenaje a Oscar Wilde, escandalizar con sus corbatas. Tenía para cada emisión una corbata distinta, ancha y de colores estridentes, de genuina seda.

Pero quizá lo que más me impactó del aspecto de Hache fue la versión final que quedaba de él tras los sucesivos polvos cosméticos que las maquilladoras, a exigencia suya, le aplicaban constantemente. Hache aparecía en pantalla rosado como un cerdito. El asunto es que, por un grave descuido, nunca estaba totalmente rosado. Solo su rostro se veía rosado, pero sus manitas, ajenas a todo polvo, se veían oscuras y prietas. Y esto es, ya se sabe,

un tema delicado.

El Perú es un país de racismo velado. No es Estados Unidos, donde por el color de la piel te dejan la cabeza como una coliflor, pero hay aquí miradas, algunas a quemarropa, que pueden ser igualmente letales. Yo, desde luego, me declaro totalmente antirracista. Soy un mestizo, como muchos peruanos, mezcla de sangre india y española, al que la ruleta genética le ha conferido las facciones y el tono de piel de lo que, en nuestro país, se llama blanco. No siento que, para mí, tenga eso alguna importancia. Muchos de mis amigos y amadas novias del pasado son, y siguen siéndolo, cholos y cholas de pura cepa.

Sin embargo, no sucede lo mismo con algunos que salen oscuritos. Si bien un segmento lo toma con soda, y las grandes mayorías con legítimo orgullo, hay un ánimo de “blanquearse” en una considerable porción de los peruanos, entre los que Hache, que odia tanto a los blancos como adora sus contradicciones, resulta todo un exponente de ese deseo melancólico.

Él debía sentir, como todos aquellos que van al cirujano plástico, que estaba arreglando un defecto de fábrica. Poseía, para compensar, rasgos faciales occidentales y un gutural apellido de origen germano. El detallito de la piel, finalmente, era una tontería.

Mas no lo era: le dolía, le obsesionaba. Y eso lo llevó, en ocasiones, a convertirse en un modesto precursor de Michael Jackson.

Una vez, cuando teníamos dos meses de programas, entré al estudio a saludar a uno de los camarógrafos y, al mirar hacia la mesa de conducción, ya no vi a Hache rosado, sino casi rojo como un vikingo en alta mar. Me quedé pasmado. Aún faltaban unos quince minutos para salir al aire y, calculando que podía enmendarse aquel exceso, decidí tomar cartas en el asunto. Pensé que una forma suave de abordar el punto era referirme al descuido de las maquilladoras, aduciendo que se les había pasado la mano. Y me dirigí hacia él, pero al verlo a menos de dos metros como un tomate encendido, empecé a toser, acobardado.

—¿Qué ocurre? —me preguntó Hache.

—Nada —dije—. Vengo a ver cómo se siente el calor por aquí.

Hache sonrió feliz, como si me hubiera acercado con reverencias a su altar mayor. Entre tanto, para mis adentros, me decía: “Con Hache he metido la pata varias veces, y si ahora le digo algo, creo que la metería hasta el

hombro”.

EL SEGUNDO ASPECTO INEXPLORADO, que había visto en *Caretas* pero que solo descubriría en *Visión*, fueron sus desbordes de temperamento, por decirlo de una manera ponderada.

Su trato laboral conmigo, eso sí, fue impecable. Jamás una mueca dura, jamás un tono elevado. Cierta vez, me parece, quiso romper esa norma no escrita, pero yo le clavé una mirada como dos cuchillos de carnicero que, de pasadita, le comunicaban: “Escúchame bien, enano, si subes un decibel tu tono de voz, te reviento los huevos de una patada, ¿está claro?”.

Yo, por lo demás, no estaba tan metido en la actualidad. Hacía entrevistas culturales en el Perú y en el extranjero, personalidades como Octavio Paz, José Luis Cuevas, Rufino Tamayo y el Indio Fernández. Si la cosa estaba caliente, naturalmente, ponía el hombro. Una vez, recuerdo, hice un documental sobre las terroristas presas de Sendero Luminoso. Fui a la cárcel de mujeres en el Callao, exclusiva para ese tipo de delincuentes, y las grabé adentro en sus quehaceres cotidianos. Mostré un poco de todo: los cantos corales en las mañanas, las sesiones de adoctrinamiento político, las clases de quechua que las presas andinas daban a las castizas limeñas. En una escena se me veía a mí, junto a unas rejas, entrevistando a la líder a cargo. La nota generó un escándalo, por el cual destituyeron al director del penal que me había permitido ingresar, pero fue indudablemente un batacazo. Hache, enervado por las notas de los diarios, no dijo ni una palabra.

Fue en eso cuando me enteré de que le molestaba que le hicieran sombra. Había que ser bueno, pero no al nivel de opacarlo. A mí, ya lo he dicho, me importaba un pepino las coronas de laurel. No estaba en competencia. Pero Hache veía todo a través de su cristal. Y así, al cabo de dos días, noté que me miraba con gesto avinagrado.

—¿Alguna novedad? —pregunté después de un rato.

Hache no estaba en la oficina en ese momento. Y Aíta, el secretario, contestó:

—Llamaron de Londres. La BBC ha comprado el documental que has hecho sobre las presas del terrorismo.

El inocente Aíta resultó breve y esclarecedor. No había nada más que decir.

PERO YO ESTABA HABLANDO de los gritos de Hache, ¿no es cierto? Bueno, decir que era un energúmeno no le hace justicia: sería minimizarlo. No, claro que no. Hache tenía más fuste que esa pobre imagen: yo diría que era la mismísima bestia negra, pero con un ají en el culo.

Cuando llegué al día siguiente al canal rebotaban entre las paredes de los pasillos los feroces alaridos del monje loco. Gritos atronadores, puñetazos sobre la mesa. Toda esa batahola procedía de la pequeña oficina de *Visión*, donde su también pequeño director, que acostumbraba bramar de cólera a la menor desavenencia, se estaba comiendo viva a una reportera.

Me detuve unos instantes en la puerta de la oficina y, tomando aire, entré con la idea de que mi presencia aplacaría su ira. Y así sucedió, aunque por otros motivos.

Lo que pasó fue que, al ver la puerta abierta, la presa que tenía entre manos, una frágil jovencita que temblaba como un venado y que a duras penas contenía las lágrimas, no dudó ni una fracción de segundo en salir corriendo lejos del malvado ogro.

—Qué tal —dije yo, jovial—, ¿tenemos ópera hoy día?

Hache no podía creer lo que decía y un músculo facial, el párpado derecho, empezó a latirle de manera independiente. Pero dominó su rabieta.

—¡Estas chicas descuidadas! —masculló irritado, sentándose ante la gran mesa redonda y poniéndose a buscar unos papeles—. ¡Hay que estar vigilándolas todo el tiempo! ¡Les pido una cosa y me traen otra! ¡Como si habláramos lenguas diferentes!

—Lo sé, pero tómalo con calma —le dije—. Si sigues así, vas a acabar con la garganta a la miseria.

Hache asintió varias veces con la cabeza. No obstante, su inquietud no cejaba, al igual que la de esos perros histéricos a los que les perturba no haber echado afuera todos los ladridos que albergan entre pecho y espalda.

Aquella era mi manera diplomática de intervenir sin sobrevolar las jerarquías, y de ahí, en privado, si me era posible, pasaba a las cariñosas

frases de consuelo a la víctima de turno.

¿Cuántas veces vi u oí esas broncas descomunales? No lo recuerdo. Fueron muchas, sin duda, pues el periodismo es un trabajo de neuróticos y todos los que estamos en esto lo sabemos requetebién. Hay causas justas, hay causas injustas, hay que navegar un océano de presiones y precipitaciones. Ocasionalmente, como sucediera con la jovencita antes mencionada, la gente huía, o bien se largaba dando un portazo, renunciando a ese infierno. Pero las más de las veces, por la necesidad de conservar el empleo o bien por las ganas de hacer una carrera, acababan tragándose el mal rato y persistían. En ambos casos, por cierto, tales crisis erosionaban el alma.

Una de las últimas broncas de Hache fue contra un chico muy avisgado, pero que patinó al no mencionar la fuente de una compañía encuestadora. Un error serio, desde luego, y que costaba pasar por alto, sobre todo a él, que, ironías aparte, no pasaba nada por alto. Hache enfureció de pies a cabeza y, cuando el chico huyó de la oficinita, lo persiguió por los pasillos a grito pelado. En ese momento el tránsito era nutrido. El chico logró escapar, y creo que para siempre, y Hache quedó atascado entre una multitud de niños y payasos que, como un corrientoso río selvático, se encaminaba al estudio de uno de los programas infantiles. Yo, que recién llegaba, quedé también atascado en el pasillo. Y fui testigo de una escena completamente anticlímax.

Mientras arreaba a los niños, un corpulento payaso, de esos que gastan trajes a cuadros, pelo rojizo y cara pintada, tropezó con Hache. Según parece, le dio un pisotón; algo que, dado el tumulto, debía tomarse como un accidente. Pero el enano no se aguantó. Hache siempre estaba perdiendo las oportunidades de quedarse callado. A veinte centímetros de la panza del payaso, comenzó a aullar y alzó una indignada manita en protesta. Algunos niños se detuvieron a mirar. Como sacudido por sollozos, estremeciendo su gran corpachón, el payaso, por toda respuesta, se secó unas lágrimas imaginarias y se marchó. Los niños festejaron la gracia con sanas risas.

El único que no rió fue Hache, que no sabía que lo estaba mirando.

POR ESOS DÍAS los enemigos de Hache empezaban a ser legión. Gente zaherida, ofendida, blanco de sus insidias o su maledicencia. Sus programas tendían a la confrontación, se habían convertido en una suerte de buzón de

denuncias en las que él, moderador inmoderado, ponía el ring y organizaba las peleas. Sus entrevistas, por lo demás, estandarizaban la polémica biliosa y el entredicho. Muchos de esos programas resultaban reveladores y, en virtud de la podredumbre social y política del sistema, profilácticos. Otros, en cambio, se reducían al golpe gratuito. Pero, mal que bien, cumplían con una función social y Hache brillaba bajo los reflectores.

El Perú necesitaba un fiscal que señalara a todos los ladrones de cuello blanco, y Hache, en disputa con otros medios de prensa, quería hacerse de esa plaza.

Pero el éxito, ni qué decir, corrompe. Y Hache, como un chico que salta de una piedra a otra para cruzar un charco, avanzaba inexorablemente hacia su decadencia: se tornó ególatra, fatuo, megalómano, arrojando fama de poseer un ego elefantiásico. Y en cuanto a su vocación de hacer sufrir a sus congéneres, se hizo proverbial. Incluso él mismo propaló que le gustaba oler el miedo, como los torturadores del Medioevo, ufanándose de su crueldad. A veces, por meras fruslerías, como la de no callar un chiste ingenioso sobre alguien, cancelaba una amistad de largos años. Aunque hablar de amistad, en lo que a Hache atañe, es una exageración. Podríamos hablar, a lo sumo, de acercamientos en buenos términos: él tenía empleados, dateros, empresarios con hambre de poder, políticos que necesitaban de sus favores, y que, ora resignados, ora entusiastas, aceptaban llevar la misa en paz. Pero amigos, lo que se dice amigos, no los tenía. Y esta era la peor de sus miserias.

A todo ello, nuestro acercamiento, que para un despistado podía pasar por amistad, se hizo añicos súbitamente. Bastó para esto un simple telefonema. Me llamó una emisaria del propietario de un nuevo canal de televisión, que deseaba tener su propio programa periodístico, de corte similar al de *Visión*. Y sería también dominical, nocturno y en horario estelar.

Al principio rechacé la oferta.

—Yo no estoy en la candela política —argumenté—. Mis notas son básicamente culturales y sociológicas.

—Pero ya has hecho varias notas políticas y has funcionado bien —dijo la emisaria, una mujer joven y guapa, de formal traje sastre—. La gente te reconoce en la calle. Y tus entrevistas culturales también nos interesan.

Me estaban mostrando la zanahoria.

—¿Les interesan mis notas culturales?

—Claro. No es lo que da *rating*, pero nos interesan. Lo capital, eso sí, es la política.

—Lo pensaré.

—No lo pienses mucho —la emisaria negociaba con una firmeza y decisión asombrosa—. Sabemos lo que estás ganando. Te lo vamos a duplicar. Además, no te puedes quedar todo el tiempo donde estás, ¿no? Tienes que seguir subiendo.

En la tarde, solo en mi casa, bajo la mirada fija de Argos, mi pastor alemán, me dejé caer en un sofá y enseguida apoyé un buen rato la barbilla en una mano, no como el gran poeta César Vallejo, con la palma abierta y doliéndose del Perú, sino como el granítico pensador de Rodin, con el puño cerrado y cautivo de las musarañas. ¿Qué debía hacer?

Como no tenía la menor idea, decidí correr hacia adelante.

—Tengo algo que decirte, Hache —afirmé. Era un día de trabajo desahogado y estábamos solos en la oficinita—. Creo que me voy.

—¿Te vas? —preguntó extrañado—. ¿Adónde?

—Me voy del programa.

—¿Qué pasa? —se rió—. ¿Otra vez piensas agarrar una mochila y volver a los caminos?

—No, no. Eso ya se acabó. Me voy a otro canal. Me están ofreciendo un programa propio y una buena paga.

De un momento a otro, el rostro de Hache adquirió un malsano color verdoso.

—¿A otro canal? —balbuceó.

Asentí.

—¿A qué canal?

—Al 9 —dije—. Es un canal nuevo que está agarrando fuerza.

—Te vas al 9 —habló quedamente como un sonámbulo, pero en un tris recuperó sus bríos habituales de hiperkinético—. ¿Has firmado algo?

—No —repuse.

—Bueno, entonces no hay problema. Todavía estamos a tiempo. ¿Cuánto te ofrecen?

—El doble de sueldo, y el programa propio, claro.

—¡Ja, eso lo arreglamos! Te daremos la misma plata, pero además canjes

de pasajes al país que quieras para las vacaciones y otros beneficios. Voy a hablar con Mauricio.

—Pero, Hache...

—¡No me digas nada, por favor! Primero habla con Mauricio. Esto lo arreglamos en dos patadas.

De pronto entró una llamada del Congreso de la República y se interrumpió la charla. Salí a la calle a tomar aire y a beberme un café, y en ese ínterin, Hache hizo unas rápidas gestiones con el tal Mauricio. Dos horas después, me encontraba en las oficinas de la Gerencia General. El tal Mauricio era Mauricio Arbulú, uno de los accionistas del canal.

—Hermanito, ¿qué te pasa? —ceceó Arbulú, un robusto muchachón con saco y corbata, que me recibió como si fuéramos grandes amigos. Tenía unos redondos ojos verdes, muy saltones, y sus modales eran los de un camionero que no hacía mucho se había sacado la lotería—. ¿Qué es eso de que te quieres ir, pues, Hermanito? La vaina está acá. Esos canales nuevos no tienen peso y además en cualquier momento están al borde de la quiebra.

Mauricio era un aprendiz de mago. Me ofreció el oro y el moro: muebles, televisores, electrodomésticos, aparte de los mencionados pasajes y el sustancial aumento. Su varita mágica eran los canjes publicitarios.

Con manifiesta simpatía, porque Mauricio me había caído bien, le contesté:

—Te agradezco la deferencia. Pero, por favor, déjame unos días para pensarlo.

—No hay nada que pensar, Hermanito. ¿Tú tienes un contrato?

—No.

—Bueno, te hacemos un contrato, ¡un contratazo y se acabó esta vaina!

Me despedí e insistí en que pronto volvería con la respuesta. A la mañana siguiente, a las siete en punto, la mujer del traje sastre, que contaba con un eficiente servicio de inteligencia, aguardaba en la puerta de mi casa. No solo sabía de mis horarios deportivos, sino de la jugosa contraoferta que me habían hecho. Y arreció en su tratativa.

—Mi última palabra es tres —me dijo con una luminosa sonrisa—. Disculpa que te busque tan temprano, pero en la televisión una no se puede dormir.

Su traje sastre se veía ahora más formal y perfecto que nunca, quizá porque yo, que salía a montar bicicleta, me hallaba en buzo y zapatillas.

—¿Qué significa tres? —pregunté.

—Que te triplico el sueldo —dijo, y tras una pausa agregó—: Y, además, claro, está lo del programa propio.

Aquello sería lo decisivo y con dichos argumentos fui donde Hache. Mejor habría sido obligarlo a engullir un kilo de mayonesa en diez segundos. Congeló su sonrisa, su hígado rugió y comenzó a humear, y ello propició otros altibajos que harían estragos en cada órgano de su tensa y breve anatomía. Me dejaba leer su mente. Y ahí leía ansiedad, celos, inseguridad.

—No lo tomes como una deslealtad, Hache —me excusé de todo corazón—. Míralo como una evolución natural. Pienso que tener un programa propio me conviene profesionalmente —y luego, de manera inconsciente, le clavé la puntilla—. Todos tenemos que crecer, ¿no?

¿Crecer?, pensaría Hache al borde del vómito. ¡Por qué todos tienen que crecer!

—Claro —replicó, sobreponiéndose—. Te entiendo y te deseo suerte. Pero digamos que yo debía hacer cuanto estuviera de mi parte para retenerte.

—Gracias por tu comprensión.

—No, por Dios —sonrió Hache—, no te preocupes.

Eso hice, me despreocupé. Y aunque hubiera hecho lo contrario, nada habría impedido lo que estaba por acontecer: las traicioneras puñaladas de Hache.

Su primera puñalada la asestó exactamente a los dos meses de hallarme en el otro canal. Al anunciarse la salida al aire de *Documento*, mi flamante programa, al que le había hecho una buena “refrigeradora” (acumulé un *stock* de veinte sólidos reportajes), tres diarios reprodujeron las declaraciones de Hache: “Ningún programa será competencia para *Visión*. Aquí daremos la batalla aguantando a pie firme. Ampuero me tiene sin cuidado”.

He ahí sus cálidas palabras de bienvenida y el principio de una guerrita psicológica de baja intensidad que, con el tiempo, lo llevaría al frenesí de las bombas de cien megatones.

NO CONTESTÉ. Decidí que lo mejor era mostrar lo que tenía, para irme haciendo de una audiencia, y que luego iríamos viendo qué sucedía. El programa arrancaba con actualidad política; seguía con reportajes sobre terrorismo —la noticia permanente de aquellos años duros—, varios de ellos con audaces incursiones en “territorio liberado”; empalmaba con frescas notas sociológicas; y finalmente, concluía con amenidades, vida moderna o mis entrevistas culturales, siempre de primer nivel —el genial Borges, por segunda vez, y nuestro brujo tropical, García Márquez, con quien conversé en La Habana—, a fin de que no se cayera la sintonía.

Gradualmente, como programa alternativo, *Documento* fue cosechando elogiosos comentarios de la prensa. Hache calló por un tiempo, pero pasadas unas semanas volvió a las andadas. Aunque esta vez desde otra tribuna: su propio programa. Cual novia despechada, retorciéndose las manos, se encrespó en su propia mesa de conducción (o sea, en el mismo momento en que nosotros estábamos en el aire), lanzándonos indirectas. Que aquí, señoras y señores, en *Visión*, su programa favorito, no se hace tal cosa ni tal otra, como sí las están haciendo ahora mismo en otros canales; o que no sabemos qué tan fidedigna es la información de las fosas abiertas de Accomarca que, en dudosa primicia, acaba de mostrar un programita de competencia; o que, según estos cuadros de la encuestadora Datum, nuestro programa tiene cinco puntos más que *Documento* y *Panorama*, los espacios similares al nuestro que se difunden en otros canales. Cositas de ese estilo: resquemores, rabietas, tonteras. A pesar de todo, y haciendo gala de una singular serenidad, tampoco le contesté.

Ay, cómo duele la indiferencia. El odio más duradero es el odio no correspondido. Y el pobre Hache comenzaba ya a padecer lo indecible con tanto silencio de mi parte. A lo largo de dos años, en las diferentes etapas de nuestra larga enemistad, he aplicado esa fórmula: callarme. Siempre me ha funcionado de maravilla, pero, qué le vamos a hacer, soy humano, de carne y hueso y no de piedra, y de vez en cuando, como esas efervescencias ácidas que nos suben a la garganta, asomaba a mis serenos labios el misil de una respuesta.

—Enano —dije una vez en una emisión de *Documento* con la mirada fija y el semblante impasible. Y, después de una pausa, repetí—: Enano... ¿Qué pasa con el enano? ¿Qué reclama el pigmeo o el chato? En esta edición,

queridos amigos, tenemos un interesante reportaje sobre las gentes de baja estatura. Su vida, sus rutinas, el tamaño de los muebles de su casa, sus modos de adaptarse al mundo de tamaño normal, sus alegrías y sus tristezas. La normalidad para ellos puede ser algo monstruoso y cruel. ¿Necesitan ayuda? ¿Qué podemos hacer nosotros?

Habíamos hecho un documental sobre el tema, no en tono conmisericordioso, sino más bien buscando el ángulo de la tolerancia mutua en tanto participante de la dinámica social.

Al día siguiente, nos llegó la noticia de que Hache, en su oficinita en *Visión*, peleándose por algo con los dueños del canal, había roto un teléfono, arrojándolo al suelo. ¿Era posible que, con nuestro documental, hubiéramos logrado permutar su química orgánica? ¿Un poquito de ese malhumor nos pertenecía? Yo, y todos los muchachos de mi equipo —entre quienes figurarían excelentes periodistas de entonces y de los años venideros—, no dijimos ni mu, pero el que menos lucía una radiante sonrisa que parecía un panel de carretera.

Más que una respuesta directa, lo mío era un alfilerazo. Sesgado, solapa: las dos eses de la sorpresa. Esto tenía más efectividad y contundencia que una aclarada pública. Era, si se quiere, un gancho al plexo, a fin de bajarle el oxígeno. Pero ofrecía además un tinte tétrico, como si con cada alfiler, remedando las ceremonias vudú, perforara algún centro neurálgico del muñequito que lo representaba.

Un buen tiempo seguiría este fuego cruzado de pullas. Hasta que, por el más débil y azaroso flanco del oficio, sobrevinieron problemas serios.

Dos reportajes de *Documento* —uno sobre los violentos desalojos de invasiones del fundo Montenegro, y otro, tema tocado en varios medios, acerca de las naves chatarra Mantaro y Pachitea en cuya compra fraudulenta se comprometía a un ministro de Estado— causaron gran revuelo. Los más fastidiados eran los dueños del canal, que tenían cercanías con el gobierno de Belaunde. Uno de ellos pidió que no continuara con dichos temas. Yo me negué: había firmado un contrato que garantizaba mi independencia periodística y me obstiné en que este se cumpliera a cabalidad.

Era una cuestión de dignidad personal y también de escuela. En la revista *Caretas*, donde me había formado, tales discrepancias no se daban. Por una sencilla razón: el propietario del medio, Enrique Zileri, era a su vez

periodista. Si uno le llevaba pruebas o indicios evidentes de un caso, Zileri daba su visto bueno y, dependiendo de lo que fuera, el reportaje aparecía por todo lo alto. No ocurría lo mismo con los canales. La mayoría de sus dueños eran empresarios (con empresas diversas que defender), cuyas inversiones en televisión los derivaron al periodismo. ¿Qué temían esos empresarios? Muchas cosas. Pero digamos que lo principal era perder licitaciones de obras para sus empresas no televisivas, enfrentar presiones de la oficina de impuestos y asumir la caída de la publicidad estatal, represalias constantes en casi todos los gobiernos. Naturalmente, no en el nivel del régimen de Fujimori-Montesinos, en el que se llegó al paroxismo. Fernando Belaunde y Alan García respetaban la libertad de prensa.

Pero el gobierno no es una persona, sino muchas, y por esos días el programa que yo dirigía quedó estampado contra la pared. Lo clausuraron. Mi imagen, o bien la del equipo de *Documento*, apareció en las primeras planas de diversos medios. El cierre del programa se había vuelto un escándalo y la protesta de las plumas libres no se haría esperar.

Hache no podía objetar lo que nos acontecía y enmudeció. Es decir, se mordió el dedo y se calló, cuando, por el contrario, no era el momento de hacerlo. Especialmente en alguien como él, que nunca se callaba nada. Aquella era su oportunidad de mostrarse magnánimo, de quejarse y solidarizarse con un colega avasallado, pero no: la envidia pudo más y mantuvo bien cerrado su piquito. Ignoró el asunto, entre molesto y feliz: molesto porque mi nombre y mi rostro en el rol protagónico cubrían los medios impresos, y feliz con la mezquina felicidad que da el alivio mal habido, porque se desvanecía su odiada competencia.

PERMANECÍ UN PAR de meses desempleado, quemando mis ahorros, pero en una de esas me recuperé. Volví a la prensa escrita con una nueva revista.

Era, como en los tiempos universitarios, una de tantas aventuras arriesgadas; tenía que hacerlo todo desde el principio: buscar oficinas, contratar personal, probar imprentas, ponerle un nombre. Como me proponía hacer un magacín con un bloque cultural sólido y una primera plana combativa —¿era yo el que rehuía de la política?—, la bauticé *Jaque*. No había mucho dinero, pero para algo alcanzaba. Los capitales provenían de un

grupo de mecenas de izquierda, algunos de ellos amigos de otras épocas que, buscando de antemano conjurar los prejuicios, querían un periodista con imagen independiente. Acepté el trabajo, pero con una condición. Yo no solo tengo imagen independiente, les dije, sino que lo mío no es una pose, ya que verdaderamente soy independiente. Más claro: si lo que ustedes buscan es una pantalla que haga un periodismo tendencioso, no soy el indicado.

Las reuniones de los propietarios, diez muchachos serios de gafas cuadradas y en mangas de camisa, se celebraban en casas diferentes, como si estuviéramos en la clandestinidad. Nadie de redacción, excepto yo, participaba en ellas.

—Los que estamos aquí pertenecemos a distintas canteras políticas —me dijo Javier Diez Canseco, líder del Partido Unificado Mariateguista (PUM). Eximio polemista y, de hecho, el más lúcido de los dirigentes de izquierda, Javier cojeaba debido a una polio infantil, pero jamás daba pasos en falso en su línea de pensamiento—. Y lo que a todos nos interesa es que se diga la verdad.

—¿La verdad? —pregunté.

—Sí, la pura verdad.

—Una verdad, por ejemplo, es que en Cuba no existe la libertad de prensa. ¿Estamos de acuerdo?

Javier se rascó un instante su barba fidelista y sonrió:

—Estamos de acuerdo —y volviendo al tema que nos congregaba, añadió—: En cuanto a lo otro, pienso que a todo el país, y en especial a la izquierda, le conviene un periodismo que diga la verdad.

—Magnífico —respondí agradecido por la inteligencia de su respuesta—. Yo no tengo ningún inconveniente en que me financie la derecha o la izquierda, siempre y cuando sea dinero legal y en mi medio yo pueda decir lo que crea justo y necesario.

La revista salió y tuvo el beneplácito esperado entre los sectores intelectuales y políticos de signo progresista, pero el impacto masivo distaba mucho del que daba la tele.

Eso lo sabíamos, desde luego. Pero estábamos contentos: era una manera de ir abriendo trocha, y las esforzadas ediciones, de frecuencia semanal, comenzaron a salir una tras otra.

Entonces se reanudaron las hostilidades. ¿Qué diablos le hiciste ahora?,

me preguntaron. Me encogí de hombros, pues no lo sabía. Tal vez, especulé, Hache se ha enterado de que ando contento. Tal vez ha oído, en su corro de periodistas, que comentan más de la cuenta algunos de los reportajes que aparecen en *Jaque*. Quién sabe.

Lo cierto es que, como una tromba, como un tornado que levanta los techos de las casas y hace volar a los animales por los aires, Hache inició súbitamente una campaña de insidias. No dio la cara en esta vil ocasión, pero él, de hecho, con sus rumores y sus medias verdades, estuvo detrás en todo momento. Y así, de la noche a la mañana, se comenzó a oír por las calles y plazas que Ampuero era un radical de izquierda, que había por ahí dinero de Gadafi, que el comité editorial de *Jaque* se codeaba con los jefes del MRTA.

Aun cuando ya empezaba a tener la piel dura para las tergiversaciones, nunca imaginé lo devastadoras que podían resultar las calumnias. Si se pretende conocer ese nivel de la ignominia, uno tiene que vivirlas en carne propia, sentir esa impotencia ante el absurdo. Las mentiras, a pesar de que uno demuestre que son tales, dejan siempre un hediondo sedimento, pues siempre hay alguien dispuesto, por una u otra razón, a creer en ellas. Por eso mismo, el hecho de que se dijera de mí que era un radical —algo quizá favorecedor y digno de orgullo para otros— me hacía sentir muy, muy desgraciado. Primero, claro está, porque no era cierto; segundo, porque odiaba la violencia; tercero, y en este punto se definía mi idiosincrasia, porque yo estaba absolutamente en contra de todo tipo de fanatismo.

¿A qué se debían tales infundios? ¿Solo por mis nuevas juntas iría a la picota? ¿Acaso no se debía tomar en serio la idea de una izquierda democrática, coherente y madura?

Esta vez Hache dio en el blanco. Me refiero a su intención de dañarme, por supuesto, no al contenido de su infamia que, en el peor de los casos, me convertía en un tonto útil. Sus arteras puñaladas, que yo acostumbraba a menospreciar (pues no me causaban ni el menor rasguño), ahora sí habían hecho mella. Sentí como si me hubieran dado una paliza: me veía en el espejo y por momentos alucinaba en mi rostro los moretones.

Luego, febrilmente excitado, frente a los colegas imaginarios, me venían a la mente un tropel de respuestas locuaces que desbarataban las insidias y rumores de Hache, dejándolo en ridículo y poniendo a salvo mi honor. Nada

de esto, sin embargo, se hacía realidad.

Por el contrario, no me inmuté y guardé un silencio monacal y tibetano, y en profunda meditación, casi levitando, me concentré en cada ínfimo centímetro de mi enemigo. Tenía que lavar mi alma, sacarme de encima la suciedad con la que se me quería agraviar. De manera que, como en un mantra, por cinco minutos cada mañana durante toda una semana, repetí cuando me despertaba, en posición de loto y con los ojos cerrados, las siguientes palabras purificadoras: “¡Maldito petiso, pitufo, petipán, microbio, retaco, chaparro, pigmeo, renacuajo, piojo, tachuela, adefesio, medio polvo, chinchón del suelo, inspector de zócalos, guachimán de maqueta, Aquamán de sopa, jinete de cuy, pirata de wáter!”.

Semejante ejercicio espiritual era de veras beneficioso. Me restauraba el ánimo.

¿QUÉ HACÍA HACHE mientras tanto? Gruñir y gruñir.

Y por esos días, además, entró en trompo. Enzarzándose en continuas peleas con los propietarios de su canal, filtrando los pormenores de esas peleas a los periódicos, apelaría a un serio y honesto reportaje de Sonia Goldemberg, en el que se develaba la corrupción policial, para componer una salida pomposamente heroica y triunfal. Su programa *Visión* fue cancelado. Pero no se marchó como nosotros, los de *Documento*, que nos cerraron con escándalo y enseguida nos fuimos. Claro que no. Hache se marchó regodeándose de sí mismo, marcando los lineamientos de futuras clausuras y renunciaciones de programas: teatralizando la dignidad periodística.

A él, sin duda, le encantaba la idea de ser un mártir de la libertad de prensa. A tal punto que, con gran astucia, prefería entonces el trance de no poder decir al de decir, que a larga es más elocuente. Su vanidad, y su ansiedad por ser siempre el máximo punto de atracción, le antecedian un par de pasos. Pero, conocedor de la especie humana, Hache sabía a su vez que el estrellato de héroe se evapora y que necesitaba volver al trabajo. Y al cabo retornaría también a la prensa escrita.

Con auspicio de los apristas, reapareció dirigiendo un periódico tabloide, cuyo nombre era el mismo de su programa televisivo, *Visión*, el cual había

tenido la precaución de registrar.

Otra vez estábamos en dos semanarios en trincheras diferentes, pero ahora con nuestras armas originales: la palabra escrita, no hablada.

Y la palabra escrita de Hache, a decir verdad, era un espectáculo. Incapaz de cuajar una frase sencilla y aseada, retórico hasta la intoxicación, adjetivado hasta la vergüenza ajena, el pequeño Hache anhelaba adquirir dimensiones monumentales a costa de su lenguaje. Producía, como en una fábrica de pirotecnia, artículos incendiarios. Insultaba aquí y allá, aunque todavía, en esos años, no estaba desbocado como le ocurriría a inicios del nuevo milenio. Rompía lanzas, al parecer, con quienes lo subestimaban, y en esto incluía religiosamente sus venganzas personales.

En su virulento semanario, justo cuando yo me alistaba a volver a la televisión con un nuevo programa en el canal 9 —habían cambiado los accionistas de mi lío anterior y los nuevos miembros del directorio me llamaban—, atacó por sorpresa, con furia enloquecida, aunque esta vez, al menos, dando la cara. Tres —léase claramente: tres— editoriales a página completa, y en días sucesivos, se ocuparon de mi persona. Tres editoriales que destilaban ácido prúsico y otros venenos de imaginería gótica. Y ahí me dijo todo lo que se le antojó. Izquierdista de baja ralea, pituco de mala nota, juerguista de discoteca, drogadicto y mil cosas más. En resumen: caca, pichi, poto, no sabes cómo te odio.

Eso estaba mejor. Las bajezas de Hache lo perjudicaban a él, no a mí.

Una de sus allegadas, a quien encontré en la calle, quiso sonsacarme una opinión y no me hice de rogar.

—Mira —le dije—, los editoriales de Hache son muy confusos. Dice que soy un pituco, cosa que no es cierta, como sabe todo aquel que me conoce. Tengo un bonito automóvil, un Jaguar —en realidad, es una pieza de colección, una belleza, pues se trata de un MK-II de 1961 en color gris acero, tablero de madera y cuero borgoña—, lo que no me convierte en un pituco, sino obviamente en un esteta. Ha dicho también que mi posición de izquierda y el lujo de mi auto constituyen una aberración. Para replicar esa insensatez, me basta con citar al poeta Charles Baudelaire, quien dijo: “Lo único que faltó en la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano fue el derecho de contradicción”. Noble derecho, por cierto. Además, ¡quién no se conmueve con un Jaguar, Dios mío! ¡Hay que no tener corazón! Finalmente,

como para apabullar a las señoras de buena familia, sostiene que mis estériles noches se diluyen entre rápidas lecturas de Marguerite Yourcenar y tiros de discoteca. Se ve que el enano nunca ha ido a una discoteca. Ese comentario tiene que corregirlo en dos partes: primero, para su información, he ido a discotecas algunas temporadas y no son lugares que particularmente me interesen, hay mucho ruido y me parecen enormes centros de incomunicación; y segundo, debió decir “las noches de Ampuero se diluyen entre lecturas de Marguerite Yourcenar y rápidos tiros de discoteca”, y no lo contrario, pues el consumo de drogas, que yo sepa, no está todavía liberalizado en esos locales.

Desconozco qué tan bien se reprodujeron mis palabras de este correo de brujas, pero no tuve dudas de que llegarían a su destino. Y tampoco dudé de cómo las tomaría.

Para sacar de quicio a Hache convenía la respuesta tranquila y un ligero sentido del humor; era una cuestión de contraste: él respondía siempre como un endemoniado. Por tanto, si uno se limitaba a sonreír, a la inglesa, como un David Niven que está de venida, el enano trinaba.

¿PERO DE DÓNDE saca tantas tonterías? —me preguntó una vieja y querida amiga que no se lo podía creer—. ¿Cómo alguien se atreve a decir de la noche a la mañana que un individuo es un gran juerguero?

—Por chismes —aventuré—. No tengo otra explicación. Pienso que son chismes que Hache luego exagera hasta que los vuelve irreconocibles.

—Bueno, eres un poco juerguero, eso es cierto.

—Sí. Cuando tengo mucho estrés, o cuando me da la gana, salgo un poco de bares con los amigos. Me divierto y por ahí me la pego. ¿Pero eso me convierte en Heliogábalo o en el peor degenerado? ¡Por favor! Lo que Hache querrá decir es que soy un tío liviano y frívolo, que es un modo de descalificarme. Le tiene pánico a la frivolidad, pues podría tratarse de un moralista encubierto que no se permite una noche de boleros.

—Sea como fuere, creo que está obsesionado contigo —comentó mi amiga—. He llegado a pensar incluso que te investiga. Después, claro, cuando ves lo que escribe, ya se nota que es puro invento. En uno de sus

artículos llega a decir que organizas orgías.

—¡Orgías! —sacudí la cabeza, riéndome.

—Eso es increíble, ¿no te parece? Es la visión que un pobre infeliz puede tener de ciertos lugares que no conoce. ¡Orgías, Dios mío! ¿Qué rayos estará pasando por su cabeza? O, a lo mejor, todo es un equívoco: tal vez Hache ha oído mal. Yo siempre he dicho que me gustaban las mujeres silenciosas, no las mujeres licenciosas.

—¿Y te afecta lo que dice?

—¡Son idioteces! —repliqué—. Me afectó, sí, su campaña de rumores políticos, pero no la bazofia de orden personal, que es francamente risible, aun cuando sea una bazofia que trae cola. ¿Sabes que hay alguna gente que ya me mira de un modo diferente? Debe ser por este asunto de las orgías. Tal vez están buscando que los invite a una, ¿no crees?

SOBREVINO LUEGO un largo silencio, que hacía pensar en secretas maquinaciones de Hache, pero ya yo estaba en otros problemas. Los propietarios de *Jaque*, que habían convocado a un directorio de emergencia, cuestionaron mi línea editorial desasosegados por el tono irreverente de algunas notas que se publicaban, pero, sobre todo, porque varias de sus ambiciosas plumas panfletarias querían hacerse de un sitio y yo no se los daba. Mi idea había sido dirigir, en forma simultánea, una revista y un programa de televisión. Ese sueño se disipó. Alegando problemas económicos, *Jaque* fue cerrada, con lo que a mí de un empujón me echaron a la calle, y al cabo de unas semanas, utilizando la infraestructura que yo había montado, apareció en los quioscos la flamante *Amauta*, la típica publicación de izquierda, ortodoxa y sin ninguna gracia.

Pero mi nuevo programa de canal 9 estaba en el umbral de su lanzamiento y abandoné *Jaque* sin ningún escozor. Mejor que la cierren, pensé dramáticamente, a sufrir la alternativa de que poniéndole un nuevo director, la violen con alevosía.

Al nuevo programa, en tributo a un diario mexicano que me gustaba mucho, lo bauticé *Uno más uno*. Y allí se reeditaba, mejorada, la fórmula exitosa de *Documento*. Abría con la actualidad política, seguía con las notas

de terrorismo y los reportajes de investigación, luego con las amenidades, las notas sociológicas y las culturales, y, como gran novedad, introducía en el medio la primera versión peruana de la *candid-camera* o cámara indiscreta. Esta última secuencia, que era esperadísima, no tenía un lugar fijo en el programa y, a manera de carnada, la iba anunciando reiteradas veces a fin de mantener la sintonía. La táctica dio resultados: en poco tiempo, según CPI, *Uno más uno* alcanzó los treinta puntos en el A y B y una audiencia cada vez más sólida en los niveles populares. Un *rating* estratosférico.

El equipo del programa, dicho sea de paso, era de primera. Mónica Seoane, Gilberto Hume, María Luisa Martínez, Mirko Lauer, Fernando Rospigliosi, José Rodríguez Elizondo, Carlos Valdez, Benito Portocarrero, Lucho Barrios, Gonzalo Rojas, Bernardo Cáceres y Anabelí Rodrigo, entre otros muchachos talentosos y apasionados por el periodismo. Y uno de ellos, mi amigo Luchito, fue el primero en hacerme ver que surgían nubes grises en el horizonte.

—¿A qué te refieres? —le pregunté.

—El enano ha vuelto —dijo inquietantemente.

Su inflexión era la misma que se usaba en las películas de terror y acabamos riéndonos a carcajadas.

Pero el asunto no era tan gracioso: había que tomar precauciones.

Cambiándose al canal 2, con quienes no había tenido fricciones —ya las había tenido, por si se han olvidado, con el 5 y con el 4—, Hache sacaba un nuevo programa en la tele, *Encuentro*, y sabiendo de la acogida de mi programa, que se propalaba los domingos, evitó aparecer el mismo día y a la misma hora. Optó más bien por incrementar la frecuencia: salir los martes y los jueves en la noche, con lo cual, a su criterio, podía ganarme la mano en algunas noticias. Yo, que le conocía el juego, decidí que nuestro programa debía reforzar su unidad de investigación; vale decir, no solo trabajaríamos sobre las noticias que se daban, sino también sobre las que nosotros produjéramos, la agenda propia.

Sí, tenía que admitirlo. Ahora estábamos en competencia. Ahora, yo, que en lo profundo de mi ser detestaba el ritual de competir, había caído en la telaraña de sacarle ventaja al prójimo.

No tenía más remedio. De una u otra manera uno acaba bailando la música que le tocan. Claro que siempre nos queda la libertad de escoger qué

ritmo bailar, pero también es muy cierto que en la pista de baile se descubre que la música que ya suena nos parece aceptable.

Yo sabía que Hache clamaba por venganza y que tenía intenciones de zapatear un huayno sobre mi cabeza. Cada semana, en los diarios, soltaba pullas en mi contra, obligándome a que me hiciera el de los oídos sordos — mi conducta habitual para con él—, o que recurriera a una bromita por toda respuesta. Pero este ritmo no siempre se puede conservar. Y en un malhadado momento, en que todo hierve, se te sale el indio (griego solapa) y arde Troya, proyectando a los cielos inmensas y resplandecientes llamaradas.

¿Pero fue malhadado el momento que estaba por venir? Si así lo percibí en un principio, estamos hablando de una sensación pasajera porque, en lo esencial, fue el momento perfecto y, en consecuencia, lo aproveché para lanzarme con todo contra mi enemigo.

Uno más uno y *Encuentro* se perfilaban como dos flotas artilladas que se habían citado a duelo en altamar. Cada cual, por lo general con buena puntería, disparaba sus cañonazos. Hache ofrecía buenos reportajes con información de primera mano, y nosotros respondíamos con otro tanto. Pero él no estaba complacido, ya sea porque quería otra vez borrar me del horizonte, o más triste aún, porque sabía que los espectadores de esas batallas, que llenaban botes y bolicheras a prudente distancia, iban dando cuenta de sus preferencias.

No es difícil traducir esta metáfora. Día tras día y con mucha amargura, Hache leía los reportes del *rating*: su sintonía era de once puntos, en tanto que la nuestra oscilaba entre los treinta y treinta y tres, casi como una telenovela con buena fortuna.

A todo ello había que añadir las tensiones con los propietarios de canal 2, que entonces no se jugaban el pellejo por sus periodistas, como sí lo harían muchos años después. Hache, en suma, tenía un pie puesto en su mal genio, y el otro (según sus empresarios) en un mal negocio. Y de pronto, desesperado, decidió quemar sus naves.

—¡Me voy! —gritó desaforadamente—. ¡Me largo de este inmundo canal! ¡La censura ha caído finalmente sobre este canal! —y con ojos desorbitados, añadió—: ¡Toda la televisión en el Perú está censurada!

Los políticos de oposición al APRA —estamos hablando de los entusiastas años previos al condenable intento de estatización de la banca—

prorrumpieron en aplausos. Sí, dijo Olivera. Sí, dijo buena parte de la izquierda. Sí, dijeron todos los excluidos del banquete. ¡Censura! ¡Censura! ¡Los apristas ahora censuran la televisión!

Aquello nos cayó como un baldazo de agua fría, pero naturalmente la gente de *Uno más uno* se preguntó enseguida: ¿qué le han censurado?, ¿qué fue lo que no le dejaron decir?

—¡Un escandaloso caso de violación de derechos humanos! —chilló Hache en la rueda de prensa que de inmediato convocara en su entorno—. Hemos querido denunciar a la Marina de Guerra del Perú por el autosequestro del Comandante Camión, sindicado como responsable de masacres en Ayacucho y del que sabemos que habría sido llevado a Panamá, pero no nos han dejado pasar nuestro informe. ¡Esto tiene un nombre, señores: se llama censura! ¡Una epidemia que afecta a toda la televisión del Perú!

Yo estaba perplejo. No podía creer lo que Hache decía. ¿Acaso en su programa no se veía lo que nosotros hacíamos? El autor del reportaje censurado era un estupendo periodista, Ricardo Uceda, a quien no conocía mucho, pero del que tenía las mejores referencias. ¿Avalaba él las tan categóricas denuncias de Hache?

Hache no decía que había tenido problemas en su canal, sino decía que toda la televisión peruana estaba censurada por el gobierno, lo que era una gran mentira.

Tres noches después salí yo al aire con mi programa y di mi respuesta:

—El señor Hache, como ya nos tiene acostumbrados, dice una cosa para decir otra, lo que es una forma de manipulación. Él acusa de censura al canal 2, cosa que me parece factible, y a continuación, alegremente, desautoriza al resto de programas periodísticos del medio. ¿Y de qué nos habla el señor Hache? De un reportaje en el que se acusa a la Marina de Guerra del cargo de autosequestrar a un oficial de sus filas con el fin de protegerlo y evitarle un juicio por asesinatos. Esta escandalosa denuncia, por cierto, tiene asidero. Y nosotros, en este programa, les ofrecimos hace dos semanas un documental en el que se daba cuenta de ese hecho. Aquí hace dos semanas acusamos a la Marina de Guerra, y aquí hemos dado también los detalles del autosequestro del llamado Comandante Camión. Pero el señor Hache ha dicho que toda la televisión en el Perú está censurada. Bueno, esto no es cierto. Y para probarlo, vamos a pasar nuevamente el documental que difundimos y en el

que acusamos a la Marina de Guerra.

Le devolvía el baldazo de agua fría, pero añadiéndole dos cubetas de hielo. Hache me odió hasta la tembladera de manos y juró vengarse infinitamente.

A LOS DOS DÍAS repicó el teléfono en mi oficina y oí la nerviosa voz de mi secretaria:

—Fernando, ha entrado una llamada de Palacio de Gobierno: el presidente quiere hablar contigo.

Un anuncio de esa naturaleza es para impresionarse, más aún si se tenía en cuenta que, con regular frecuencia, *Uno más uno* le sacaba la mugre al régimen.

—¿Señor presidente? —dije. A pesar de que teníamos la misma edad, yo no era amigo de García: nunca lo había conocido—. Mucho gusto de oírle.

—Fernando —cantó el presidente con eufórico y amistoso ímpetu—, te estoy llamando para saludarte y, muy especialmente, para felicitarte por el programa que has hecho el último domingo. Me alegra mucho que el bobo de Hache haya sido desenmascarado. Te lo quería decir personalmente. Si necesitas alguna información de mi parte, no vaciles en llamarme.

—Gracias, señor presidente —dije—. Hice lo que tenía que hacer.

—Lo sé, pero lo hiciste muy bien. Mis felicitaciones de nuevo —y colgó. ¡Así es este mundo!, pensé anonadado. ¡Nadie sabe para quién trabaja!

Alan García, gracias a mi programa, quedaba como un buen demócrata respetuoso de la libertad de prensa, lo cual, al menos hasta ese momento, era cierto. Un periodismo honrado debe fustigar lo negativo y celebrar lo positivo de los gobiernos. Y, en definitiva, si en aquel caso el presidente se veía beneficiado, no era razón para que yo me abstuviera de decir la verdad. Ni aun militando en la oposición era correcta esa conducta. En rigor, Hache había mentado al querer meternos en la colada, y esto, desde mi punto de vista, era inaceptable.

Meses después, la simpatía del presidente hacia mi persona sufriría un vuelco. Sucedió a la mitad de un invierno húmedo, en julio de 1986, cuando el aire calentó violentamente, merced a innumerables ráfagas de metralla,

proyectiles de FAL y bazucazos, y todo por orden directa del gobierno. Asesinaron a cientos de presos terroristas que se habían amotinado en los penales de Lurigancho y la isla El Frontón. Los amotinados pretendían llamar la atención a las decenas de personalidades y participantes de diversos países del mundo reunidos en Lima para asistir a la convención de la Internacional Socialista. El gobierno perdió el control y se desató la tragedia.

Y *Uno más uno*, desde luego, hizo su trabajo. Teníamos imágenes exclusivas de camiones cargados de cadáveres que, en horas de la madrugada, cruzaban la ciudad de Lima rumbo a fosas comunes: eran vehículos con resguardo militar cuyas armas apuntaban hacia nuestras cámaras. Teníamos también tomas de la refriega y una versión escalofriante de los hechos, en base a testimonios fidedignos. El mismo domingo, en las tandas de avisos, propalamos seis promociones cautelosas —locución en *off* sin imágenes—, anunciando que en nuestro programa se informaría sobre lo acontecido.

A las diez de la noche la expectativa era total y el programa arrancó puntualmente. Di las buenas noches, como solía hacerlo en cada edición y, pasando a enumerar los temas del sumario, comencé por lo más destacable de la semana: la matanza de más de trescientos inculcados de acciones terroristas, aunque esta vez, eso sí, mostrando las tomas exclusivas del traslado de cadáveres en camiones. Y entonces en los televisores de toda la ciudad se distorsionó la imagen y estalló un zumbido, y de inmediato todo fue un limpio y negro manto de tinieblas.

—¡Ey, qué pasó! —gritó el coordinador de estudio, que chequeaba un mudo y ciego monitor de salida al aire—. ¿Otro apagón?

Sendero Luminoso por aquellos días volaba torres de alta tensión que dejaba a oscuras las ciudades.

—No, no es posible —repuso un camarógrafo—. Hay luz en el estudio y no se oye el motor del grupo eléctrico.

—Entonces somos nosotros —me alteré—. Llamen a Control Maestro. Vean qué pasa.

Unos segundos después, Control Maestro respondió:

—Aquí todo está bien. No sabemos qué pasa.

—¿Están seguros?

—Sí. Todo funciona bien, pero estamos fuera del aire.

El desconcierto y la sospecha invadieron a todos los televidentes. Y entre ellos, sin duda, estaban los corresponsales de la prensa extranjera y los invitados a la Internacional Socialista.

Quince minutos más tarde el canal era un pandemonio.

Llegó a toda prisa una nube de periodistas y políticos, entre los que se hallaba, furioso y ávido de explicaciones, el infaltable diputado Fernando Olivera. Venían a expresar su solidaridad y a mostrar su preocupación. Agradecí a todos y, junto con el equipo del programa, intercambié conjeturas, descarté hipótesis y ensayé teorías, con las que en el transcurso de la noche fuimos desbrozando nuestra más indignada protesta.

Pasadas unas horas, los directivos del canal me dijeron que habían volado el tablero de controles en nuestra antena del Morro Solar, un atentado de militares, dado que toda esa zona se hallaba bajo permanente custodia militar, y que de esa manera nos habían desconectado del aire. Al día siguiente, naturalmente, la prensa local echaba chispas por el corte intempestivo y la noticia rebotó en las agencias internacionales, siendo publicada en la prensa italiana, francesa, española, inglesa y estadounidense y en toda la de América Latina. La desconexión, desde luego, favoreció al presidente García, que con ello ganó un tiempo precioso, pues fue él, en la mañana del lunes, quien denunció ante el mundo a los oficiales que, supuestamente, por propia iniciativa, habían dado la orden de disparar. García pretendía eximirse de la responsabilidad del genocidio; lo logró en parte, pero aún lo persiguen los fantasmas de esos muertos.

De más está decir que Hache, fuera de la tele, sin ningún reflector que iluminara su breve porte, debía estar sintiendo que su boca producía saliva en exceso.

PERMANECÍ UN TIEMPO en canal 9, sin salir al aire, viajando y filmando documentales en España, Francia, Italia y Grecia por algunos meses. Esa demora, que en un principio fue tomada como un receso para acumular material, terminó a diez grados bajo cero. Los directivos del 9 decidieron congelar mi regreso. Pedí explicaciones y se me habló de la necesidad de un proyecto nuevo o de una reestructuración, lo que era incoherente pues *Uno más uno* había sido un espacio de gran éxito y que funcionaba muy bien,

tanto en sintonía como en ingresos publicitarios.

—No se arregla lo que no está roto —argumenté.

—Tienes razón —concilió Domingo Palermo, el más cordial y civilizado de los accionistas minoritarios. Ingeniero civil de profesión y fan de las telecomunicaciones, morocho abacanado, lucía bigotes negros a la siciliana y se confesaba un rendido amante del *bel canto*—. Sigamos con lo mismo, pero hay que buscarle un nuevo nombre al programa.

No había que ser adivinos para ver claramente que el gobierno les ajustaba las clavijas.

—¿Los están presionando? —pregunté.

—Presiones hay siempre, tú sabes —me dijo—, hasta en las democracias más avanzadas. El asunto es saber salirse de ellas.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo nos salimos?

—Esperando el momento oportuno.

Más que ingenuidad, más que tonto, más que cabeza fría, Palermo hacía lo posible por no perder soga y cabra. Quería un canal rentable y, al mismo tiempo, mantener la frente en alto. Mientras tanto, a pesar de los viajes, yo me sentía harto de aquella espera y de no hacer nada. Me pagan por callarme, pensaba a veces, o bien porque algunos de ellos temen que yo les arme un lío. Esos temores eran infundados: yo no tenía intenciones de hacer problemas. Por el contrario, mi ánimo no podía ser más colaborador, pues creía firmemente que en esa ocasión el canal se había portado bien conmigo, aunque, pusilánimes, sin saber bien qué hacer con el poder que tenían en sus manos, se estaban dejando manejar por oscuros funcionarios del gobierno.

De todos modos, a la hora del desayuno, reavivaba con verdadera ilusión mis esperanzas de salir al aire. Y los gacetilleros de las columnas de televisión nos alentaban.

Un día, con todos mis reporteros alineados y mis reservas de reportajes al tope, un par de diarios importantes aseguraron que reapareceríamos en tres semanas. Revelaban, incluso, el nombre del programa, 525 —cifra con la que se aludía a las líneas de resolución de imagen en el sistema NTSC, que era el sistema de la tele peruana—, y algunos temas grabados en Europa.

—¿De dónde salió esa noticia? —me llamaron del departamento de Promociones.

—De la desesperación —repliqué—. Alguien se fue de boca y el chisme

llegó a los diarios.

Aquel chisme tuvo graves consecuencias. Primero, inquietó a la plana mayor del canal, que creyeron que les estábamos haciendo una trastada; segundo, Hache encendió sus inyectados e iracundos ojos y reanudó sus prácticas nefastas, las puñaladas traperas, que esta vez lo llevaron a perpetrar la más sucia de sus bajezas.

LO QUE AL ENANO le molestaba era que yo amenazara con un nuevo programa, pues él, que había roto con la gente de *Visión*, seguía en la prensa escrita dirigiendo en esos días la revista *Sí*, una nueva publicación financiada por empresarios vinculados a la construcción civil.

Como no podía atacarme en lo profesional —todavía se cuidaba de no parecer envidioso ni mezquino—, volvió a lo personal. Pero ahora por un lado inédito: mi vida familiar. Hurgando a la manera de la prensa amarilla, buscándome enemigos, el enano recurrió a quienes me tenían ojeriza. Una exesposa en pie de guerra, digamos, le venía a pedir de boca. Yo me había divorciado y vuelto a casar (lo mismo que mi anterior esposa que también se había vuelto a casar, teniendo incluso un hijo de su nueva relación) y, en ese estado de cosas, sumando al rol de padre divorciado el de jefe de una nueva familia, debía aportar a dos hogares.

De mi primer matrimonio, tenía una hija, Adhara, nacida durante mi estancia en las islas Galápagos, y de mi nueva esposa tenía otra, Camila, recién nacida en Lima. Con ambas, aparte del amor que un padre da a sus hijas, cumplía con mis obligaciones económicas y de todo tipo, y también con ambas, como es lógico, padecía los reveses de la vida. Y en dos o tres ocasiones, debido a las frecuentes pérdidas de empleo, fue necesario ajustarse el cinturón: tanto en mi nuevo hogar como en lo que me correspondía del otro. Vale decir, las pensiones sufrirían pequeños retrasos, pero hablo de mes y pico cada vez, no más. Naturalmente, tan pronto volvía a conseguir empleo, mis abonos se normalizaban, sin que hubiera otros motivos de queja.

Hasta que, como un mal olor, Hache dejó sentir su presencia. Y entonces, de la noche a la mañana, la política, el afán de notoriedad y un pasional despecho se cebaron en mí. El enano buscó a mi exesposa, o más penoso aún, ella lo buscó a él. Pero lo que estuvo claro fue que ambos se frotaban las

manos cuando montaron en mi contra una campaña de descrédito.

Según una versión, mi exesposa, elegida presidenta de una organización ultra de feministas, decidió aprovechar la fama que me daba la tele para beneficio propio —la idea era enfrentarme en público con toda su despeinada horda de señoras subidas de peso, cosa que intentaron infructuosamente un par de veces—, pretextando la necesidad de exigirme un aumento de pensión. Suponiendo que mi trabajo en la tele debía reportarme una fortuna, quería una suma exorbitante. Dada la inflación, el aumento parecía justo, por cierto, pero no el monto, que era un abuso, ni la forma de pedírmelo (acudiendo a los medios e intentando emboscarme en las calles con manifestantes feministas gritando a todo pulmón). Su intención, sin duda, era hacer escarnio de mi persona. Yo debía ser el conejillo de Indias de futuras “aleccionadoras medidas” (su causa política) y, en particular, de una acariciada venganza privada.

De otro lado, no existía tal fortuna que inflara mis bolsillos. Yo trabajaba en canal 9, un canal chico, que no pagaba mucho, y, para colmo, como cualquier atribulado ciudadano, muchos de mis ingresos los succionaba una pila de deudas que me urgía pagar.

Pero Hache, nunca mejor dicho, fue realmente repugnante; no contrastó sus datos con mi versión e inventó cifras y me presentó como un padre irresponsable y calavera.

Quedé destrozado. Pero no por mi imagen personal —me importa un pepino el qué dirán, como se puede fácilmente deducir de este relato—, sino porque algo hermoso y muy frágil entre mi hija mayor y yo había sido pisoteado. Ella era una niña de trece años, estaba en el colegio, y de pronto la ponían en el medio de dos fuegos. Si la relación de un padre divorciado y de su hija no había sido sencilla en circunstancias adversas, menos lo era lanzarla a la hoguera del escándalo.

Fue entonces cuando busqué a Adhara y decidí hablarle francamente:

—Óyeme —le dije—, todo lo que dicen de mí no es cierto. Hay un propósito evidente de hacerme daño. Yo nunca te hablé mal de tu madre, y no voy a empezar a hacerlo ahora. Hasta que no seas adulta, no oirás de mí nada sobre este asunto. A partir de ahora, además, las pensiones te las daré a ti personalmente. Te daré lo necesario para el colegio, la alimentación, las medicinas, la ropa, las diversiones y lo que necesites. Si quieres viajar de

paseo al extranjero, también lo podemos arreglar. Pero todos mis tratos serán contigo, pues a tu madre no quiero volver a verla más y, mucho menos, dirigirle la palabra. En cuanto a nuestra relación, espero que sea mejor cada día. Esto es algo difícil, pero a veces se logra. Yo, que he sido hijo de padres divorciados, y estoy hablándote de los hijos de divorciados de antes, que para más problemas estudiábamos en colegios religiosos, confieso que lo logré a medias. Veía a mi padre a la muerte de un obispo. Pero traté de no tomar partido ni por mamá ni por papá. Te lo repito: es difícil, pero este mundo está hecho así y hay que seguir adelante.

Con lágrimas en los ojos, en silencio, Adhara asintió. Después, nos abrazamos con una intensidad que me hizo un nudo en la garganta, y desde entonces empezó entre nosotros la vida que uno debe vivir cuando se sabe que una mano extraña ha roto algo que nos pertenece.

A los dos días envié una carta a *Caretas*, en términos muy sobrios, en la que negaba los cargos de Hache, director de la revista *Sí*. Ahí señalaba el atropello de quien, involucrando a una menor de edad, se inmiscuía en mi vida privada. Más furioso aún, más ruin, el enano replicó mi carta con otra suya, infestada de ofensas, y en la que me tildaba de “sujeto plañidero y autocompasivo”. No di respuesta a dicha carta: no valía la pena.

Pero la carta de Hache, como por ensalmo, generó una enorme ola de solidaridad hacia mi persona: medio Lima llamó por teléfono dándome su apoyo. Hasta gente no muy cercana, e incluso enemigos de otras escaramuzas, llamaron a testimoniar su indignación y su afecto.

—Si alguien echa basura a tu paso —dijeron en una de esas llamadas—, hazla a un lado, pero comprende que las cosas han cambiado para siempre y que tu vida de antes será irrepetible. Sin embargo, nada está perdido. Si tú no permites que te ensucien el inconsciente, vas a ser una persona más fuerte y más íntegra.

No, no llamaba Ricardo Belmont, con sus pastillitas levanta-ánimos. Era un desconocido, un televidente que se había conseguido mi teléfono, y que, a pesar de predicar como un santón, cosa que me fastidiaba sobremanera, quería tenderme una mano. No la acepté, en un comienzo, contestándole con cierta educada indiferencia, pero, pasadas unas semanas, ya fuera de la tele y con miras a cambiar de vida, aquellas desinteresadas palabras volvieron a mí y me ayudaron.

PASARON UNAS CINCO SEMANAS y 525 no salía al aire. Una y otra vez postergaban su salida.

Y entonces, en una de esas mañanas en que todo parece inútil, el hastío venció: decidí irme del canal. Le di la mano a todo el mundo y me largué. Esto era, aparentemente, lo que sus directivos deseaban de mí: que me cansara y que me fuera. Me tomó un tiempo darme cuenta, sí, pero acabé entendiendo y volví a la nada, a flotar en el espacio, a la ingravidez del desempleo, aunque, claro, con la mirada fija en lontananza, pues yo había vivido mucho en el camino, en el polvo, en el sopor, en el asfalto caliente, sabía lo tediosas que eran las largas carreteras vacías, ese limbo de los mochileros, y sabía también que la manera de avanzar consistía en acercarse a un grifo de gasolina y estudiar a la gente y, finalmente, escoger ahí con qué camión o auto podría yo de una buena vez cambiar de paisaje.

Los carros que tomé, algunos flamantes y otros con varias piezas flojas, me alejaron de la prensa televisiva. Un tiempo escribí guiones de teleseries, que un bisoño director mutilaba a su antojo al momento de realizarlos, arruinándolos con inocente deleite. Luego, y ahí se oía la voz de mi destino, firmé un contrato por dos meses, en el que exigí el pago total adelantado —eran días duros y no estaba para correr riesgos—, a fin de rediseñar el suplemento dominical del influyente diario *La República*.

Lo último fue un trabajo entretenido. Y más aún cuando supe que, entre la revista *Sí* y *La República* de esa época, uno de los accionistas obraba como un turbio y socorrido vaso comunicante.

—¿Usted es el señor Ampuero, no? —me recibió un individuo pequeño (no enano como Hache, pero sí bastante pequeño) el primer día que fui a trabajar a *La República*.

Olía a fritangas y humo de micros por los alrededores. Y en el edificio del diario, a una cuadra de la plaza de Armas, zócalo realzado por el Palacio Arzobispal, el Palacio Municipal y el Palacio de Gobierno, se sentía muy cerca, como una respiración en la nuca, el hocico del poder.

—Así es —repuse—, pero llámame Fernando.

—Bueno, Fernando, yo he sido encargado de ponerte al corriente de las oficinas y de la gente con la que vas a trabajar.

—Ah, qué bien. ¿Por dónde empezamos?

—Por el clima —dijo bajando la voz—. Me refiero al clima psicológico.

El individuo, de aire taimado y furtivamente cómplice, tenía voz nasal. Caminaba a mi lado y, por momentos, encogiéndose de hombros e inclinándose ligeramente, se secaba el sudor de las manos en el talle de la camisa. Me recordaba al Peter Lorre de *Casablanca*.

—¿Recuerdas que hace un tiempo, cuando te peleaste con Hache, te hicimos una larga entrevista?

—Sí, claro. Pero nunca la publicaron.

—No la publicamos porque hacías picadillo de Hache. Se las cantabas todas.

—Algo decía, sí —sonreí—. ¿Y qué pasó? ¿Hache se enteró?

—Claro. Él tiene sus soplonos, pues se cuida como una damisela. Y además echa mano a toda suerte de artimañas: si se entera de que le están enviando una carta, impide su publicación; si quiere vengarse de alguien, pero no desea que su nombre figure, escribe un artículo y busca un allegado que lo firme. También hace travestismo epistolar: se convierte en hombre o mujer, según sus necesidades, enviando cartas que zanja diferencias con sus eventuales oponentes. Y si está saliendo en televisión, es todavía más péfido. Desliza frases contra los medios que eventualmente podrían serle hostiles, como diciéndoles: fíjense, si uno de ustedes me critica por algo, yo les aviento un *container* de insultos. Y, bueno, ya lo sabemos, algunos directores de medios, atemorizados, no le contestan.

—¿Y qué ocurrió en este caso?

—Paró la entrevista él en persona, hablando con Carlos Maraví.

Maraví era el accionista minoritario de *La República* que financiaba la revista *Sí*.

—Me lo imaginaba. Pero, en fin, son pocos los tontos que creen que Hache es un ejemplo de ética, aunque él quiera venderles eso a los colegas y a los lectores, ¿no?

Hubiera querido decir también que era un cobarde, que le temía a la crítica, pero preferí ser prudente, pues no sabía en verdad qué tan confiable era el individuo.

—Y ahora lo que quisiera saber es a qué viene todo esto —agregué.

Metiendo una mano al bolsillo de su camisa y sacando un papel, mi interlocutor me miró.

—Tengo aquí la lista de sus enemigos en el periódico —dijo.

—¿Mis enemigos? —balbuceé.

—Así es.

Eché un vistazo al papel y vi una larga lista de nombres.

—¿Pero tengo tantos enemigos? —me sorprendí.

—Sí. Hay gente de redacción, de diagramación, de fotografía, de administración y hasta de talleres. Todos vinculados al anterior editor del suplemento que salió de malas maneras, y que te alucinan a ti, su sucesor, como la causa de sus males; o bien gente vinculada a Hache, dispuesta a prestar servicios más o menos desagradables.

—¿Como qué?

—Como sabotaje.

Aquel tipo estaba más Peter Lorre que nunca.

—¡No me digas! —exclamé—. ¿Qué clase de sabotaje?

—Cualquier cosa. Te demoran los contactos fotográficos, diagraman a las quinientas, hay mil formas de entorpecer lo que puedas hacer.

Le pedí la lista y leí los nombres. A excepción de un diagramador, con quien años atrás había trabajado en *Caretas*, no conocía a nadie; ni siquiera al defenestrado editor del suplemento.

—No los conozco —dije—. No conozco a ninguna de estas personas.

—¡Eso no importa! —farfulló Peter Lorre—. Ellos te conocen a ti.

Me acaricié el lóbulo de una oreja, pensativo, y luego asentí.

—De acuerdo —dije—. Mantenme informado. Pero quisiera que me hagas un favor. Pon a circular la noticia de que, después de este trabajo, yo viajaré al extranjero a cumplir con un contrato que me tendrá un año lejos. Ellos temen que yo me quede. Yo no me pienso quedar. Y es posible que tal vez, si cuentan con la certeza de que me iré pronto, me dejen trabajar en paz, ¿no crees?

Peter Lorre sonrió de medio lado, con su genial falsedad cinematográfica.

—Buena idea —dijo.

—Ojalá funcione —dije yo.

FUNCIONÓ. REPECHÉ CIERTAS miradas displicentes, ciertas imprecisiones en los gestos, nada que me ofuscara, y luego, con empeño, con paciencia, con jovialidad, el hielo se rompió. Y así, alistamos un suplemento interesante y variado, al que le mejoramos el diseño, los logotipos de secciones, el enfoque de las notas, incidiendo en un punto clave: los reportajes; fueran estos livianos o profundos, tenían que reflejar por encima de todo un estilo moderno. Lo logramos, me parece, en menos de siete ediciones: habíamos captado poco a poco lectores nuevos, sin dejar de lado a los antiguos. Y entonces, como quien recibe un duchazo refrescante, recuperé la alegría y el buen ánimo: comencé a limpiarme la desazón y las tristezas, y hasta la mala leche de las últimas semanas.

Y a ello indudablemente también contribuyó, aparte de aquel trabajo, la determinación que, días más tarde, tomé en la playa. Una soleada mañana de fines de abril, mis días favoritos de fuera de temporada, estaba tumbado en las arenas de La Herradura (ensenada de olas grandes y enorme belleza, todavía a salvo del necio alcalde que la destruiría) sintiendo que tenía la playa y el mar prácticamente para mí solo. El bañista más cercano se hallaba a doscientos metros. En ropa de baño, bocarriba, ligeramente despatarrado y con grandes anteojos negros emitiendo brillos espejeantes, debía ser, para las aves de paso que surcaban el cielo, un bañista rezagado o bien un veraneante que no había emigrado ante el invierno inminente.

Pero de pronto, noté sobre mí la frescura de una gran sombra. Abrí los ojos.

—Hola —dijeron al unísono cuarenta y dos chicas de colegio, vestidas con uniforme único, blusas blancas y falditas grises, agrupadas en círculo y todas mirándome con sus cuadernos y sus lapiceros en las manos—. Hola, señor Ampuero. ¿Lo podemos molestar?

Contra el cielo, contra el pedacito de cielo que dejaban libre, yo apenas veía, por efecto del contraluz, las sonrisas de dientes blancos de ese grueso anillo de cabezas en mi torno.

—Hola —repuse aturdido.

—¿Nos podría firmar un autógrafo, señor Ampuero?

—¿Un autógrafo?

—Sí —musitó una chica con gesto emocionado—. Uno para cada una.

—Ay, disculpe la molestia —intervino entonces una señora joven,

alborotada, abriéndose paso entre el tumulto. Era la profesora que lideraba aquella excursión escolar, la cual, Dios lo sabe, estaría allí para examinar las olas, los guijarros o las estrellas de mar que hubiera por el litoral chorrillano—. Hace un minuto que las chicas lo descubrieron.

—¡Sííí! —confirmó un coro de por lo menos veinte voces.

—¡Pero yo lo vi primero! —se jactó una chica de cola de caballo—. ¿Nos da su autógrafo?

Bueno, si alguien aún no lo entiende, aquello era un puro y simple acto de amor, pero que también podía verse como un acto de horror: un entrometimiento, una invasión a la privacidad o un delirio colectivo.

Que nadie piense, por favor, que estoy mandándome la parte. Estas situaciones, para cualquiera que ha tenido una pizca de éxito en la tele, son moneda corriente: la respuesta del público, el natural reconocimiento. Uno, a través de la pantalla, ingresa a la casa de las personas, sin solicitar ningún permiso, y estas, a su vez, cuando ven en la calle al intruso, se sienten con la suficiente confianza como para devolverle la misma desenvoltura y familiaridad. Es, de hecho, lo justo. Pero, por lo general, para el desavisado famoso de la tele, estas muestras de afectividad, tan halagadoras en los primeros meses, se vuelven con el tiempo una tortura.

Ese era el precio a pagar, lo sabía, pues cosas semejantes habían sucedido en incontables ocasiones: me abordaban en restaurantes, me detenían en la calle a explicarme sus dramas, me interrumpían a toda hora. Pero aquella escena en La Herradura, fuera del espontáneo encanto de las chicas, rebasó todo límite. El hecho de que me viera a mí mismo en una playa solitaria, rodeado de súbito por una multitud que me contemplaba como si yo fuera (disculpa Gabo) el ahogado más hermoso del mundo, era francamente demasiado.

¡Basta de esto!, pensé en aquel instante, pero al mismo tiempo, consecuente, les respondí a las escolares con toda la cortesía de la que podía ser capaz:

—Cómo no, señoritas —sonreí, y todas me estiraron sus cuadernos forrados con vinifán.

Firmé cuarenta y dos autógrafos, e incluso en muchos de ellos, para no fatigarme de estar solamente escribiendo mi nombre y la fecha, me prodigué con unas palabras de afecto: “Para la graciosa Anita, con mi más sincera

amistad, Fernando”, “Para una bonita muchacha de intensos ojos negros, Verónica, con gran simpatía, Fernando”, es decir, tuve la impresión de agotar el conspicuo género de la dedicatoria.

Y, mal que bien, aquella experiencia me hizo arribar a una decisión fundamental que venía gestando durante semanas: no volver a la tele.

Si yo quería en algún momento de mi vida escribir el manojito de cuentos que me daba vueltas en la cabeza, o quizá por ahí alguna novela, debía defender mi tiempo y mi intimidad; debía ser a la vez una persona generosa y egoísta; debía, en fin, abandonar la inmediatez y el relumbrón y buscarme un trabajo apasionante y absorbente, pero no tan posesivo.

Eso es la prensa escrita, me dije. Una chamba apasionante, absorbente hasta el punto de tenerme de la mañana a la noche prendido de un asunto, pero que pese a todo deja intersticios, puntos de fuga que un escritor puede aprovechar para no morir de inanición. La tele, en cambio, equivalía a subir y bajar por colinas de nieve resplandeciente donde todo se volvía blanco, cegadoramente blanco, hasta que uno, en esa luz fantasmagórica, acababa disuelto como sal efervescente.

Claro que podía estar un tiempo en la tele, luego dejarla y ponerme a escribir, y pasados unos meses regresar a la pantalla. Pero yo tengo un ritmo interior que no consiente tanto lío.

—Paz —murmuré muy pronto—, playas tranquilas, anonimato, tiempo libre.

Con la prensa escrita está uno en el ajo, pero se lleva una vida más discreta. Es diferente el público lector —diferente hasta ser agradable—, del televidente, que nos termina abrumando.

Y fue entonces cuando providencialmente, a poco de resolver dejar la tele, Augusto Elmore, que pretendía salir de *Caretas* (no salió nunca, pues todavía lo retiene el grillete de una columna semanal), me ofreció el puesto de editor en jefe.

—Se lo he planteado a Enrique y me ha pedido que te convenza.

Mezcla de italiano simpático y de británico campestre, de hippie viejo y de fiero delantero de rugby, Enrique Zileri Gibson significaba una sobredosis de periodismo apasionado. Por eso mismo, trabajar a su lado, desgaste nervioso de por medio, era lo más próximo al equilibrio ideal.

—No necesitas convencerme —repuse—. Vuelvo feliz a *Caretas*. ¿Cómo

está el loco, dicho sea de paso?

—Un poco más loco que antes, pero la revista está en un buen momento.

—Qué gusto —me alegré—. Dile a Enrique que estaré disponible en tres semanas —y volví en ese lapso a las oscuras y afiebradas oficinas del jirón Camaná.

Con mi retorno a *Caretas*, primero como editor en jefe y luego como subdirector, cargos en los que permanecí casi ocho años, analizando y zarandeando la cochina realidad, iniciaría por fin, en forma simultánea, lo que, para mí, vino a ser una ansiada y prolífica etapa de producción literaria. Publiqué una novela, dos libros de cuentos, una reedición con textos corregidos y textos nuevos de mi primer volumen de relatos y una recopilación de crónicas, reportajes y entrevistas.

Mi decisión de abandonar la tele daba sucesivamente frutos visibles, cuyo valor aún estaba por dilucidar, pero al menos vivía una vida en la que realmente hacía lo que quería.

¿Y CÓMO REPARTÍA mi tiempo entre la literatura y el periodismo? No lo repartía. Escribía a toda hora, cuando me era posible, pues la faena periodística exigía noches de desvelos.

El Perú político parecía montado en una desenfrenada montaña rusa y el *staff* de *Caretas* hacía un periodismo con cama adentro. Los cierres de amanecida, las comidas a deshoras, los infinitos paquetes de cigarrillos, el whisky en el desayuno, no eran más que el reflejo de aquella época en que arreciaban el terrorismo, los apagones y los genocidios de ambos bandos; faltaba la luz, faltaba el agua, el dólar era una demencia colectiva y, desde suntuosas guaridas de la selva, el narcotráfico definía el poder adquisitivo de los sueldos.

Algunas noches, a la luz de un lamparín, escribía un cuento o un poema. Contaba, entre otras historias, las vicisitudes de una adolescente que se había zumbado a un barrio completo. Pero unos momentos después, como se hace con una radio a la que se le mueve el dial, toda mi atención se concentraba en el zafarrancho de miles de desplazados huyendo de sus tierras, de miles de familiares llorando por sus padres, hijos o esposos desaparecidos, de miles de

burgueses desencajados migrando hacia la pacífica Costa Rica.

La literatura y el periodismo me sumían en un torbellino; ningún peruano, a decir verdad, escapaba a esa sensación. Y a todo ello, los embates de la Historia, los grandes acontecimientos abriéndose paso: el presidente García Pérez pretendió estatizar la banca y el escritor Vargas Llosa lo paró a través de un surrealista duelo de mítines que ambos protagonizaron por costa, sierra y selva; la oposición creó la alianza electoral FREDEMO y la banda presidencial acabó en manos de un desconocido ciudadano japonés, Alberto Fujimori; el nuevo régimen soltó el paquetazo de severos ajustes y el asesor Montesinos empujó a Fujimori al autogolpe del 5 de abril y, consecuentemente, a la corrupción, al saqueo del país.

Y, además, en mi galaxia personal, que era rica y variada —y tan ajena a las rencillas de las que me ocupó en este relato—, me tocó sufrir una experiencia estremecedora.

Me habían invitado a navegar en un crucero por Tierra de Fuego, que consistía en pasear por los desolados y maravillosos parajes de la Patagonia, cruzando de ida y vuelta el estrecho de Magallanes. La expedición, a bordo de una nave con todas las comodidades, se promocionaba con el eslogan “Una visita al fin del mundo”, y poco nos faltó para que se convirtiera en una estadía permanente en el otro mundo. Unas veinte personas, en dos zodiacs, avanzábamos por el ventisquero Garibaldi. El azul fabuloso de los témpanos, las orillas nevadas, los pingüinos y la inmensa pared de hielo de un milenario glaciar nos habían quitado el habla. Y de pronto, en ese silencio, oímos un estrépito ensordecedor. Tras un compacto alud desprendido del glaciar, cayeron toneladas de hielo al mar y levantaron en cosa de segundos una ola de maremoto. Ni el más optimista de los expedicionarios lo dudó un instante. Esto es el fin, nos dijimos, y el aparatoso naufragio de los zodiacs, uno volcado y el otro zozobrando, no hizo otra cosa que confirmar nuestros temores. Sin embargo, milagrosamente, nadie murió ahogado, ni golpeado por un hielo, ni congelado en aquellas aguas tan frías de las que se decía que no permitían la supervivencia humana más de cinco minutos. Una nave francesa nos rescató. Y todos pronto respiramos felices y, al cabo de unas horas, celebramos en grande por el hecho de seguir vivos. Aunque a mitad de las risas, los bailes y los brindis, el que menos de cuando en cuando perdía el hilo, distraído. Y esto era, creo yo, porque la muerte nos había mirado

fijamente con sus ojos insondables.

Unas semanas más tarde, de regreso a Lima, salí a dar unas vueltas por la entonces muy populosa calle Ocoña, el Wall Street del dólar informal o dólar negro, y el hormigueo de cambistas y clientes se me antojó tan inútil y desesperado que me senté a escribir una novela, conjuro indispensable (sea usted autor o lector) contra el sinsentido de la existencia.

¿Y qué hizo Hache en ese tiempo? Prosiguió con su larga estela de programas en la tele, seguidos de teatrales clausuras, pero, en lo que a mí respecta, dejó de dar la lata. Y por esos días advertí, como un behaviorista más, la elemental mecánica de mis conflictos con Hache.

MIS BRONCAS Y TRENZADAS con Hache respondían a la ley de causa y efecto. La causa, de modo invariable, era siempre él: lanzaba un mandoble y aguardaba atento como un rottweiler, babeando y enseñando los colmillos. El efecto, también de modo invariable, era yo: me reía, soltaba una burla, que le llegaba por los diarios o por correo de brujas, como ya lo he dicho, y, rara vez, dándole en la yema del gusto, le retornaba el mandoble. Si él no atacaba, por lo tanto, nada pasaba. Así de sencillo. Y, no bien volví a la prensa escrita, nada pasaría por varios años.

El silencio de Hache, entre fines de los ochenta y comienzos de los noventa, fue una sólida pared. Ni un ceño fruncido, ni una mísera ceja enarcada. ¿Qué le sucedía? ¿Dormía el monstruo, había sido domeñado por sus remordimientos, se hallaba tramando la madre de todas las venganzas? No lo sabía. Cada cierto tiempo aparecía yo fotografiado en los diarios, ya sea porque publicaba un libro nuevo o se ventilaba un lío de *Caretas*, sin que con ello —oh, sorpresa— suscitara nuevos improperios. ¿Se había tranquilizado? ¿Ya no temía que le hicieran sombra? ¿Ya no le irritaba que el resto de los mortales pudiéramos hacer cosas? ¿Ya no lo asumía todo como una amenaza a su brillo personal? ¿Qué rayos estaba carburando el infecto enano?

The answer is blowing in the wind, cantaba una vieja canción del viejo Bob Dylan, en la casetera de mi auto.

Tomé una bocanada de ese aire y lo comprendí.

—Hache busca un nuevo terreno de combate —me dije hablando solo.

Eso era. Quería pelear con otras armas, y a lo que se dedicaba por entonces era a fundir y templar los aceros de dichas armas. Hache quería hacer literatura. Me habían llegado rumores de que se aprestaba a iniciar el primer capítulo de una novela. Ahí, en cuanto le fuera posible, en cuanto se sintiera autorizado por el éxito de un libro suyo, volvería a trenzarse conmigo. Y, bueno, aquello tenía su lógica. Yo estaba publicando libros, que obtenían buenos comentarios y agotaban ediciones —tiradas modestas, por supuesto, considerando nuestro endeble mercado, pero para mí muy significativas—, y él, con la envidia que se le chorreaba por las orejas, se disponía a demostrar que en tales menesteres me daría el baño.

¡Qué bueno!, pensé. ¡La ficción a lo mejor lo ayuda a entender que en muchas cosas ha actuado como un idiota! ¡Tal vez hasta lo humanice y dé un poco de luz y alegría a su vida!

Sin embargo, nada sucedía. O, si se quiere, sucedía lo de siempre: se peleó otra vez con los empresarios del canal en el que trabajaba —conducía el sintonizado programa *En persona*—, renunciando airadamente, aunque esta vez, a manera de corolario, dejaría al gremio periodístico con la boca abierta: escribió una dolida e inesperada carta que envió al diario *El Comercio*, una carta de arrepentimiento, una carta que manaba lágrimas por todos sus errores cometidos, una carta (pongan, si desean, una sobrecogedora cortina musical) en la que, Dios mío, el enano pedía perdón.

—¿Qué? —se extrañaron algunos—. ¿Pide perdón?

—Como lo oyes —respondí yo—. Hache pide perdón públicamente a varios periodistas.

—¿Y tú estás entre ellos?

—Sí.

Nadie salía de su asombro. Tal vez se lo imaginaban de rodillas como a los santos de las iglesias, con la arrobada mirada vuelta hacia el cielo.

LA CARTA, DIRIGIDA al director de *El Comercio*, Alejandro Miró Quesada, rogaba que publicaran una misiva adjunta, una carta dirigida a Enrique Zileri, director de *Caretas*, a quien Hache había vituperado reiteradas

veces, incluso con un abominable fotomontaje en el que unía el rostro de Zileri y una filuda chaveta, tapa de la revista *Sí*, y cuyo titular era “Zileri, el Pedro Navaja de la prensa peruana”.

Transcribo a continuación algunos párrafos de la carta a Zileri, aparecida el 21 de julio de 1991.

“Hace más de veinte años empecé una carrera periodística que me ha traído algunas dificultades”, escribió Hache. “Esta no es una queja, por supuesto. En el balance debo agradecer mucho más de lo que podría reprochar. En esa carrera, llena de grises e interrupciones, he cometido no pocos errores. Por razones de fría competencia o de humeante incompatibilidad, me peleé con mucha gente. Pero los pleitos que más gratuitamente florecieron fueron los que me incluyeron en la lista negra de algunos colegas. Lo lamento, de veras, y le pido disculpas a usted, a Fernando Ampuero, a Guillermo Niño de Guzmán, a Antonio Cisneros, a Mirko Lauer, y a otros que quizá olvide y que se batieron conmigo en mínimas escaramuzas de papel”. Y añadía: “Estoy habituado a sorprenderme por la radical diferencia que separa a ese Catón de la tele —horrible ‘halago’ con el que me sellara mi amigo Enrique Chirinos Soto— del inseguro, cinemero, lector geniogramista que soy en verdad”. Y diez líneas después, aludiendo a su predestinado rol en nuestra incipiente democracia, se despedía: “Me voy con la convicción de haber hecho lo debido, aunque no lo suficiente. Con la esperanza de que esta terquedad, mostrada a lo largo de una década, sea entendida como la defensa irrenunciable de algunos principios, parecidos quizá a los que a usted le condujeron a deportaciones, juicios y todo tipo de disgustos. Le ofrezco mis renovados saludos. Hache”. Finalmente, en una breve posdata en la que negaba la posibilidad de juicios civiles en su contra por parte de Baruch Ivcher, propietario de canal 2, concluía con una información que muchos leyeron como un aviso de diario buscando empleo: “No tengo ninguna oferta de trabajo, ni televisiva ni de ninguna otra índole”.

No la tenía, es cierto, ni la tendría por un largo tiempo.

Hache se había peleado con todos los canales de televisión. Sería esta vez su octava o novena ruptura violenta. Y ahora, bromeaban en la calle, tendrá que tentar suerte en el canal de Panamá o en el canal de La Mancha. No tenía medio donde hablar o escribir —y, por ende, tampoco tenía medio donde

defenderse ante cualquier embestida—, de manera que, en tal desamparo, optaba por una salida insólita en él: disculparse, jugar al caballerito, bajar la cabeza aunque, sin por ello, perder la dignidad; muy por el contrario, al mostrarse frontalmente, al exhibir su coraje para admitir sus faltas, buscaba dar una imagen de buen perdedor, de hombre de principios y periodista de ineludible posición independiente.

Algo de esto hay que reconocerle. Ya lo he dicho en líneas anteriores: Hache haría por dos o tres temporadas un buen periodismo, que se sabía lúcido y valiente, pero también es cierto que, ganado por el protagonismo, por la banalidad de sentirse el único dedo que tocaba la llaga y, lo que quizá sería más intolerable, por la manía de autoerigirse en la conciencia moral de la nación, echaría a perder la calidad, el equilibrio y la veracidad de su trabajo. Y si adicionamos a ello que a cada golpe de viento sacrificaba su imparcialidad por militancias oportunistas, el retrato se iba poniendo feísimo.

A pesar de ser esta una versión muy interesada, lo que no la hace deshonesto, estoy siendo realmente objetivo en todo lo que llevo contando, pero en esto siento que lo soy mucho más.

La carta la leyó todo el país, fue por una semana el chismorreo de los mentideros, aunque no suscitó reacción alguna entre aquellos a quienes se les pedía perdón. El silencio fue total.

¿Y cómo se explicaría la gente ese silencio tan humillante para Hache?

Ignoro lo que, por esos días, el resto de desagraviados pudiera estar pensando, mas puedo hablar por mí. Yo no le creía; no creía una sola palabra escrita o hablada del enano. Intuía que, detrás del artificio de aquella carta — sospechosamente medida en tono y estilo—, nos atisbaba, momificado, el mismo faldero pequinés ahora cruzado con un rottweiler. Hache, me decía una y otra vez en mi fuero interno, es un ser enfermizo, hipócrita y calculador, y lo más probable es que se esté muriendo de miedo. Un miedo atroz a ser atacado, en un momento en que no cuenta con una tribuna para responder, y, si se quiere, un miedo muy comprensible pues se trataba exactamente del mismo miedo que él producía en muchas de sus inermes víctimas, sin derecho a la palabra. El enano no quería probar de su propia medicina.

Nadie, sin embargo, le respondió, ni lo atacó, ni se acordó de él.

¿QUÉ INSULTOS INÉDITOS estaría concibiendo o fraguando Hache por entonces para cada uno de sus enemigos?

Podría hacer la relación completa, pero nomás ofreceré una selecta muestra y solo en lo que me atañe, un poco más adelante. Advierto, en todo caso, que nadie sea llamado a confusión. Cuando les hablo de insultos, denuestos, diatribas y demás, no me refiero, indudablemente, al benemérito arte de la injuria, vicio literario tan frecuentado por Quevedo, Wilde y Borges, sino a la forma innoble, a la bravata ajena a todo refinamiento, a la pachotada, a la quimba vulgar y a los sarcasmos desmesurados. Le ligaban, muy de cuando en cuando, una frase con cierto filo o un chiste pretencioso, ávidos de filiación literaria. (Refiriéndose a una repudiada congresista de la dictadura de Fujimori, pergeñó esta aceptable muestra de humor negro: “Los senos de Martha Chávez figuran entre los desaparecidos del régimen”). Bueno, ya lo decía con resignada ironía el maestro Borges: “Hasta en los poetas más malos uno encuentra por ahí un verso feliz”, pero lo de Hache, en esencia, era la sal gruesa. Habitualmente, en sus rutinarias emboscadas, su vileza y su verbo ponzoñoso rozaban el nivel de un pasquín de maloliente factura.

Veamos un ejemplo más o menos reciente, de los que tengo a mano:

“El doctor Alberto Borea, hombre de leyes, sin haber sido nombrado ni siquiera por su nombre de pila, dice haberse sentido aludido por la columna del director de este diario”, escribió no hace mucho el enano. “En ella hablábamos de ‘prosistas ilegibles’, de ‘dialectos flatulentos’, de ‘infantería de las marabuntas’. Como se ve, nada que ver con el distinguido y fallido excandidato a la Presidencia de la República. ¿Cómo puede afirmar el doctor Borea que estas descripciones le conciernen? ¿Alguien que conozca al señor Borea, que sepa algo de su desprecio por la publicidad y de su desapego por los honores públicos puede imaginar siquiera que la frase ‘inmortal de la pancarta efímera’ le atañe? ¿Qué tiene que ver un jurisconsulto tan eminente con expresiones como ‘incisos amarretes’ o ‘abogado, en fin, de sus fracasos’?”.

Un texto gracioso para cierta gente (la basura tiene su público, dado que la maledicencia es el más eminente deporte nacional), siempre y cuando no se conozca a la víctima, y, en caso de que sí se la conozca y estime, recomendamos que la lectura se haga antes de ingerir sus alimentos.

Ahora bien, el mejor Hache, o el más divertido en tren de perversión del gusto —pienso en los adictos al *kitsch* y demás ramplonerías que han ascendido a categoría estética— es, y ha sido siempre, el Hache que lo editorializa todo, el que opina exhaustivamente de esto y de eso otro, el que anhela untuosa, febrilmente, ser señalado como un hombre —hombrecito, digamos— del Renacimiento. Ese Hache pletórico, grandilocuente, serio hasta el dolor de estómago, y que, a la menor oportunidad, exhibe ostentosamente los vocablos más rebuscados, ese Hache pomposo, rimbombante, escatológico, es ciertamente cómico. Ahí, sin la menor vacilación, me rindo y me inclino ante él. Cuando Hache se pone serio, cosa que sucede a menudo, cuando sermonea al país como un Dios que condesciende en ventilar asuntos caseros en tierra, yo, abiertamente, me mato de risa. Hache, hay que decirlo, es uno de los grandes dotados del humorismo involuntario.

Pero veamos unos ejemplos más, y esta vez (para evitar malentendidos) serán dos textos favorables a Hache, en el sentido de que allí defiende causas justas, políticamente correctas, de manera que se pueda ver con nitidez la forma por encima del contenido.

En el primero condena a la congresista oficialista Carmen Lozada de Gamboa por haber presentado un proyecto de ley con el objeto de negarle a la ciudadanía el último escenario de la protesta: la calle. La congresista quería que se castigara bajo las normas salvajes del “terrorismo especial” a los organizadores de marchas que deriven en vandalismo. Bastaría entonces, señala Hache, que el gobierno infiltre a un piquete de revoltosos y en un santiamén se encuentre en condiciones de apresar a connotados miembros de la oposición.

Hache se expresa así de la mencionada congresista: “Si Lozada de Gamboa supiera leer, sabría que el proyecto que ha evacuado en el Congreso es de naturaleza fascista. Pero como ella encarna la ignorancia extrema —y la estupidez espléndida y la zafiedad sin límites— ignora también que desde ayer aquello que se abre paso en la grasitud de su cerebro, en la oscuridad del arroyo de donde vino y donde terminará, aquello que ella balbucea a duras penas, ese zumbido de *beeper*, ese odio en sus entrañas, esa lealtad de banda que la excita, eso vago y antes innombrable que tenía cadencia de cañerías y audacia de pedo, tiene ahora filiación y hasta solera: es fascismo”.

Y aquí va el otro texto, donde define el rol de la prensa libre y el país en el que vivimos.

“La prensa sería parte del sistema linfático de la sociedad: combatiría a los gérmenes, contribuiría con su granito de arena a la tarea de limpiar de intrusos los ductos menos accesibles al sistema. Pero de pronto al periodista le brota una pesadilla: ‘¿Y si la excepción se convirtiera en norma?’. Y entonces vio el paisaje de un país donde el germen era multitud y el macrófago resistencia; donde los ganglios supuraban, las boyas chirriaban en vano, la ley era un palo neanderthal y un pobre diablo disfrazado de estafilococo dorado daba órdenes a sus iguales para que terminaran, de una vez por todas, con esos bolsones de resistencia y esos idiotas intentos penicilínicos. Este era un país septicemia, un país- peste negra, un bubónico paraje donde la infección había encontrado su montaña mágica”.

¿Humor de circuito cerrado? Puede ser, pero me hace reír algunas mañanas.

¿Y qué es lo que desata en mí tanta hilaridad? Es difícil precisarlo: son muchas cosas. Es lo que dice y, sobre todo, cómo lo dice. Aquellos que lo han observado bien estoy seguro de que me entienden. Por eso mismo, no sigo con los ejemplos de texto, aunque podría citar muchísimos, pues creo que, si no se percibe claramente cómo Hache habla lo que escribe, afinando su dicción, poniendo un énfasis en tal o cual frase, adornándose con una inflexión de voz, no van a captar lo que deseo transmitir. Si uno ve a Hache en la tele y luego lo lee, tiene la cosa fácil. Pero si uno lo lee a secas sin haberlo visto, guiándose tan solo por sus asertos de sumo pontífice, bajo su trivial cascada de invectivas, jamás tendrá una fiel impresión de lo esencial de su personalidad.

Prefiero, pues, aproximarme a una descripción del enano en vivo. Pero hablo, no teman, de una descripción concisa, casi a vuela pluma, apenas unas breves pinceladas.

SIÉNTENSE AHORA FRENTE a su televisor y mírelo. Sí, en efecto, está oyendo usted el *crescendo* del *Tannhäuser*, esa obertura del tempestuoso Richard Wagner, elegida como estribillo musical de la presentación de créditos. Y ahí, fíjese, en la penumbra del estudio, acaba de aparecer el

enano, el que está sentándose en el escritorio. ¡Es él! Luces, cámara, conmoción. Y ya lo tenemos, ¡lo tenemos con su clásico gesto de migraña!, en primer plano. Ahí, justamente ahí, en esa cara, en aquel rictus subrayado por la contracción de las profundas arrugas de su ceño, comienza el gran *show* del “paladín de la democracia” que, en su afán de sentirse aclamado, en su urgencia por nutrir a su ego voraz, en su delirio de alcanzar la gloria, enloda indiscriminadamente la honra de las personas por quítame estas pajas. Ahí, mírelo, está desplegando su multicolor plumaje: mueve las manitas en el aire, desgaja suspiros de abatimiento, cae en trances monocordes, despierta en súbitas cóleras (y con él, estremecido, despierta el televidente), da rienda suelta a su sadismo, ataca con vehemencia, estalla en sombrías carcajadas y, de pronto, componiendo la figura, como quien se limpia un delator cabello de la solapa del saco, su rostro se ilumina con una dulce y seráfica sonrisa dando pase a comerciales.

Minutos después y, casi invariablemente, como preámbulo de alguna nota de un caso de corrupción, reaparece en pantalla con el rostro crispado y una confesión a flor de labios.

—¡Siento náuseas, señores! —exclama. (Nadie niega que en Perú hay muchas, muchísimas cosas que son asquerosas, pero Hache pareciera un catador de inmundicias, pendiente de cuanto efluvio, emanación o aroma repulsivo que nos asedia)—. ¡Verdaderas náuseas! ¡Lo que ocurre en este país huele siempre a podrido!

Este debe ser su modo de remozar a Sartre, pues esta náusea, no la fisiológica sino la náusea-nada, la existencial, que él, sobreactuando como de costumbre, exterioriza con la acción de llevarse una mano a la garganta, es un padecimiento suyo de larga data. A ojo de buen cubero, yo estimo que sobrepasa sus buenos quince años. Y hay chicos, me consta, que desde que han tenido uso de razón y lo han visto en la tele lo recuerdan a menudo atacado de náuseas.

—Ese señor siempre está enfermo —meneó la cabeza Camila, mi hija, cuando apenas tenía diez años.

Veíamos tele en la salita de estar, comiendo juntos de un inmenso bol de canchita.

—¿Enfermo? —dije intrigado.

—Sí, enfermo. Siempre está diciendo que siente náuseas. Y yo creo que

eso pasa porque ha escogido mal su profesión.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué crees eso?

—Bueno, a todo el mundo le oigo decir que la política es sucia y él también debe haberlo oído, ¿no? Y si sabe que la cosa es así, no debería hacer el trabajo que hace. A mí me da mucha pena, papi, pues cada vez que descubre algo feo se pone como si estuviera a punto de vomitar.

Los niños tienen el maravilloso don de poner las cosas en su lugar.

—Es algo que no había pensado —dije—. ¿Tú te refieres a que no sabe controlarse, no?

—Claro —dijo Camila—. Eso es. Me estoy imaginando a un doctor que, cada vez que ve sangre, se desmaya. Sería horrible para él trabajar en la sala de operaciones.

Camila estaba en lo cierto, se lo hice saber y, en lo que siguió del programa, examinamos un buen rato a Hache. Ella lo miraba con el mismo interés que dedicaba a los dibujos animados.

—De cualquier forma, las náuseas se le pasan rápido —comenté yo—. Ahí está hablando de lo más bien, ¿ves?

Asintió mientras masticaba un manojito de canchita, pero al cabo arremetió:

—¿Y por qué hace tantas muecas?

—Bueno —le dije—, ese es su modo de detentar el poder. Hace mucho ruido con sus gestos, pone caras largas, da respingos en el asiento o resopla, míralo, míralo cómo resopla.

—¿Detentar el poder, dices? ¿Y eso qué es?

Me tomaría más de diez segundos ensayar una respuesta:

—No lo sé bien, Camilita. Con las cosas que dicen y escriben, los periodistas se apropian de un poder, una forma de poder que es muy temida y cuyo uso demanda mucha responsabilidad.

—Ya.

—¿Has entendido? —me inquietaba no haberme explicado bien—. Lo que quiero decir es que hay muchos periodistas que dicen la verdad, pero hay otros que no la dicen, o la dicen a medias, o te dicen varias verdades juntas, pero luego añaden una mentira y con esta le tuercen el sentido a todo, ¿me entiendes?

—Ya.

—¿Me entiendes?

—Sí, claro. Lo que estás diciendo es que hay periodistas que son manipuladores, ¿no?

—Eso es, mi amor —dije anonadado—. No sabía que conocieras la palabra.

—La escucho todo el tiempo en los dibujos animados, papi —y me puso una canchita en la boca para que la saboree—. ¿Le falta un poco de sal, no?

NO. LA CANCHITA sabía bastante bien. Pero lo que más bien parecía insípida era la vida del pobre Hache iniciando su autoexilio español tres meses más tarde. El enano, como ya lo anticipé, tenía su corazoncito atravesado. Había empezado a soñar, a fantasear con asumir el reto de hacer literatura, escribir una novela que le tapara la boca a todo el mundo, y, al parecer, su idea era ingresar al *staff* de redactores del diario que más lo encandilaba, *El País*, en el cual se proponía hacer méritos hasta capturar alguna jefatura y de ahí ya se vería: establecer ciertos contactos, quizá volver a la tele pero esta vez saltando a las pantallas de la península ibérica, a fin de contaminar con su bilis la costa brava, que se pondría más brava con él, o bien de impresionar a los por entonces eufóricos españoles del destape mostrándose como el tío más impúdico y, si el mercado masoquista lo consentía, incluso como el más rencoroso látigo del periodismo de la tele que se haya visto allende los mares.

Pero su sueño se deshizo como una burbuja. Y al cabo, taciturno, se resignó a un pasar de corto presupuesto, aceptando el único trabajo que pudo conseguir, colaborador del *ABC*, quizá el diario más conservador del planeta y, desde luego, muy lejos de la fama de la que gozaba entre nosotros, la que también se extravió en el aire no bien cruzó la frontera.

Por tres azarosos años, Hache caminaría imperceptible para su prójimo por entre el gentío de las calles de Madrid, sería uno más de los que admiraban deslumbrados los avisos luminosos de la Gran Vía, sería tal vez el primero de la cola en las ventas de saldos de El Corte Inglés, sería quizá el feliz consumista —algo bueno tenía que pasarle, Dios santo— en las amplias,

ventiladas y bien surtidas librerías de una ciudad con tantas personas que disfrutaban del placer de la lectura.

A un amigo común, que estaba de paseo por España, se le ocurrió un día caerle de sorpresa y fue a buscarlo al *ABC*.

—Quisiera hablar con el señor Hache —dijo en recepción.

—¿Con el señor qué? —preguntó la recepcionista como si le hubieran dicho una palabrota.

—Hache. Es un periodista peruano que trabaja aquí.

—¿Hache dice? ¿Y trabaja aquí?

—Sí, publica con asiduidad.

—¡Pues mire usted que yo tengo en esto un largo tiempo y no sé quién es! —se desconcertó la recepcionista—. Pero espere, déjeme ver —y alzó un teléfono.

Por casi cinco minutos estuvo llamando a varios anexos, sin dar con su paradero. Pero, al cabo, alguien le brindó la información que requería.

—Pues sí, señor —dijo la recepcionista—. Trabaja con nosotros, pero dicen que ha salido a cubrir una comisión.

Mi amigo prefirió no dejar su nombre y se marchó.

Por alguna parte de esa hermosa ciudad, se dijo, Hache estará deambulando. Quizá pasea por el parque del Retiro, o distrae las horas frente a un Velázquez del Museo del Prado, la mejor terapia contra la depresión, o bien le da por visitar la sórdida Malasaña, eludiendo a los heroinómanos que obstruyen el paso en las aceras en tanto se congratula de no sentirse tan derrotado.

—¿Derrotado? —dije yo—. ¿Piensas que eso le ocurre?

—Sí —dijo mi amigo—. Es una posibilidad.

—Es una posibilidad más que remota —convine—. Admito que ser uno más de los que va por la calle no le guste, pero dudo que se sienta derrotado. Hache no es manco. Es un tipo que tiene recursos y que sabe salir de los atolladeros.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque sé de alguien que lo vio hace poco. Lo miró de cerca, sin problemas, pues nunca lo ha conocido personalmente, pero sabe, como muchos, quién es.

—¿Y?

—Nada. Dijo que estaba sentado solo en una mesita al aire libre, en un café típico de esos que hay por los alrededores de la plaza Mayor.

—Sigo sin entender.

—Le vio el gesto —expliqué—. Le vio la pose ensimismada y, lo que es más importante, lo vio mirar el firmamento durante unos segundos y sacar un lapicero del bolsillo interior de su saco y enseguida apuntar algo en una libretita.

Sonriendo, mi amigo cayó en la cuenta.

—Ah, claro. Hablas de lo que me dijiste hace un tiempo. Está escribiendo una novela.

A eso iba, sí. Hache peleaba con las palabras, quehacer fascinante que comparto y que, a pesar de nuestros desaguizados, hizo que, dadas las terribles dificultades que entraña la escritura, le dispensara un fraternal afecto y comprensión.

Escribir, ya lo saben los que están en esto, es rondar siempre un campo minado de vanos artificios. Frustraciones de todo orden nos estallan en la cara. Uno puede aprender a escribir, quedar capacitado para producir un libro bien escrito, correctamente redactado, pero eso no sirve de mucho: habrá hecho nada más otro libro bien escrito que se vende por ahí. Pero escribir creativamente —es decir, fabricar un escritor a la medida de nuestro gusto—, sentarse horas de horas como un relojero, montando y desmontando obsesivamente la delicada maquinaria de la escritura, cuesta infinidad de infiernos tan temidos y, en compensación, si aguantamos a pie firme, si es que uno pone la rabia y el empeño suficientes, si es que se tiene algo de suerte, el sacrificado escriba obtiene a lo mejor un pequeñito cielo fugaz, la dicha de un lector que nos detiene en la calle y nos da un fuerte abrazo, la sesuda reseña del crítico perdonavidas que nos presta atención y que nos suena a elogio, el alivio de haberse sacado un peso de encima.

¿Y la obra maestra? ¿Qué es eso? Arcano mayor. Pero ese cielo no es fugaz, sino eterno, y debe tener la brillante e imposible sensualidad lumínica de un devastador hongo nuclear.

—¿Y la obra fallida, la defectuosa, la que te sale pésimo, qué?

Bajé la cabeza, compungido:

—No hablemos de cosas tristes —tartamudeé.

—Son muchos los riesgos, ¿no crees?

—Las únicas obras importantes de la literatura son las que corren riesgos, las que te tocan el alma con cada letra, las que se convierten en un ajuste de cuentas con la realidad. A veces es una buena trama; otras, es un personaje inolvidable; otras, es un estilo de olas grandes o una técnica innovadora; otras, es la espléndida sencillez, la palabra diáfana y simple.

—¿O puede que todo junto?

—Eso es muy raro. Ahí tienes a Shakespeare y a Cervantes, que nos han dado personajes geniales, pero tramas mecánicas y forzadas, sobre todo las del inglés. Aunque, en fin, la trama del Quijote debe ser considerada dentro de su simpleza como un hallazgo, el primer *road movie* de la historia.

Con aire divertido, rascándose la cabeza, mi buen amigo volvió a sonreír:

—Para mi buena suerte, Fernando, yo soy ingeniero de caminos, así que estas huevadas de las que me hablas me importan un cuerno.

—Lo sé. Por eso te las digo. A alguien que no le importe tiene uno que decirle las cosas que nos estrujan por dentro.

Y entonces, claro, el ahora ensimismado y atribulado Hache volvió a mi pensamiento.

¿Se sentía como yo? Quiero decir, ahora que se había ido del país y se había decidido a escribir en serio, ¿estaba sintiendo que las palabras, cuando acudían a él fuera de la órbita de un pasquín, tenían otro peso, otra textura u otro perfume? En la literatura, como en los papeluchos llenos de vituperios, las palabras son igualmente artefactos peligrosos, pero lo son, más que nada, porque la belleza, la armonía, la inteligencia, el equilibrio, las redime de su grosera cotidianeidad. No sabía qué pensar. Pero le concedí el beneficio de la duda.

A lo mejor, la literatura salva a esa alma en pena. A lo mejor, como a mí, sentirse solo lo estimula. El acto de escribir es la última soledad romántica que nos queda.

Este misterio duró tres años, en los que Hache quedó en el olvido. Nadie me habló de él, y no pensé más en él, como si se hubiera muerto.

Pero pasado ese tiempo, y sin saber que él había retornado subrepticamente al Perú, salté en mi cama una noche, aterrado por una espantosa pesadilla, cuyo origen, en un principio, atribuí a reminiscencias de mi accidentado crucero por Tierra de Fuego.

ME ENCONTRABA EN un mar muy agitado, era de noche y estaba nadando. Llevaba dos horas braceando en la oscuridad, sintiendo que mis fuerzas gradualmente se iban agotando, procurando flotar de espaldas a fin de darme un descanso, pero el turbulento oleaje me sacudía como a un pelele y por momentos tragaba agua. Mi barco se había hundido y a mi alrededor no se veía rastro alguno. Afortunadamente, en un momento dado, sentí bajo mis pies tierra firme, una amplia superficie de arena, y, con mis últimos restos de energía, caminé y subí la pendiente de lo que evidentemente era la orilla de una playa, caminé lentamente, caí de rodillas y me arrastré un buen tramo hasta sentir que me alejaba a una distancia prudente del mar, y entonces, aflojando al fin los músculos, volví a caer (ahora como un árbol talado), me desplomé rendido por el cansancio y el sueño, y dormí, quién sabe cuánto rato dormí, pero dormí profundamente.

Al despertar, reparé que hacía un sol esplendoroso y que me hallaba bocarriba, echado cuan largo era, mirando las quietas y dentadas hojas de unas palmeras, pero (siempre hay un “pero”, maldita sea) no podía moverme. Estaba atado a tierra: cientos de finas cuerdas sujetaban mis brazos, mis manos, mi pecho, mi cintura y mis piernas. Y entonces los vi. Eran pequeñitos, cada uno del tamaño de mi dedo meñique, y, muy atareados, haciendo uso de ridículas escaleras, se ocupaban diligentemente de entrecruzar y ajustar bien aquellas cuerdas.

—¡Mierda! —dije con la piel erizada—. ¡Soy Gulliver!

Pero no, no era Gulliver, sino Fernando Ampuero, náufrago de mis soledades, y toda esa horda de liliputienses que me tenía atrapado me resultaba de lo más familiar.

No hubo necesidad de que me preguntara por qué, pues me bastó con mirar la cara de cada uno de esos pequeños hombrecitos para dar en el clavo.

—¡No puede ser! —exclamé—. ¡Es Hache! ¡Todos tienen la cara de Hache!

Desperté con un sobresalto y, puteando entre dientes, fui al baño a mojarme el cuello.

Qué sueño tan raro, pensé, sin saber todavía que mis sensibles alarmas internas se habían activado y detectaban virulenta presencia de *nanus* del latín *nanus*, y del nombre griego, *nanus*, *pumilio* (el apocado Bruto, asesino de Julio César, tuvo un *nanus* o enano que estimó mucho como amigo y

consejero, nos dice Sebastián de Cobarrubias, citando la mención que Marcial hace en sus dísticos), por lo que instintivamente me puse en guardia.

Y muy pronto, en efecto, Hache daría señales de vida.

ES DIFÍCIL PELEARSE con un enano. Esto es algo de lo que estoy consciente. Los enanos, por lo común, mueven a ternura, la gente se pone de su lado, la habitual simpatía por el más chico o el más débil, el mito bíblico del rey David (insigne maestro de la honda y de la composición de salmos) y el gigante Goliat, el pibe travieso de las películas mudas que acaba pasando por entre las piernas de su feroz agresor.

Pero el problema aquí es que Goliat es bueno como un pan y el enano, un auténtico hijo de la guayaba; y no siempre es fácil convencer a la gente de que las cosas son así, básicamente porque Hache, como buen manipulador y atento oyente de melodramas radiales (adicción de sus años infantiles), conoce al detalle qué teclas sentimentales debe tocar en este caso y en ese otro, cuándo mostrarse fiero y cuándo desvalido sin un Dios que te guarde, cuándo reír y cuándo lamentarse.

Al volver al Perú, mostró un aire humilde y dijo que había reflexionado mucho sobre su labor informativa y que anhelaba retornar al periodismo, aunque no en tono de incordio, sino dejando a la gente hablar sin que esta fuera continuamente interrumpida, soltando las amarras, abriéndose a un diálogo fluido, amable y enriquecedor.

Algunos colegas se miraban entre sí levantando las cejas con asombro.

—Qué bicho le ha picado a este —decían.

Yo tenía la respuesta: el bicho literario. Hache había regresado de España con una novela inédita bajo el brazo —lo que significaba que, como sucede a menudo con los latinoamericanos, no logró conseguir editor— y, al parecer, haciendo de tripas corazón, según me enteraría de modo casual, tenía intenciones de que se la editaran en Lima. Por lo mismo, dije, observa una conducta de seminarista. No quiere fricciones, sonrío y se muestra la mar de cordial, desea que su libro se lea en calma y genere aplausos y fuegos artificiales que él ya augura en lo más íntimo de su ser.

Es duro lo que voy a contar y me apena. Sea por incompreensión o por

trabajo defectuoso, un fracaso literario duele como un taladro de dentista sin anestesia. A nadie le deseo tal cosa. Ni siquiera a Hache que, con todo amor, estoy seguro, debía haberse abocado a la tarea creativa.

La novela de Hache se tituló *Memorias del abismo* y apareció en Lima en medio de una absoluta indiferencia. Igual como en 1922 apareció *Trilce*, del poeta santiaguino César Vallejo, pero *Memorias del abismo* no era *Trilce*.

Salieron algunas gacetillas en diarios dando cuenta de la publicación y, hasta donde yo tengo entendido, ninguna reseña. La novela no era mediocre, palabra muy ofensiva pero que, de hecho, implica una medianía; no, la novela era mucho peor: era mala. Sin pecar de exagerado, tal vez sea la novela más mala que se haya escrito por estos rumbos.

—No la he visto —dije yo en una tertulia de amigos.

La tertulia, digámoslo con toda propiedad, era una pascana para tomarse una copa, un alto en el apacible periplo mirafloresino y barranquino de cinco amigos unidos por la literatura y los paseos en bicicleta.

—Yo sí —me dijo un viejo zorro, ahora en el holgado exilio catalán—. La estuve hojeando en la librería de Eduardo y Chachi. Se te cae de las manos. Su principal problema es que está escrita con un lenguaje grandilocuente, cargando las tintas, como es él cuando habla, y la cosa, claro, no funciona. Los personajes son acartonados y los diálogos inverosímiles; cuando hablan nunca dicen una frase normal (pásame la sal, la pimienta o lo que sea), sino que solo abren la boca para decirnos frases inmortales. En fin, es indigesta a más no poder.

—No está a la altura del género —intervino un famoso poeta de rizado mechón.

—El suyo es precisamente un problema de altura —terció un delgado y elegante narrador que venía de París, a quien todos teníamos, y tenemos, como el mejor cuentista peruano.

—Es una lástima —mascullé yo, un tanto fastidiado—. Mi enemigo se achica más y más, lo que no se ve nada bien. La gente va a creer que soy un malvado.

—No temas —diría diez años después en un diálogo telescópico el crítico José Miguel Oviedo—. Dale tiempo al tiempo. No hay enemigo chico.

Premonitoriamente, acaté este último consejo. Y mantuve un silencio piadoso, sobre todo cuando me enteré de los entretelones editoriales de la

susodicha novela. Unos días más tarde, mi primer editor de fuste, Jaime Campodónico, sintomáticamente elegido por *nanus* para lanzar su novela, me llamó por teléfono. Quería entregarme un ejemplar de *Memorias del abismo* y, sin ánimos de infidencia, me contó que le había costado convencer a Hache de bajar la tirada del libro.

—¿Cuánto pensaba tirar? —le pregunté.

—Diez mil —dijo—. Yo me quedé de una pieza cuando soltó esa cifra. Así nos lo dijo a Rodrigo Franco, el distribuidor, y a mí. Diez mil no es la tirada para un autor que debuta, le replicó Rodrigo...

(Los rumores dirían luego que pensaba en treinta mil pero que, al sopesar el gesto escéptico de sus editores, rebajó sus pretensiones).

—... y él respondió: “Bueno, pero yo traigo un prestigio de la tele y pienso que mi libro dará mucha curiosidad”. Podía ser, pensábamos Rodrigo y yo, pero tú sabes, Fernando, el lector del Perú es quisquilloso y no mezcla papas con camotes. La celebridad de la tele no te convierte necesariamente en buen escritor, o en un autor atractivo. Sucede en otros países, claro, pero también en otros países suceden un montón de cosas que aquí no suceden.

—¿Y qué le dijo?

—Le cambió el humor. Se fastidió mucho y reafirmó que él quería hacer esa tirada. Yo le dije entonces que no podíamos invertir en algo tan inseguro, que era demasiada plata.

—Pero al final negociaron, ¿no?

—Sí, pero fue el parto de los montes: comenzamos una especie de subasta al revés. Bajó a ocho mil, a seis, a cuatro, y en esa última cifra se plantó tercamente largo rato. Me preguntó por las ventas de mis otros autores de la colección Sol Blanco.

Esa parte me interesó más.

—¿Ah, sí? ¿Y qué le dijiste?

—Que las tiradas eran de mil, mil quinientos o dos mil ejemplares. El tipo me puso una cara que se debatía entre el asco y la soberbia. ¿Dos mil?, me dijo como si lo hubiera insultado.

—Dos mil, o bien mil quinientos, solo para los autores que más venden. Y en eso le hablé de ti y de Julio Ramón, diciéndole que Julio y tú eran mis autores más vendedores y, en suma, que yo veía más sensato tirar corto y luego reimprimir en vez de lanzarme con una tirada mayor.

Acordaron por fin tirar dos mil ejemplares. Y un año más tarde, al encontrarme con Jaime en una presentación de libros, le oí quejarse sobre las cifras del balance de ventas de *Memorias del abismo*: ochenta ejemplares.

¿Se entiende ahora el odio que, años después, anidara en el magullado orgullo de Hache? ¿Se comprenden los tremebundos y desgarrados ataques a los escritores del medio? Porque, para los que no lo saben, Hache no solo me ataca a mí. También se lanza como una rata inyectada de anfetaminas contra Alfredo Bryce Echenique, Antonio Cisneros, Guillermo Niño de Guzmán, o los connotados críticos que lo ignoraron, Abelardo Oquendo o Julio Ortega. ¿Se repara ahora en esas venitas sanguinolentas que enturbian el blanco de sus ojos?

TENÍA SERVIDO EL PLATO, pero lo arrimé a un lado. No quería hacer leña del árbol caído.

El voluntarioso enano había intentado un libro en el que le fue mal, y eso era digno de un benigno olvido, no de chanzas, ni de sacarle en cara su impericia. Además, con la indiferencia que *Memorias del abismo* había merecido, bastaba y sobraba.

Contrariamente a lo que pensara, Hache no agradeció mi actitud contemplativa. Yo diría, incluso, que hasta me odió más que nunca, como si yo fuera el único responsable de lo que le sucedía. De alguna manera lo era, en efecto, pues se había metido en camisa de once varas al acariciar la idea de darme una tunda en este nuevo terreno, pero también bullía la cosa personal: él había soñado siempre con ser un escritor y en esa danza yo no tenía nada que ver.

Y aquí Hache, como en las telenovelas, empezó un largo autoflagelo: una lacerante etapa de tapujos, de drama callado, de secretos inconfesables. Quería cortarme en pedacitos, denostar los libros que yo de vez en cuando publicaba, pero no podía hacerlo. Su fallida obra literaria lo había dejado sin piso. Lo suyo no era el apresuramiento de autor primerizo, desliz de juventud, sino la obra repensada de un escribidor en sus cuarentas. ¿Cómo podía atreverse a descalificar a otro autor? ¿Cómo podía empuñar la palmeta de la crítica literaria si él, a todas luces, no había hecho otra cosa que equivocarse

como crítico de sí mismo? La autocrítica es el combustible de la creación, y la torpe novela de Hache, que desde el primer capítulo sacudía su chasis entre toses y ahogos, no alcanzaba a rodar ni unos metros.

Los correos de brujas de los noventa ponían en relieve la fijación obsesiva de Hache contra todo lo que yo hiciera. Se me decía que cualquier cosa buena que me ocurriese —una reseña favorable a mis libros, la enseñanza de estos en colegios y universidades, la invitación a un congreso de escritores—, él la tomaba como un agravio hacia su persona.

—¡Y es que no puede evitarlo! —comentó por entonces un robusto amigo psicoanalista.

Charlábamos en la residencia del embajador de Francia, en San Isidro, a la mitad de un cóctel multitudinario que invadía sus amplios jardines. De barba blanca y panza harto engreída, mi amigo hablaba sin despegarse de la mesa de los quesos, instalada a dos palmos de una franja de helechos arborescentes.

—¿Por qué? ¿Es una falla cerebral?

—Dile, mejor, una inclinación de su personalidad. El enano es un amargado porque, aparte de lo profesional, su ánimo competitivo se extiende a todo orden de cosas. Si mañana te sacas la lotería, o si pasado te enamoras de una mujer hermosa que te quiera bien, igualmente te odiará.

—¡Es de locos! —me reí, divertido—. ¿Y qué hace uno frente a un insano como él?

—Exactamente lo que estás haciendo, Fernando, vivir a plenitud. Saber gozar y sufrir es el secreto de la vida, y por eso mismo Hache te detesta. La única forma que existe para vengarse de un amargado es seguir siendo plenamente feliz.

—Pero él también tiene sus felicidades —argüí—. Sabe insultar.

—Esa no es ninguna felicidad. Apenas será una alegría perversa.

—Una alegría en la que él encuentra satisfacciones, ¿no?

—Es posible.

—Bueno, yo también debería ejercitarme en esa línea.

—Tú no necesitas de eso.

—No lo creas, gordo —repuse—. A veces lo necesito; a veces, creo yo, todo el mundo necesita soltar a boca de jarro un buen carajo o un hijo de

puta. Ayuda mucho.

Con aire doctoral, mi amigo picó un trozo de camembert y bebió un sorbo de su copa de vino antes de contestar:

—Si crees que lo necesitas, hazlo. Pero no te excedas.

—Tengo un insulto pensado —me animé de súbito—. Es un poco barroco, pero me gusta, y quisiera que me digas qué te parece.

—Ya, desembucha —me miró dedicándome toda su atención—. ¿Qué dirías de él?

¿Éramos dos niños planeando una travesura? ¿O solo dos tíos tonteando? A decir verdad, me tenía sin cuidado, pues la felicidad consiente hasta las conductas más ridículas.

—¡Engrudo de miasmas! —exclamé haciendo resonar las palabras dentro mi boca con sumo placer—... ¿Cómo lo ves? ¿No lo sientes buenísimo?

Mi amigo iluminó su rostro con una sonrisa. Le complacía verme a mis anchas.

—Suenan bien. A ver, dilo otra vez.

—¡En-gru-do-de-mias-mas! —repetí, contento, modulando el retintín de cada sílaba. Y se me antojó que Hache, bufón saltarín, debía estar haciéndome un guiño de complicidad desde alguna parte: qué rico es soltar de buenas a primeras un insulto irascible con gotitas de saliva y todo, me diría con su mueca (asentí).

—Pretende ser un maldito y actúa como un *serial killer* de pacotilla que se vanagloria de los maltratos que inflige —continué—. Cuando insulta a la gente, no siempre lo hace movido por cóleras, sino por el deseo de demostrar que él es alguien que merece ser temido.

—Y lo consigue, el puta —concluyó mi amigo, psicoanalista nato—. La gente le teme.

PASARÍAN NUEVAMENTE varios años antes de que Hache desatara su lengua.

La tenía suelta, agilísima y libérrima, sin lugar a dudas, en los predios de la política y lo social, en los que no comprometía su orgullo ni sus habilidades individuales; pero en lo literario se abstenía, con lo cual dejaba en

claro que aún no superaba su vergüenza, o, para ser más precisos, no la perdía (volviéndose, literalmente, un sinvergüenza).

Hasta que, con el tiempo (ese borrador de la miseria humana), Hache olvidó el estigma de su propio papelón literario y puso en hervor otra vez los humores de su envidia.

Previamente, eso sí, el destino lo obligaría a una dura prueba: hablar bien de mí. No en los diarios, ni en alguna ceremonia pública —hablo de un destino peruano, no del destino griego que es tan implacablemente cruel—, sino en cuchicheos con dateros o en cautos telefonemas con amigos comunes.

Batiendo sus improvisadas plumas de arcángel, cogió el teléfono y preguntó:

—¿Qué sabes de Fernando Ampuero? ¿Has escuchado cómo está?

Al otro extremo del hilo, Alfredo Marcos, el célebre humorista de los calatitos, contestó:

—No he podido hablar con él. Solo he hablado con Patricia, su esposa.

—Puedes intentarlo otra vez, por favor —replicaría Hache—. Quiero hablar con él.

Y Alfredo me dejó sus solidarios mensajes, en alguno de los cuales indicaba que, fuera del anecdotario de los pleitos, Hache me tenía en muy alta estima.

¿Era realmente Hache quien me transmitía eso? Sí. Y ciertamente contaba con una buena razón: de la noche a la mañana me habían abierto el estómago y habían encontrado un cáncer. Yo pensaba, optimistamente, que a lo sumo iban a encontrar un excelente lomo de atún con ajonjolí, mi cena de la noche anterior en el restaurante La Gloria. No, nada de eso. Era cáncer al colon y, pasada la operación y hechas las resonancias magnéticas, detectaron además un racimo de oscuras manchas en el hígado.

—Metástasis —dijo el médico que consulté en la clínica San Felipe—. Está en sus inicios.

En la consulta, ambos a uno y otro lado de un lustroso escritorio de caoba, veíamos sobre un panel iluminado las translúcidas placas de las resonancias.

—¿Y eso qué significa? —pregunté.

—Cuando el hígado está comprometido, es algo grave.

—¿Qué tan grave?

Los oncólogos no se andan con rodeos. Son gente serena, de hablar pausado, que te dicen las cosas sin el menor acento dramático:

—Le quedan seis meses —dijo repantigándose en su mullido butacón.

Mi silla no se sentía tan cómoda.

—¿Seis meses?

—Es lo que dicen las estadísticas. Este tipo de cáncer se vigila rigurosamente desde hace dos décadas.

—¿Qué me aconseja?

—Que vaya arreglando sus asuntos financieros.

No me iba a matar el cáncer, sino el sentido común de esa refrigeradora parlante.

—Me refiero a consejos médicos, doctor. ¿No hay nada que pueda retrasar su pronóstico?

—Bueno, hay un tratamiento experimental que yo le recomiendo. Le tendríamos que abrir de nuevo el estómago y colocarle adentro una computadora que irrigaría directamente al hígado la quimioterapia. Las estadísticas le dan unos meses más a esos pacientes.

No pude evitar un gesto de consternación.

—Una computadora adentro —me revolví en la silla—. ¿Y cómo se duerme con eso?

—De costado —contestó. Poniéndose de pie y hundiendo las manos en los bolsillos de su impecable bata blanca, esta vez el doctor intentó una sonrisa—. La gente se acostumbra. Es mejor que dormir con una aguja en el brazo; la aguja, en este caso, se inserta en la abertura de la computadora que estaría en su estómago.

—Pero no podría nadar.

—¿Nadar?

—Nadar en el mar.

—¿Y por qué tendría que nadar?

—Soy un animal marino —afirmé.

—No, no sería conveniente. Podría producirse una infección, pues se trata de un proceso delicado.

Vaya usted a procesar a su puta madre, médico cabrón, pensé inmóvil en

mi silla que debían haber aserrado en un taller de la penitenciaría. Y al cabo, haciendo ademán de irme, le devolví la sonrisa asegurándole que lo llamaría no bien decidiera algo.

Advertí a mi familia que ni de vainas aceptaría la computadora. Que yo había llevado una vida digna y que prefería una despedida igualmente digna, sin tubos ni sondas ni el alambique de una lentísima muerte a cuentagotas. Busqué otras opiniones y los pronósticos fueron los mismos, excepto que uno de los galenos dijo siete meses en vez de seis. Pero, uno de ellos, con sabiduría de viejo lobo de mar que conoce de aguas movidas, me ofreció un tratamiento que, en las cifras estadísticas, era menos eficaz que la quimio normal y el experimento de la computadora, aunque a mi modo de ver resultaba mucho más humano respecto a la calidad de lo que me restaba de vida.

—Pastillas —dijo el médico—. Es una quimio oral.

Aquello me sonó a música del Olimpo.

—¿Cómo es eso?

—Tres tomas al día y se acabó el asunto. A veces producen efectos secundarios, arcadas u otras molestias, pero hay otras pastillas que las contrarrestan.

—Magnífico —exclamé entusiasmado—. ¡Usted es el médico que estaba buscando!

Esta eminencia de la medicina, médico y ser humano a la vez, se llama Andrés Solidoro.

Pero, claro, si bien ya estaba resuelto el problema inmediato, ahora venía el problema de fondo: tener los días contados, un plazo, una fecha de vencimiento.

Acostumbrados al misterio de la vida, es difícil comprender el misterio de la muerte. Y, a pesar de mi ánimo sereno, caí en una profunda depresión. Mi gran angustia era la posibilidad de la parálisis, de la agonía atravesado de tubos. En esos días compré un arma, un revólver 38 como los de Sam Spade y Phillip Marlowe, que en sueños me daban consejos sobre su uso, y lo escondí en la casa para esa circunstancia límite del devenir humano, es decir, “por si un día todo falla”.

Por una semana arrastré el ala y luego, al despuntar una mañana soleada, desperté con la tranquilidad del olvido (un olvido instantáneo, de escasos

segundos, en el que uno no recuerda lo que le sucede porque, sencillamente, el cuerpo nada reclama) y que es la misma tranquilidad misteriosa que nos defiende del vértigo.

—En este momento me siento bien —me dije en voz alta. Afortunadamente, comía con buen apetito y la quimio en pastillas no me suscitaba el menor malestar—. Y mientras me sienta bien, hay que vivir intensamente. Lo mejor será vivir cada día como si fuera el último y eso es lo que quiero hacer. Leer, trabajar, amar, nadar, ir al cine, charlar con los amigos.

Mi mujer, paralelamente, buscó ayuda en el más allá. Junto con José Tola, gran amigo, artista plástico y místico del *borderline*, me llevaron donde una bruja encantadora que rezaba en lenguas muertas, arameo o algo semejante, y que colaboró muchísimo en mi recuperación. Con las bendiciones de esa bruja, cuyo nombre mantengo en reserva, la fe, poderosa medicina del alma, volvería a mí. Y así, pasaron tres meses, pasaron seis, pasaron nueve y, joder, seguía en este mundo, floreciendo, con las mejillas rozagantes, y, desde luego, revolcándome en las olas, que eso da muchos bríos.

LAS MANCHAS DE la supuesta metástasis se mantenían iguales: no crecían. Actualmente, a dos años y medio de la intervención, mi médico les echa un vistazo cada cinco meses.

Pero volvamos un poco hacia atrás: a la etapa postoperatoria. Hacía tres semanas, a lo sumo, que había dejado el hospital y flotaba en la densa y multicolor nebulosa de una supernova. La incertidumbre era algo sólido, tangible. (Y, bueno, todavía lo es. Jamás se libra uno de ese lema conminatorio del consumismo de los años cincuenta que antaño martilleaba a toda hora: “Tarde o temprano su radio será un Phillips”).

Incertidumbre, desolación, aturdimiento y un rosario de llamadas telefónicas. Y entre esas llamadas, la mayoría de amigos, los mensajes del intermediario de Hache.

—¿Qué cosa quiere? —preguntaba Patricia, sorprendida—. Ha llamado diez veces.

—Quiere lo mismo que otros periodistas que saben de mi pronóstico de vida —dije—. Una entrevista.

Nunca se la di. Era capaz de teatralizar una ceremonia de amiste en vivo y en directo. Yo no olvidaba que, si se lo proponía, Hache dejaba chiquita a Delia Fiallo, la reina del melodrama.

Tampoco pensé en hablar con otros medios que llamaban incesantemente, recurriendo a todas las artimañas del oficio, pues no quería hacer una historia de mi enfermedad. Me parecía de mal gusto. Pero fui débil y acabé cediendo, tal vez porque hablar de lo que nos pasa ayuda a que nos aferremos a la vida, a que dilucidemos el sentido de nuestros actos, a que digamos, a lo mejor, esa última palabra que finalmente nos explica.

Una cosa que me impresionó mucho cuando visité el museo de la Santa Inquisición fueron los textos que habían dejado aquellos a quienes emparedaron vivos. Frases grabadas con las uñas en los muros y escritas en la más absoluta oscuridad. ¿De qué les servía eso?

Ahora lo sabía. Y entonces concedí dos entrevistas. Una a Mónica Delta, periodista de *Panorama*, espacio dominical de canal 5, y otra a Teresina Muñoz Nájjar, de *Caretas*. Apenas si me acuerdo de lo que dije. Cosas sencillas, en su mayor parte, como las que dicen todos los que están con un pie en la tumba. Los soldados moribundos hablan de volver a casa o de fumarse un cigarrillo. Cuando Mónica me preguntó, en relación al poco tiempo que me quedaba, qué es lo que quería hacer a partir de ahora, respondí: “Aprender italiano. Lo hablo un poco, pero me gustaría de veras hablarlo bien y poder leer en voz alta a Pavese, Ungaretti, Quasimodo”. Y cuando Teresina quiso saber, de manera muy concreta, qué es lo que siempre había buscado en mi vida, le dije: “El mar. Yo lo único que he buscado en mi vida es el mar”.

Fueron entrevistas sobrias (más claro: nada de melcocha lúgubre), sin apremios y muy sentidas, e incluso Mónica tuvo la deferencia de grabar una parte al sur de Lima, en mi casa de playa de Punta Hermosa, donde reposaba.

Y Hache calló. Esta vez no podía decir nada.

Luego, pasados dos meses, tras recuperar algo de peso y color, decidí salir de viaje con Camila, mi hija menor. No quería morirme sin irnos antes a Europa; le había prometido dar unas vueltas por el Louvre y por varias de esas lindas y retorcidas callecitas de París, lo que nos resultó estupendo.

Y Hache, atento vigía, volvió a callar.

Luego, en lo estrictamente literario, se hace indispensable mencionar, a riesgo de parecer presuntuoso, cuatro hechos gratificantes que me acontecieron:

- 1) Apareció una selección de mis cuentos en un volumen de cuatrocientas páginas bajo el sello español Alfaguara y en la prestigiosa colección Cuentos Completos/ Cuentos Escogidos.
(Y Hache, uf, calló otra vez).
- 2) Una célebre editorial de Londres publicó *The Picador Book of Latin American Stories*, antología de escritores del siglo XX realizada por Julio Ortega y Carlos Fuentes, y en la que se me incluía.
(Y Hache, doblado en dos, siguió callando).
- 3) El reputado *Times Literary Supplement* de Londres reseñó esta última antología y en ella se destacó mi cuento *Taxi driver, sin Robert de Niro* como uno de los más impactantes de la muestra. “*Hard-hitting*”, decía el crítico.
(Y Hache, de rodillas, calló una vez más).
- 4) Mi novela *Caramelo verde* se tradujo al francés y obtuvo un buen comentario en *Le Monde*.
(Y Hache, como un cadáver, calló y calló).

LEJOS DE NARCISISMOS o consuelo de tontos, esta detallada enumeración de menudas conquistas literarias —hitos estimulantes para un autor desconocido fuera de su país— se orienta a establecer de manera gráfica que las noticias que le llegaban sobre mí, aparte de juzgarlas como afrentas, eran a su vez un repique de gotas que iban colmando su paciencia.

Tanta docilidad, tanto contener los resquemores agolpados, no le harían ningún bien al enano. Los correos de brujas me informaban que le castañeaban los dientes y le salía humo de las orejas, y que, de haber estado en su potestad, habría intentado competir en las enfermedades. Imaginé que él habría elegido un mal que le durara cinco días y, a fin de atraer la mayor

atención de la prensa, una postración no exenta de espectacularidad; digamos, una apoplejía con parálisis total en el cuerpo y en la que solo pudiera mover los ojos y una sola manita que se estaría agitando en permanentes adioses frente a los flashes de los fotógrafos. Después, al recuperar la salud, me sacaría la lengua. Te gané, me diría, mi enfermedad dio mucho más pena que la tuya. ¿Acaso su rivalidad conmigo lo podía arrastrar a tales desvaríos?

Lo que más pudo, creo yo, fue arrastrarlo a otro orden de críticas. La tregua, el pacto de no agresión, el dique que represaba los ríos y chubascos de rabia empozados, fueron desbordados el día que vio, por fin, la señal que por largos meses había estado aguardando, es decir, cuando miró una reciente foto de periódico en la que se me veía vigoroso, saludable, sonriente. El duro año de quimioterapia había quedado atrás, y gracias al sol, la comida sana y rica (no la aburrida dieta de hospital) y, sobre todo, a los ejercicios, mi cuerpo y mi alma le cantaban nuevamente a la vida.

Además, desde luego, volví al trabajo no bien pude sostenerme algunas horas seguidas en pie, y eso ya no se leía con obstinación, sino como un regreso. Mi retorno a las oficinas de la revista *Somos* —en 1996 había salido de *Caretas* e ingresado a las filas de *El Comercio*, jalado por mi viejo amigo, Bernardo Roca Rey Miró Quesada—, de la que era editor, determinaba que otra vez yo tenía las riendas en la mano y brincaba encima del caballo.

Estábamos, pues, a principios de 1999 cuando Hache, gnomo reciclado, pasó a criticarme por donde nunca antes había osado a hacerlo.

“No hay duda de que Ampuero es un gran cuentista”, escribió. “Nomás basta verlo”. Con lo cual, queriendo hacerse el gracioso, insinuaba que mi enfermedad había sido mi mejor cuento.

Inquietos, algunos amigos me avisaron del derrape.

—Te está llamado mentiroso —dijeron.

—Tomaré a bien su comentario —repuse, tranquilo—, porque viniendo de Hache una cosa así suena sutil.

Menos optimista, empero, el famoso poeta de rizado mechón meneó la cabeza:

—Ojo que, por primera vez, apunta a tu literatura —aseveró—. Ese es un cambio capital.

Era cierto, pero me mantuve en silencio, como de costumbre.

Y entonces Hache ya no aguantó más y sacó la artillería pesada y me

obligó a un nutrido ping-pong de dimes y diretes, con lo que en un santiamén las brujas desempolvaban sus escobas.

Doy un resumen del intercambio de pullas. Él atacaba mi lado literario, y yo, que me guardaba municiones, punzaba inicialmente en su lado periodístico,

“Yo siempre he pensado que la prosa de Ampuero es asmática, respira mal”, dijo él.

“El que más bien parece no respirar nada es Hache cuando hace apología de sí mismo en su periodicucho, ya sea con artículos o cartitas de felicitación que él mismo escribe”, dije yo.

“Si algo no me gusta de Ampuero es que resulta un Kerouac trasnochado que confunde la literatura con la bohemia. Su talento es un montículo de materia innombrable”.

“Lo que a mí me encanta de Hache es que se toma muy en serio, alegando que da batallas por el rescate del país. Conozco una definición que le cae a pelo: es un cojudo solemne”.

“El joven Ampuero quiso fumar un habano en alguna cena que le recordara a Proust y terminó emborrachándose con Toño”.

(Total, ¿en qué quedamos? ¿Pretendo ser Kerouac y Proust, dos autores que están en las antípodas?).

Y aquí, como un avezado espadachín, me decidí a pinchar por su otro flanco:

“¡Ya sé por qué su novela se titula *Memorias del abismo*! No podía ser de otro modo, pues para un enano cualquier cosa es un abismo. Hasta subirse a una vereda lo sentirá un abismo”.

Cuando mencioné su libro, punto tan vulnerable como los de su faceta periodística, pero que afectaba directamente su intimidad y le dolía horrores, enmudeció de pronto.

Al cabo de una semana, indagué:

—¿Y, señores, qué me trae de vuelta el correo?

—Nada —me dijeron—. Hache no ha vuelto a abrir la boca. Parece que agarraste carne.

—¡Caray, si ni siquiera había entrado en materia! ¡Por ahí hay mucha tela que cortar!

Pero esta vez, súbitamente replegado, el enano encarnaba el silencio. (“Silencio de pozo séptico”, acotó el famoso poeta de rizado mechón).

Naturalmente, el gran público, o el cogollo del gremio de plumíferos, que era en realidad el pálido y sufrido auditorio de esta vieja rencilla, no se enteraban de nada. Este fuego cruzado de dimes y diretes, este contrapunto de correveidiles, este explosivo diálogo con radar, esta grotesca pelea de sombras chinas que se veía detrás de una sábana, eran del dominio exclusivo de muy pocos allegados.

En las siguientes semanas, en todo caso, Hache y yo nos atenderíamos al libreto ha mucho establecido: no bien cesaron sus pistoletazos, callaron mis trabucos. Pero la paz, aquí y acullá, no viene con carta de garantía y dura, a menudo, lo que nos toma un parpadeo.

SALTÁNDOME INCONTABLES ESCENAS y meses mediante una generosa elipsis que privilegia el tiempo psicológico sobre el cronológico, arribo a un momento crucial. Estamos en la primavera del año 2000. Ha pasado mucha agua por el río, y en lo concerniente a nuestro asunto, el cauce se ha desbordado en diversas orillas. Las vidas personales de Hache y la mía, naturalmente, han cambiado. Cada cual, en su geografía física y sentimental, deja ver que el paso de sequías, tornados, ciclones y terremotos que, en ocasiones, hundieron montañas, elevaron planicies y, como por obra de íntimos fenómenos de El Niño, reverdecieron desiertos.

El fin de siglo nos pesca con varios divorcios a cuestras, varias resacas de todo lo vivido, varios éxitos y frustraciones laborales y, cuándo no, muchos sueños que se quedaron a mitad del camino, pero al mismo tiempo —a ambos nos gusta Julio Cortázar— nos pesca también con toda la terca e invencible certidumbre de que la vida está hecha para caer y levantarse.

Las huellas de ese tiempo que ha pasado volando están a la vista. Yo, por ejemplo, he perdido un poco de pelo —como soy un ser positivo, lo tomo como una autorregulación higiénica de mi sistema capilar—, aunque reconozco que el gran Cortázar aquí me falló, pues el pelo que se me ha caído ya no se levantará jamás. A Hache, de su parte, le han crecido unos mofletes de San Bernardo —como todo lo positivo tiene también su lado negativo, no puedo menos que alegrarme—, y en cuanto a su personalidad, se ha vuelto

más paranoico, más sibilino, más amarillista.

Ambos, como muchos saben, trabajamos ahora en dos diarios de circulación nacional.

Su diario, aparecido en las postrimerías de la dictadura de Fujimori y Montesinos, tomó el nombre del original francés, *Liberación*, en clara actitud combativa. Comenzó bien, con perfiles de lucha y reflexión, pero en un dos por tres se adhirió al estilo de la prensa sensacionalista que en esos años intoxicaba al país. Se convirtió, si se quiere, pese a un cierto barniz intelectual, en una variante del periodismo chicha. Sus redactores, que pronto copiaron su vena truculenta, caen como kamikazes dando de alaridos cuando tocan cualquier tema o personaje en discusión. Esos pobres chicos y chicas mal instruidos, o bien engañados por un jefe prepotente que los doblega con su ceño autoritario; esas chicas que ahora escriben con un odio que no tiene fondo y que, por lo demás, están convencidas de que así se hace el periodismo serio, emulan quizá sin saberlo al obediente séquito del tenebroso Charles Manson. Algunas, pienso, ya son casos perdidos; otras, con trabajo disciplinado, tal vez están a tiempo de enmendar sus vicios, si empezaran, en primer término, por escribir textos asépticos durante cinco meses (más adelante, de manera dosificada, se les permitiría el aliño de alguna impureza).

Yo, por mi parte, me encuentro en ese enorme edificio neoclásico con pinta de mausoleo ubicado en pleno tablero de Pizarro, entre los jirones Lampa y Miró Quesada. El diario *El Comercio*, con una antigüedad de más de ciento sesenta años, es indudablemente una institución de la prensa peruana. Pero lo es, antes que por tradición, por su insobornable credibilidad e independencia. ¡Qué estoy diciendo! ¿Acaso en otros tiempos no apoyó mucho a zutano o ignoró a los menganos? Puede ser, mas el mundo da vueltas y, en algunas de ellas, se aprenden las lecciones. Después de la traumática expropiación de los medios por la dictadura de Velasco Alvarado, *El Comercio*, a mi juicio, sin perder su tono ecuánime y su ritmo pausado, se afianzó en sus principios democráticos y, en años recientes, cumplió un rol fundamental en la caída de la dupla Fujimori-Montesinos a través de acuciosos reportajes que conmocionaron al país, entre ellos, la denuncia del millón de firmas falsificadas del oficialismo en los comicios fraudulentos del 2000.

Perdonen el rollo, pero solo así puede verse con claridad las posiciones

que Hache y yo, cada cual en su registro, ocupamos actualmente. Encargado de las revistas del diario, muy en especial, de la revista *Somos* —“si el diario es un terno con chaleco, *Somos* fue su *blue jean*”, definió Beto Ortiz a la revista que destaca por su tono socarrón e informal—, mi trabajo periodístico no ha buscado en absoluto la notoriedad, a tal punto de que *Somos*, aun siendo líder en lectoría y captación de publicidad en los últimos cinco años, no figura siquiera un postón en el que se lea el nombre del editor. (Obviamente, no estoy en contra de quienes sí lo hacen, pues tampoco tiene nada de malo). En la piel de Hache, sin embargo, tanta discreción sería inaudita. Para empezar, si él tuviera tantos lectores y tanto avisaje como los tiene *Somos*, sacaría anuncios a página con esa noticia en todos los medios, como lo ha hecho en ocasiones con sus programas. Luego, échenle un vistazo a la columna que escribe en *Liberación*. El logotipo de esta, toda una marquesina de vodevil, ¡tiene sesenta y cinco puntos! Cierta vez el enano fustigó a un cuestionado funcionario público, legando a la posteridad esta enfática y superlativa sentencia: “¡Estamos ante el Aconcagua del delito, el Everest de la corrupción!”. Considerando la gran importancia que Hache se da a sí mismo, ¿cabría decir de él, parafraseándolo, que “estamos ante el Aconcagua del coraje, el Everest de la prensa libre”?

—De ninguna manera —digo yo—. Tan solo estamos ante un perfecto pobre diablo.

Y lo digo con plena convicción. Este galán de cine *gore* que comenzó como practicante de la sección Deportes en el chabacano diario *Última Hora* y que termina, por el momento, en el chichero diario *Liberación*, no tiene perdón de Dios ni de los mortales a quienes denigra. Porque, además de su pedagogía del odio, sus torrentes de sandeces, sus mentiras de fea hermanastra de la Cenicienta, recurre descaradamente a la coartada de erigirse en defensor de la moral ciudadana para justificar sus desajustes emocionales y contrabandear sus *vendettas*.

El fin del siglo, pues, nos pesca enfrentados peor que nunca. Cada cual en su trinchera, el casco calado y el dedo en el gatillo, o cada cual cómodamente instalado en su casa —ya no son los tiempos en que yo me brindaba a regalarle una cama—, enrollando y desenrollando rutinas holgadas que el esfuerzo personal, quiero creer que honrado de ambas partes, ahora nos permite. Yo resido en Miraflores, en un departamento con vista al mar

(inevitablemente), y Hache en La Molina, en una casa con vista al cerro. Él y yo, a lo mejor, hacemos nuestras compras en Wong; él y yo, probablemente, acudimos a los nuevos cines de Larcomar, aunque nunca, que yo sepa, hemos coincidido en alguna función; él y yo, quién sabe, nos colgamos igual de la Internet, con infinita curiosidad de fisgones.

Pero él y yo, que físicamente no nos vemos hace una punta de años, seguimos siendo por su culpa y su grandísima culpa enemigos acérrimos.

A propósito de ello, y a causa de sus más recientes ataques, he pensado que debo liquidar ese sonso prejuicio de que a un enano no se le puede pegar. He decidido que, donde lo vea, si me lo encuentro algún día en la calle, le voy a encajar un porrazo que le remezca todas las miasmas del cerebro. ¡Cómo en un frasco tan pequeño pueden haber tantas heces!, se viene preguntando la ciencia desde hace mucho. He aquí la solución. Mi porrazo le abrirá el cráneo al enano y por fin quedará despejado tan repelente misterio.

MAS VOLVAMOS A la crucial primavera del año 2000 de la que hablé. Por esos días estaba de aniversario la revista *Caretas*, que cumplía cincuenta años, los cuales se festejaron a lo grande con un buen bailongo fabuloso en la bicentenario plaza de Acho. La revista, fundada por Doris Gibson y Paco Igartua, y llevada a su más alto nivel por Enrique Zileri, hizo una edición especial en la que se hacía un recuento de los momentos álgidos que marcaron el compás político del Perú, captados por *Caretas* con sabiduría y sentido del humor; así como un listado de personajes que identificaron cada década y una galería fotográfica de las ilustres plumas que llenaron sus páginas. Colaboradores de la talla de Jorge Basadre, José María Arguedas, Sebastián Salazar Bondy, Ciro Alegría, Mario Vargas Llosa, Luis Alberto Sánchez, Manuel D'Ornellas, Juan Gonzalo Rose; o bien las plumas de planilla, plumas de gallinazo, como las de Gustavo Gorriti, José Rodríguez Elizondo, Raúl Vargas, Laura Puertas, Fernando Rospigliosi, Cecilia Valenzuela, Lucho Jochamowitz y, entre muchos otros igualmente recordados, Hache y yo

Hache, en un aparte, aparecía muy joven en dos fotografías: en una calle, observando a un rudo matón aprista, el Búfalo Pacheco, quien se alistaba a romper una tabla con un golpe de karate; y luego, en un dormitorio de hotel,

él de pie y ella recostada en la cama, charlando con una bomba rubia setentera que se hacía llamar la Coccinelle, uno de los primeros transexuales de los que se tuvo noticia. Yo, en otro aparte, aparecía en mis cuarentas, en una sola foto grande y también en la calle, con un brazo en alto y delante de una multitud, enfrentando a voz en cuello a los infantes de Marina que se habían parado en la puerta de *Caretas* luego del autogolpe del presidente Alberto Fujimori. Imágenes del pasado, retratos de circunstancias.

Pero esta cercanía de papel, esta coincidencia de una foto suya y una mía fue, de alguna manera, un reencuentro virtual que anticiparía en un par de meses sus últimas pataletas de guiñol, una de las cuales, como se verá más adelante, lo llevó otra vez a romper lanzas públicamente conmigo y con buena parte del parnaso literario peruano.

El problema empezó de manera accidental. Con la cancelación de *TVmás*, revista que se especializaba en cine y tele, se había decidido incorporar a *Somos* una sección de comentarios y críticas de televisión. La escribiría Jorge Olazo, exredactor de *TVmás* reclutado por *Somos*. En cosa de una tarde, la nueva página se diseñó y se aprobó, y di la orden de que, previa supervisión de mi parte, como hacía con todas las notas que se publicaban, apareciera en la próxima edición. Eran aquellos agitados tiempos preelectorales en que se me convocaba a muchas reuniones y, debido a una de ellas en la dirección del diario, delegué esa responsabilidad. Fue entonces cuando salió impresa una inocente notita en la que se anunciaba que el buen Hache volvía a la tele con un nuevo programa político. Se ofrecían datos precisos: se informaba en qué canal se propalaría, la frecuencia, el horario y el formato. Y, en vista de que imperaba en muchos canales la égida de las producciones de pobre calidad — la llamada telebasura, reflejo de la prensa chicha fujimorista—, hablar del inminente regreso de Hache a Red Global (canal que, por entonces, parecía resistirse a ser colonizado por la mafia montesinista) despertaba ilusiones.

Esta fue la razón por la cual la notita en cuestión apareció con el título: “Promete altura”. Mordazmente el buen ingenio de Olazo pretendía decir en dos palabras que el enano volvía y, con él, la posibilidad de ver un periodismo más o menos veraz. (La telebasura, además de horrendos espacios de humor y de *talk shows* a lo bestia, las Lauras y las Magalys, incluía varios programas periodísticos sumisos al gobierno y que malinformaban al país).

—¡Putra madre! —rezongué cuando vi el pliego impreso—. ¿Quién puso

este título?

—Yo —dijo Olazo, amoscado—. ¿Qué tiene?

Lo miré y calculé que como mucho debía contar con veinticinco años, lo que significaba que no tenía por qué estar al corriente de mi antigua enemistad con Hache.

—Pólvora —dije—. Ese título tiene pólvora y ya lo vas a ver. En adelante, enséñame lo que escribas sobre el enano.

—¿Te parece mucha ironía?

—No, no —repuse fastidiado—. Pero al homúnculo de Hache, sabiendo que yo estoy aquí, le puede parecer cualquier cosa...

El fastidio era conmigo mismo. ¿Qué hubiera hecho yo si, en vez de acudir a la reunión, hubiera podido supervisar aquel título? ¿Lo habría cambiado? Pensándolo bien, creo que no. Era un título que sabía que podía traer problemas, pero que a la postre resultaba irreprochable.

—¿Crees que no le guste a Hache? —interrogó Pablo O'Brien, redactor de Política a quien no se le escapaba una frase que oliera a pato chamuscado.

—No es que lo crea o no —contesté—. Estoy seguro de que no le gustará.

—¿Eso significa que te hará puré?

—Quién sabe.

Pero al día siguiente no salió nada en *Liberación*.

Olazo y Pablo se olvidaron del asunto y, a decir verdad, yo también. Sin embargo, viendo en retrospectiva lo que luego sucedió, se entiende el silencio del enano. Si en aquel momento él hubiera respondido, habría dejado en claro ante su propia gente, el personal de *Liberación*, no ante sus lectores (pues para estos algo tan insignificante pasaría desapercibido), lo mucho que le irritaba ser llamado enano, aunque fuera veladamente.

Su respuesta más bien vino una semana después. Y otra vez *Caretas* tendría aquí un rol que jugar. Era diciembre del año 2000, a una semana de las Navidades, y a Enrique Zileri se le ocurrió pedir colaboraciones a tres redactores del pasado de *Caretas*, Gustavo Gorriti, Hache y yo, acerca de un acontecimiento que estaba por producirse: el advenimiento del año 2001, el nuevo siglo y el nuevo milenio. ¿Qué teníamos que decir acerca de ello? Por favor, muchachos, nos solicitó Enrique, entreguen a tiempo y no excedan las cuatro cuartillas.

—¿Pero qué rayos quieres que escriba sobre eso? —respondí—. Si yo ni siquiera he pensado nunca que estaría vivo para esta fecha. Con la vida alegre que llevaba, no lo pensaba a los veinte años, ni tampoco ahora, cumplidos los cincuenta, en que, como bien sabes, le pusieron plazo fijo a mis días de vida.

—No te pido un texto necesariamente político —dijo Enrique—. Escribe de lo que quieras. Por ejemplo, de esto que me hablas, una cosa más personal.

Y así lo hice. Una nota personal, diferente a las que escribieron Gorriti y Hache.

Gorriti, reportero judoka y pionero del gran periodismo de investigación en el Perú, habló de su vocación de escritor que le fue (y sigue siendo) tan necesaria para ejercer el periodismo con la imaginación que demanda nuestra realidad. Un texto evocativo de la gesta de *Caretas* y de la endiablada alquimia que a veces supone concluir con el debido tesón y claridad de ideas algunas de sus peliagudas notas.

Hache, por su parte, prodigábase en su pintoresca versión del periodismo combativo con un texto que hablaba de la lucha por el retorno a la democracia en los últimos nueve meses. Doy a continuación una pequeña muestra de lo que ahí decía:

“Lo de Fujimori fue una mierda. Y que lo sepan los Dionisios de toda catadura: jamás olvidaremos, los que habremos de morir en el Perú, qué cosa son ustedes, de dónde vienen, de qué hombro les cuelga el loro y en qué estribor se mean. Por lo tanto, en este diciembre, después del tío Paniagua (el que jaló la tragaperras en Las Vegas y le salió el gordo para mortal envidia de Olivera), éramos de nuevo ciudadanos limpiando la ciudad, desescombrando: berlineses del 45, bosnios de Srebrenica, judíos de Varsovia... A mí no se me pasa la vergüenza de que el país de Grau tuviera a esa gentuza decúbito ventral durante diez años... ¿Cómo la suma de los miedos pudo producir terror? ¿Cómo la antología de los hijos de puta más desafortunados del Macondo mundial donde morimos pudo ser tolerada tantos años? Pregunten en el morro de Arica, pregunten a Pinto y a Itamaratí. Pregunten en San Juan de Miraflores”. Y concluía con este exaltado arrebató patriótico: “Pero ahora es la hora de brindar por lo que se viene. Por lo que haremos para limpiar todo esto. Por lo que tenemos que aprender. ¡Viva Grau! ¡Viva el Perú devuelto por la fuerza!”.

Menudo discurso. Este lector, curtido en grandilocuencias y procacidades,

sonríe de mala gana. Y no es porque tal o cual lisura me afecte —yo las digo cuando hay que decirlas con todas sus letras y con resonante registro de barítono—; el problema es que Hache, aparte de endilgarnos su insaciable hambre de alegatos, las dice una y otra vez hasta el desenfreno.

En cuanto a mi texto, tal vez el más apegado al tema, el advenimiento del nuevo siglo, no pretendí el ardor de las proclamas ni la memoria de los grandes temas. Ahí, pues, no se hablaría de la decadencia de los imperios, ni de la rebelión de las masas, ni de las tentaciones totalitarias, ni del fin de las ideologías, ni del progreso tecnológico, ni del boom del egoísmo; menos aún me proponía hablar de la oprobiosa dictadura de Fujimori o de cualquiera otra de las buenas causas que nos llenan el buche.

Atendiendo a un estado de ánimo, opté por un texto de tesitura íntima y confesional, quizá porque, ante fecha tan significativa, aún me desconcertaba el hecho de seguir golpeando las teclas o seguir mirando el mar, oyendo embelesado el trino de la vida.

“Ciertamente el mundo me parece ahora más vulgar y más feo y más pobre y más triste, y hasta la poesía, antídoto celeste, ha sido arrinconada en el desván de los trastos viejos”, escribí. “¡Qué importa! El futuro, ya lo sabemos, no es caminar día y noche por escenarios blancos, impecables, forrados de fórmica brillante, todos vestidos con bebecrece, como nos lo pintaba la televisión del sesenta. Tampoco es el hacinamiento insufrible que mostraban los filmes de Ridley Scott, aunque por ahí, lamentablemente, va la cosa. El futuro es esto: estar aquí y ahora. Y hoy día salió el sol, inaugurando un mar de eternidades, y de seguro una mujer preciosa le sonrió a alguien. Y hoy día, ay, miles de mendigos acecharon en las esquinas de Lima y la vida se hizo más patética”. Y para terminar, agregué: “En Punta Hermosa, dos años atrás, y en un momento como este, escribí y publiqué un poema vagabundo, titulado *Crecer y no creer*, cuyos versos finales les obsequio ahora con la mayor humildad: ‘Vivir es deslizarse en la luz mientras la sombra aguarda / vivir es vestirse con holgura mientras el féretro aguarda / La vida, o la sensación de la vida, late bajo un nudo corredizo / El destino y nuestra voluntad son apenas dos bestias del desierto / ¿Quieres saber un secreto de familia para matar dragones? / Convéncete: los dragones no existen, aunque tal vez existen / Lo esencial, sí, es creer y no creer / Como cuando se lee un horóscopo’”.

¿Demasiado lirismo? A lo mejor. Pero, en todo caso, escribí palabras sencillas con las que hablaba de un día soleado —hay que vivir en esta ciudad de neblina que entra por las ventanas y, como dice Toño Cisneros, hace que de pronto se pierdan las familias dentro de las casas, los hijos y las esposas, a quienes hay que llamar a gritos—, o de una de esas populosas esquinas donde la miseria aparece nítidamente esculpida en piedra y melancolía. Fueron palabras que salían del corazón.

Pero Hache no pensó así y me dedicó una de sus más furiosas columnas en *Liberación*.

“Huachafo”, la tituló y pasó a justificar su dictamen. Decía que en esta yo hablaba “de mí mismo con admiración” (?), de mi “muerte con lágrimas en las comas” (!) y que, caramba, cometía el despropósito de citar un poema mío. “Ampuero habría sido un buen escritor si no fuera porque en su prosa hay una gotera que se burla”, añadía y, líneas más adelante, ponía en duda la validez de la buena acogida de mi obra: “No niego, desde luego, su éxito con la crítica, pero también es justo recordar que las mejores cosas que sobre él se han escrito, las han escrito, por coincidencia, en *Somos*, la revista que él edita”. (Falso de toda falsedad, sin duda). Pero, en fin, lo que para él estaba fuera de discusión es que el texto que yo había publicado en *Caretas* era huachafísimo.

HUACHAFO. ESTA SIMPLE PALABRA tiene el poder de estallar en el alma de los peruanos como una granada. Es un golpe social, una condena estética y, sobre todo, una forma de descalificar a las personas por encima de cualquiera de sus talentos y méritos personales. Su uso primigenio se difundió a manera de pulla entre la clase alta, la refinada aristocracia que despectivamente se burlaba del patán que osaba imitarlos, y devino en socorrida cantaleta de la pequeña burguesía ansiosa de estatus. Semánticamente este término de fines de siglo XIX equivale a una aleación de lo cursi y lo *kitsch*, pero considerando un vago e indefinible añadido de sentido que cada cual acomoda a su aire.

¡Huachafo!, dicen aquellos que repentinamente asumen el rol de árbitros de la elegancia y el buen gusto. Con lo cual, por cierto, el asunto se vuelve complicado. ¿Quién otorga el derecho de usufructuar semejante privilegio?

¿O es que dichos árbitros se lo toman por asalto?

Creo que es lo último. Cada vez que he oído a alguien comentando entre un grupo de oyentes que tal o cual persona es huachafa, se daba tácitamente por sentado que todos los que oían el calificativo en ese momento no lo eran. Por consiguiente, yo me inclino por definir este término de la siguiente manera: “Huachafos siempre son los demás”.

Hablar de huachafería, en suma, es un modo arrogante de mirar de arriba hacia abajo.

Y entonces ustedes se preguntarán: ¿y qué diablos hace Hache en esa situación que para él es, a todas luces, física, moral y elitistamente imposible?

La única respuesta es que estaba picón, insatisfecho con su propio texto, fastidiado con la fresca y apacible vecindad del mío (que ciertamente era una nota más que uno entrega a pedido), y que, en definitiva, todo ello le recordaba que todavía tenía clavadísima la espina de ese titular de la nota de *Somos* (“Promete altura”), por lo cual no iba a desperdiciar la oportunidad de escribir en mi contra, diciendo lo que sea sin decir realmente nada y porque así lo digo yo y porque ahora maldigo por siempre a ese escritor llamado Ampuero y a su mar que estaba serena y sanseacabó.

Los insultos que salen en los diarios, en todo caso, demoran en resbalar. Y otra vez diré, puntualmente, que no tanto por uno mismo, sino por los seres queridos que nos acompañan.

—¡Cómo se pueden decir estas cosas! —mostró su estupor una jovencita que, junto a mi hija Camila, cariacontecida, leía el diario que me atacaba—. ¿Esa persona no tiene hijos?

—Los tiene —dije—. Lo que más bien no tiene son escrúpulos —y no sigo con el tema (que revalidaba el viejo diagnóstico de mi amigo Eneas Marrul) para que el enano no me acuse nuevamente de autocompasivo.

A este paso, me dije, voy a terminar con un registro emocional atrofiado y andando por ahí con cara de palo, mudo ante las ofensas y sus secuelas, receloso de que Hache me pesque en falta y se le ocurra denunciarme a grandes titulares de que estoy siendo más humano y quizá hasta más huachafo de lo que rigurosamente autoriza su canon infalible.

Con gran agudeza, Mario Vargas Llosa escribió hace una década un divertidísimo artículo sobre la huachafería. Ahí decía que, en el Perú, casi todo era huachafo, desde la conducta de las personas hasta las festividades

colectivas, incluida la procesión del Señor de los Milagros, y que, en literatura, él se reconocía bastante huachafo, pero no tanto como Alfredo Bryce, de quien decía que era un poco más huachafo que él, y mucho menos que Manuel Scorza, a su juicio, el más huachafo de todos, pues cuando este escribe “hasta las comas son huachafas” (¿alguien ha hablado de comas?, ¿por qué esta frase me suena tan conocida?). De quien más bien Mario diría que no pecaba de huachafo, para nada, dado su estilo sobrio y aséptico, era de Julio Ramón Ribeyro. A una semana de publicado dicho artículo, viajé por una casualidad a París y le comenté a Julio la opinión que tenía Mario. Julio ya estaba al tanto y se mostró muy indignado: “¡No sé qué carajo me está queriendo decir Mario!”, masculló. “¿Por qué dice que yo soy el único escritor que no es huachafo? ¿Me está diciendo que no tengo identidad nacional?”.

Yo creo, finalmente, que hay una huachafería que mueve a desprecio y otra que mueve a ternura. Una chica que hace esfuerzos por vestir bien sin conseguirlo, ya sea debido a sus cortos recursos o la pobreza de su educación, nos entenece; una señora ostentosa y petulante, la típica nueva rica que cholea a la gente, nos enfurece. ¿Pero en qué posición se encuentra aquel que evalúa? ¿Este juicio, a su vez, no implica un sentimiento de superioridad?

Mi conclusión es que la peor huachafería de todas es andar huachafeando a los demás.

LA VIRULENTA COLUMNA de *Liberación* sorprendió a alguna gente. ¿Qué sucede con Hache?, se preguntaban. ¿Qué le has hecho tú? Nada, respondía. Ha sido solamente una combinación de factores: una notita en *Somos* en la que se hablaba sin ninguna mala intención de su reaparición en la tele, sumada a un artículo mío en *Caretas*, que ofició de chivo expiatorio.

Pero era fines de diciembre, empezaba el verano y no me hice mala sangre. Me tomé un par de semanas de playa y lecturas y ese aislamiento me sentó de lo más bien.

Y luego, al volver al trabajo, llegué de buen humor. Bromeaba a diestra y siniestra y reemprendí mis tareas con inusitada energía. Sin embargo, muchos amigos, como si los insultos hubieran sido dirigidos a ellos y no a mí, todavía seguían lastimados por el embate de Hache.

Un mediodía, almorzando con Alonso Cueto, escritor y editor del suplemento *El Dominical* de *El Comercio*, se me vino a la mente una idea.

—Voy a hacer un experimento —le dije—. Hache será mi ratón blanco.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Alonso.

—Dardos —contesté con jubilosa malicia—. Él ha tomado esa inofensiva notita de *Somos* como un dardo y ha reaccionado de manera desproporcionada. ¿Cómo crees que actuaría si yo le lanzo un dardo de los de verdad? ¿Se volvería loco?

—Ya está un poco loco, me parece —sonrió Alonso—. Ataca a todo el mundo con hachazos terribles.

—Exacto. Por eso habría que medir qué tan furioso se pone, ¿no te parece?

La oportunidad de cumplir mi cometido esperaba a la vuelta de la esquina.

En la tele del nuevo milenio, caído ya el régimen de Fujimori, hallándose en curso la campaña electoral y con igual histeria que en otros tiempos, aunque con redoblada grosería, los programas de entrevistas propiciaban una pugna feroz cuyo objetivo era obtener el más alto *rating*. *Gossip shows*, *reality shows* y, abriéndose paso a puntapiés en esta globalizada conspiración contra la dignidad humana, el circo brutal de los espacios de actualidad política. Procurando mechar al periodismo serio con refrescantes notas de farándula, como bien lo hacían Jaime Bayly y Beto Ortiz, Hache hizo un *rentrée* suavcito pero acabó encabritado. Tras cinco o seis emisiones de su programa, constatando que su sintonía no remontaba, cedió a su rabia biliosa. Le sería fácil bramar contra un Nicolás Lúcar, genuflexo al gobierno; pero no contra los jóvenes meteoros del protagonismo cachaciento, con lenguas tan afiladas como la suya, en especial, el cáustico y desenfadado Ortiz, que hacía prensa independiente y estaba dispuesto a enfrentar al enano y morderle el dedo gordo del pie si este jodía más de la cuenta.

Tendencioso, ambiguo, ladino, Hache (*demodé* asteroide del protagonismo enfurruñado) entró en colisión con Ortiz y en un tris se dijeron vela verde en la tele y en los diarios. Y en eso, en una de tantas peleas, ocurrió lo de Carlos Boloña, desencajado exministro de Economía de la fugaz segunda reelección de Fujimori y candidato a la presidencia del oficialismo, en competencia con Alejandro Toledo, Alan García, Lourdes Flores y

Fernando Olivera. Ortiz fustigó a Boloña en su programa, y este, para desquitarse, lo acusó de doble moral, pues, según decía, Ortiz había colaborado con el régimen fujimorista escribiendo el guion de un documental que fue financiado por el gobierno sobre la toma de rehenes en la residencia del embajador japonés. Ortiz alegó que había trabajado para una productora privada, en pleno azote fujimorista del desempleo, y que eso no era delito ni pecado. Hubo luego lío callejoneo, en el que Ortiz buscó el enfrentamiento con Boloña en una conferencia de prensa que él convocó para responder y atacar al periodista, pero Boloña, en tanto que candidato presidencial, no aceptó el desafío e impidió su ingreso. “¡Se te achicaron las Boloñas!”, gritaba Ortiz, refiriéndose al increíble eslogan de la campaña de Boloña (“Un candidato con Boloñas”), en tanto forcejeaba con los chalecos del candidato en un incidente que sería televisado.

Y entonces Hache, en su emisión nocturna, intervino. Como siempre, eso sí, con su sesgo taimado frente a todo aquel que le estuviera robando cámara. Prácticamente le daría la razón al candidato Boloña, que no salía de un humillante 1.5 % de la intención de voto, demoliendo a Ortiz y avivando las suspicacias que cuestionaban su idoneidad para la crítica política.

Yo, mientras tanto, contemplaba el ancho mar miraflorentino y tomaba el té en la terraza de mi departamento. Y de pronto sonó el teléfono. Acudí a contestar.

—Mira a Hache en el canal 13 —me dijo Pablo O’Brien—. Le está sacando la mugre a Beto.

Beto Ortiz era columnista eventual de *Somos*.

—No quiero ver la cara de ese enano —repuse defendiendo mi apacible buen pasar—. Pero puedo imaginarme lo que estás viendo. ¿Se está muriendo de envidia, no?

—Exacto —confirmó Pablo al otro lado del hilo—. Es justo lo que pasa.

Y, en eso, el comentado “dardo de verdad” apareció en mis manos como caído del cielo. Sin pensarlo dos veces, lo retuve en mi memoria y, al día siguiente, en la primera edición matinal de *Somos*, programé cuidadosamente su trayectoria de vuelo.

—¿Van a hablar del lío de Beto y Boloña en la página de televisión? —pregunté a la dulce Milagros Rengifo, editora de la revista.

—Sí, claro.

—Bueno, quiero que añadan un hecho evidente: la envidia de Hache. El enano no soporta a nadie que esté en primer plano. Hace poco atacó a Magaly y luego a Gisela, y si en una de esas se distrae, puede que hasta acabe peleando con su sombra.

—Esa es noticia vieja —dijo Mila.

—Sí, pero no hay por qué dejarla de lado, sobre todo en esta época.

La nota en cuestión fue breve, pero reseñó con puntillosa precisión el lío acontecido entre Ortiz y Boloña, rematando con el siguiente comentario: “El incidente ha sido la comidilla de la semana, a tal punto que Hache, el eterno envidioso, aprovechó el lío y acabó tomando partido nada menos que a favor de quien debería ser el blanco de sus investigaciones: el desesperado candidato fujimorista”.

Descontadas sus diversas y aceradas aristas, lo aleatorio del comentario se concentraba en una frase: “El eterno envidioso”.

—Hache es llamado “el eterno envidioso” en la próxima edición de *Somos* —le dije luego a Alonso Cueto—. Esto sí será lo que se dice un auténtico dardo.

—¿Le estás dedicando una nota?

—No, claro que no. La nota es sobre ese lío de Beto Ortiz que ha acaparado la atención de los diarios. A Hache lo mencionamos apenas en un párrafo. ¿Cómo crees que lo tome?

Con una media sonrisa, preocupado, Alonso meneó la cabeza:

—Como una patada en la canilla —dijo.

—¿Tú crees? Mi ilusión es que la patada le caiga un poquito más arriba.

OBUSES, GRANADAS, MISILES tierra-aire y tierra-tierra, todo el arsenal de la megalomanía y la insidia de Hache se abatieron sobre mí en su siguiente y último programa televisivo. La trillada expresión “montar en cólera” le calzaba de maravillas. Sentado en la mesa de conducción, con los mofletes temblándole por la ansiedad, el enano inició el programa en estado de contenida turbulencia. No quería abrir un fuego frontal, sino deleitarse con disparos aislados a fin de crear un clima. Luego, en el momento adecuado, dejaría caer las bombas de alta destrucción. Entre tanto, minuto a minuto, se

iba sulfurando, ahíto de tics y muecas perversas mientras agitaba en una mano el último ejemplar de *Somos*, que contenía el dardo en cuestión. Agitaba el ejemplar como quien se abanica y, con hitchcockiano suspenso, lo miraba de reojo un instante y lo volvía a dejar sobre la mesa, sin dar ninguna explicación. Hache estaba disfrutando de antemano del sentimiento de venganza por partida doble: se alistaba a matar dos pájaros de un tiro. El primero era el empresario Genaro Delgado Parker, conspicuo fundador de la tele privada en el Perú que, por ese entonces, tras perder varios juicios sobre el control de canal 5, la estación más estable a nivel nacional, era copropietario de canal 13, justamente el medio que difundía en ese mismo momento el espacio de Hache; el segundo, era este vapuleado servidor.

Lo que sucedió esa noche, en todo caso, se oía en el ambiente.

El problema de Genaro era *vox populi* entre los periodistas de actualidad política. Nadie ignoraba que él aparecía en un video siendo extorsionado por Vladimiro Montesinos, a punta de juicios, según Genaro arreglados, que acabarían con su patrimonio y el de sus hijos. El *quid* de la negociación que la cinta mostraba, y cuya transcripción obtuviera Hache, había consistido en el cierre de un antiguo programa del enano, incómodo para la dictadura.

Estaba más que cantada la renuncia de Hache, y todos, incluyendo al propio Genaro, sabían que llegaría de un momento a otro. Con Genaro, además, Hache traía una larga historia de peleas y reconciliaciones, y en los últimos meses de Fujimori, al recuperar Genaro el manejo del canal 13 (que había perdido en una maniobra similar a la que sufriera el peruano de origen judío Baruch Ichver, a quien despojaron del canal 2 en beneficio de accionistas minoritarios vendidos a Montesinos), no se le ocurrió peor idea que volver a jugar con fuego: contratar nuevamente al enano. Lo hizo, iluso él, para recuperar cierta imagen democrática. Lo que consiguió, en cambio, fue un escarmiento mayúsculo. Descubierta el sometimiento de su empresario, el enano no se apartaría con dignidad y mesura. Todo lo contrario: haría una fiesta sangrienta y, poniendo sal en las heridas, un acto de antropofagia simbólico. No digo que no tuviera buenas razones, sino que, como siempre, Hache no supo estar a la altura de las circunstancias.

En cuando a la respuesta de mi dardo, para quienes esa semana habían podido leer con atención las gacetillas, también era otra fija, y más aún tratándose de *Somos* que, de hecho, no era una revista que lo mantuviera

indiferente.

Esa noche, pues, preparé un bol doble de canchita y otros piqueítos e hice un solitario picnic en mi dormitorio, frente a la tele, como quien se alista a ver con creciente expectativa una semifinal del campeonato mundial de fútbol. Y cuando al fin Hache salió al aire, tenía en mí a un entusiasmado televidente. El enano había planeado su hora de programa de manera esquemática. Arrancó hablando de temas de actualidad y, antes de pasar a la pausa de comerciales, lanzó su primer anzuelo: anunció que muy pronto daría a conocer “una importante primicia”. Con esta intriga, que se repitió varias veces, Hache promocionó su noticia sobre la negociación de Genaro y Montesinos, la cual develó con bombos y platillos al final del programa, no sin antes componer un predecible gesto triunfal; luego, disparando frases despectivas contra su empleador, renunció a trabajar en canal 13, súbitamente molesto, como si toda la hora del programa no hubiera sabido lo que iba a decir.

Minutos antes de hacer su renuncia, eso sí, fue con lo mío. Y en este caso, para alentar a la audiencia, no se limitó a decir de vez en cuando que tenía “una importante primicia”. Lo que me dispensó sería todo un trabajo de demolición. A lo largo de veinte minutos, salpicado en diferentes tandas, estuvo misteriosamente insultando a la familia Miró Quesada, propietarios del diario *El Comercio*; es decir, desechó el laconismo de los anzuelos, pues las injurias del enano se remontaban hasta la quinta generación de los Miró Quesada, lo cual no debe entenderse como una hipérbole isabelina, sino tomarse al pie de la letra, pues realmente se largó a hablar (como si quisiera alborotar a nuestras tías más viejas) de las peripecias políticas de los señores que fundaron el diario en 1839, Manuel de Amunátegui y otros ilustres hombres de prensa. Y en todo momento, con una sonrisa malévola, agitaba en su manito el ejemplar de *Somos*.

Haré de una vez la exégesis correspondiente. ¿Ustedes saben cuál es el motivo de tantos insultos contra su pasado familiar?, le quería decir a los accionistas de *El Comercio*. El motivo, ya pronto lo verán, es esta publicación que tengo en la mano, la revista *Somos*, en la que se hace un feo comentario de mi persona, cosa que yo no le tolero a nadie. Y mi deseo es que, no bien se enteren ustedes de quién es el primer responsable de ello, lo castiguen de inmediato o bien lo echen a la calle, pues de no hacerlo así, yo

voy a seguir insultándolos hasta que se me caigan los dientes en mi asilo de ancianos. (Matonería a secas, que le dicen).

Finalmente, con estremecida precipitación, Hache abrió el manoseado número de *Somos* por las páginas del comentario de televisión, lo mostró a cámaras y luego, transido de odio, leyó la frase que lo había sacado de quicio: “Aquí, señores, y en una nota que no viene al caso, se pone de mí que soy un ‘eterno envidioso’, y, como se sabe, quien se halla detrás de esta publicación es el horroroso escritor Fernando Ampuero”. Naturalmente, en ese preciso instante, pegadazo a la tele y brincando en la cama, yo estaba dando volantines de felicidad.

La vida tiene tramos duros, pero también otros que son maravillosos. Y esta *performance* de Hache fue uno de los exquisitos momentos que responden a una benéfica conjunción astral.

LAMENTABLEMENTE EL INFLUJO de los astros es voluble y caprichoso. Y la felicidad, polvo de estrellas, no dura todo lo que uno siempre desea (y menos aún cuando Marte está al acecho).

Algo estaba cambiando en mí, en mi cerebro, en mis tripas, en la densidad de mi sangre y hasta en mi nivel ético. Y así, al despertar una mañana, tras un sueño intranquilo, me encontré en mi cama convertido en un monstruoso insecto. Me hallaba echado sobre mi espalda con cuarenta centímetros menos en el cuerpo, con dos piernas ridículamente cortas agitándose en el aire, y, ¡aj!, con unas repulsivas manitas de duende con las que, incrédulo, palpaba en mí mismo la estatura perdida. ¿Soñaba? ¿Era este Samsa de bolsillo una pesadilla igual a la de Gulliver? Claro que no. Esta vez no dormía; tan solo recreaba una metáfora: había experimentado una metamorfosis y, repentinamente, veía que mi naturaleza era idéntica a la de Hache.

Un amigo del diario que encontré por la calle, Ricardo Uceda, hombre de buen apetito, pausado y reflexivo, me lo hizo notar. Ricardo es el jefe de la prestigiosa unidad de Investigación de *El Comercio*.

—Te estás convirtiendo en lo que más aborreces —me dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Que estás actuando como Hache, sintiendo como Hache. Eso que hoy me has enviado por el correo electrónico está ahogado en adjetivos.

—¿Y por qué los adjetivos son malos? Esa es una regla discutible.

—Los adjetivos influyen negativamente en el lector.

—Nadie lo duda, pero también hacen muy feliz al autor.

—Baja un poco el tono, Fernando —me dijo Ricardo—. Sabes a qué me refiero.

Lo sabía. Le había hecho llegar el borrador de un texto de crítica sobre lo que había sido el programa de Hache, el cual pensaba publicar en *Somos*, en la página de comentarios de la tele. Me interesaba saber su opinión.

—Voy a revisarlo —le prometí.

De la misma opinión era Pablo O'Brien, redactor de Política de *Somos*, que me diría algo parecido.

—¿Esto es en serio? —se sorprendió—. ¡Estás haciendo lo que siempre me dices que yo no debo hacer!

—¡Porque es lo que *tú* no debes hacer! —bromeé—. Pero yo soy el jefe y conmigo me aplico otras normas. A este enano hay que darle una cueriza.

—Te vas a rebajar a su nivel.

—¡A su nivel! ¡Justo lo que todos dicen! Si uno le contesta, se pone a su nivel. Esta es la clave del éxito de Hache. Lo peor que le pueden decir a alguien que es agraviado por él es que no debe ponerse a su nivel. Y entonces el agraviado, que decide actuar como un señor, se inhibe, en tanto el enano queda con la cancha libre. Por eso la rata de Hache se siente un intocable.

—Se meterá con tu vida privada, te fabricará cosas —intentó disuadirme Pablo.

—A nadie le gusta que lo insulten. Pero con él yo ya estoy acostumbrado a eso.

—Por lo menos, ajusta el texto y cámbiale ese título que le has puesto.

—Lo haré. Ya lo tenía pensado.

No voy a abundar sobre la primera versión de ese texto, pero para darles una idea, les diré que el primer y rotundo título se reducía a una sola palabra: “Patán”, el cual en un segundo intento fue reemplazado por “Chatura moral”, culminando, gracias a Alejo Miró Quesada, el director del diario, en un sobrio y alturado “La última escena” y con una volada explicativa que decía

“Hache se fue del aire”.

El texto que le llegó a Alejo ya estaba expurgado y él todavía me sugirió que tachara un par de frases altisonantes y me lo devolvió con una sonrisa.

—Le van a temblar las rodillas —me dijo—. Pero me parece que está bien. Es un balance de lo que han sido los últimos programas de Hache hasta su renuncia. Fuerte, pero correcto.

Suspiré aliviado. La fase de metamorfosis que triste y dolorosamente me aquejaba había revertido y, con mi metro noventa recuperado, mi raciocinio en aguas tranquilas, mi aguerrido sentido del humor a salvo, volvía a ser otra vez alguien de un tamaño profesional, coherente con sus acciones. Atrás quedaban las dudas, si es que en algún momento realmente las había tenido.

Reproduzco a continuación el breve texto aparecido en la página de televisión de *Somos* el 24 de febrero del 2001, a fin de que juzguen ustedes por sí mismos:

Hache se fue del aire

LA ÚLTIMA ESCENA

Hache renunció a la televisión con el mismo airado histrionismo de otras ocasiones. Su motivo —el video de Genaro Delgado Parker con Vladimiro Montesinos— fue ciertamente justificado: el siniestro jefe del SIN y el dueño del canal en el que trabajaba habían negociado la cancelación del programa que él conducía hace aproximadamente dos años. Pero este asunto tiene dos lados. Uno, el video, que es parte de la dramática crisis de valores que vive el país, y dos, el desempeño de Hache en los meses que duró su espacio televisivo, materia de esta sección. Y, en eso último, el periodista, si bien tuvo un inicio moderado, acentuó los defectos que ya el público le conocía: su desenfado se tornó vulgaridad y su diatriba cedió a la injuria procaz. Indudablemente contagiado por las maneras más escabrosas de la prensa chicha, sus últimos programas fueron un triste alarde de disfueros, coprolalia y ridículas poses de diva. Intentó, sin éxito, poner un pie en la farándula y otro en el periodismo serio; insistió, con su grandilocuencia insufrible, en editorializarlo todo, antes de cumplir con ofrecer información, y una vez más se creyó el dueño absoluto de la verdad, la conciencia nacional.

Tener cierta habilidad para formular preguntas incómodas y luego poner cara de estreñido no define a un buen periodista. La entrevista no es un *match* de box. Hay que punzar, desde luego, y ser tenaces cuando la situación lo amerite, pero sobre todo hay que tener principios, equidad, criterio, y no solo ánimo revanchista y protagonismo banal. Hache tuvo sus buenas épocas, no cabe duda, aunque eso ya es el pasado. Baste no más recordar los recientes y vergonzosos maltratos a Lourdes Flores, o su desagradable asedio a Alan García para que este confiese un hipotético mal prostático con su secuela de urgencias por “orinar cada quince minutos”. Procurando disimular el mal rato, García replicó: “Por favor, Hache, no me dé detalles de sus problemas personales”. O bien aquella patética emisión en la que, para cerrar el programa, mandó a la mierda a Mario Poggi, y este, a su vez, le mentó la madre al periodista. (Fernando Ampuero)

Algunos vecinos del distrito de San Borja, en cuyos predios operan las oficinas del diario *Liberación*, oyeron en la oscura noche un rugido de animal mitológico; otros, menos fantasiosos, aunque con similar énfasis dramático, oyeron más bien una suerte de frenético golpeteo, como si en alguna parte un pianista demente estuviera aporreando las teclas de un piano sin cuerdas.

Hache se alistaba a matar, a descuartizar, a masacrar.

EL DOMINGO 25 de febrero del 2001 amaneció como un típico día estival, soleado y con un cielo azul celeste sin una nube. Como todas las mañanas en Punta Hermosa, salí temprano a contemplar el mar desde mi terraza y, al cabo, me dirigí a pie al mercado del pueblo a comprar el pan y los diarios. Los tablistas matutinos ya estaban en el *point* frente a la isla, y algunos, con destreza que admiraba como si fuera la primera vez, se encaramaban limpiamente sobre las olas.

Compré *El Comercio*, *La República* y *Liberación*. Y no los leí hasta terminar de disponer el desayuno sobre la mesa con sombrilla de la terraza. Soledad, mi nueva y grácil compañera, había salido a correr: trotaba hasta la playa El Silencio y regresaba de inmediato, luego se zambullía en el mar, que dista apenas unos metros de la casa —aquella mañana, como ocurría a menudo, yo la acompañé en el chapuzón—, y así, frescos y dichosos,

comenzábamos con mucha ilusión la plácida jornada de descanso.

Aceitunas, queso fresco, palta, mermeladas, pan tierno, café y té calentitos y olorosos nos tuvieron por un tiempo sojuzgados con sus aromas, sabores y calores. Y luego, el ritual cotidiano: la lectura de diarios, no vaya a ser que el mundo se haya caído y no nos hayamos enterado.

Yo me apuré a coger *El Comercio* y Soledad, a regañadientes, tomó los otros diarios. Y pasados unos minutos de lectura, al volver a mirarla, advertí que algo malo sucedía. Sus claros ojos verdes estaban nublados y tenía el gesto descompuesto.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Sosteniendo las hojas desplegadas con ambas manos, ella leía *Liberación*.

—Hache te ataca con un editorial a página completa —dijo.

—¿Con editorial y página completa? —sonreí—. ¿Se pone Chucky de nuevo?

(Chucky era el nombre del atroz protagonista de una morbosa película de terror, *Chucky, el muñeco diabólico*. En el metalenguaje casero, y a manera de sustantivo, utilizábamos ese nombre para designar el violento descontrol de una crisis psicópata).

—Dice cosas horribles de ti —agregó—. Tal como dijiste que pasaría.

—Con la conducta de Hache me siento un clarividente.

—Y además te saca una foto.

—¿Una foto? —dejé el diario que leía en la mesa—. ¿Qué foto? —ella me alargó *Liberación*.

Y al instante la vi. Era una fotografía de cinco años atrás, tomada en la puerta del Club de la Unión, y en la que, en mi condición de subdirector de *Caretas*, recibía junto a María Elena Cornejo, entonces editora de Culturales, la insólita visita del presidente Fujimori.

La increíble leyenda de la foto resumía todo el *modus operandi* de Hache en las últimas dos décadas: “Fernando Ampuero le sonrío solícito a Alberto Fujimori. Fue en el aniversario 45 de *Caretas*. Eran más que modales. Era un por si acaso”. ¿Alguien, entre todos aquellos que me conocen, podría concebir en mí una insinuación más rastrera? Si bien desde que dejé la tele yo había mantenido un perfil bajo en lo que a periodismo se refiere, ha sido evidentiísima mi posición crítica contra Fujimori en *Caretas* durante el

periodo 1990-1995, así como mi posterior posición en *Somos* en el periodo 1995-2000. Esta, pues, era otra de sus estúpidas mentiras y una de las más canallas.

Como bien se sabe, *Caretas* hizo una apuesta en las elecciones de 1995, en la que ofreció que su planta principal de redacción se bañaría vestida en la pileta de la plaza de Armas, frente a Palacio de Gobierno, si es que Fujimori salía triunfador. Fujimori ganó la reelección —con todas las malas artes que años después se destaparían— y los de *Caretas* acabamos empapados. Pero ahí mismo, ante la prensa que daba cuenta del suceso, los recios y húmedos periodistas declaramos que con ese baño la revista cumplía sus promesas, y que, en compensación, esperábamos, y por ello estaríamos vigilantes, que Fujimori como gobernante cumpliera con las suyas.

Este gesto de *Caretas*, que sería tan difundido en los medios nacionales y extranjeros, animó quizá al presidente a aceptar una invitación que la revista tenía por costumbre hacer a los mandatarios democráticos, y que también le haría a él todos los años sin que este jamás se presentara, y a veces, incluso, sin enviar a un edecán. Esa vez, sin embargo, Fujimori apareció con puntualidad nipona y clic, salió la foto.

Pero, a mi juicio, fuera de toda la sarta de injurias en mi contra que el enano volcaba en su editorial, y que era un condensado de sus propios correos de brujas, lo más sorprendente residía en lo inoportuno del contexto noticioso. Pocas veces, en el festín periodístico que solía servirnos el país, proliferaban tantas noticias de grado VIII en la escala de Mercalli como las que se daban en ese momento. El fugado presidente Fujimori se enteraba en Japón de que tenía una acusación constitucional; extraditaban de Miami al íntimo amigo y testaferro de Montesinos (el empresario textil Alberto Venero, quien justo ese día regresaba al Perú dispuesto a confesar y devolver parte de las fortunas sustraídas); y los estrenos de vladivideos en el Congreso de la República revelaban un listado de nuevos nombres de militares de alto rango, exministros de gobierno, congresistas, alcaldes, banqueros, industriales y directores de medios comprometidos en la corrupción.

No obstante, para Hache, la actualidad del país, lo más significativo e interesante que él debía comentar a sus lectores en la importante página editorial de su diario, era nada menos que hablar de literatura peruana a propósito de un escritor que, a su entender, no vale nada pero que

curiosamente él le dedica muchísimo espacio y minuciosa atención. Más gravitante que todo el zafarrancho de la política nacional, en una publicación que fundamentalmente se ocupa de eso, era cubrir con el manto de la ignominia mis facetas de escritor, de periodista y de persona común y silvestre. ¡Y además, cuándo no, alzar un nuevo monumento a la desproporción! ¡Un pequeño comentario de una página de tele generaba como respuesta un editorial a página completa!

De este muladar de invectivas, voy a reproducir el comienzo, un fragmento que resulta una sexta parte de su editorial. Solamente dicho comienzo (no estoy citando extractos y poniendo lo más desagradable, sino dándoles el comienzo tal cual fue escrito por Hache) dará una idea del nivel de insultos, maldades y sórdidas calumnias acumulados en cada párrafo de su texto.

DECIRES

El señor Fernando Ampuero profesa un odio siempre invicto en contra del suscrito (un odio como el de un valsecito) por tres motivos: 1) porque hace quince años publiqué una carta en la que su exesposa, la escritora Mariella Sala, lo denunciaba públicamente por no pasarle pensión alguna a la hija de ambos, carta que lo expuso ante la sociedad como el irresponsable que era; 2) porque siempre que me lo han preguntado he sostenido, desde la modestia de mi condición de lector, que es un escritor sin sintaxis y sin brillo y que es, más bien, un bohemio euforizado que quiere entrar a la literatura como otros quieren entrar a la alta sociedad; 3) como periodista, Ampuero siempre fue un gran motociclista —aun en la época que fue reportero de uno de mis programas, episodio que duró felizmente muy poco—, del mismo modo que como padre fue un tablista consumado. Este personajillo de lo gris, este Kerouac que no pudo, reclama una suerte de impunidad “literaria” por el cáncer que dice amargarlo. Pero hace tiempo que ha demostrado que el cáncer que padece es el de la banalidad. (Hache)

La burla abierta a la enfermedad que me había postrado meses atrás fue una bajeza que lo pintaba de cuerpecito entero. Pero eso era lo de menos. Abominaba de *El Comercio* y se alababa a sí mismo como paradigma de periodista íntegro, me retaba a vejar a los Miró Quesada como él solía hacerlo con sus empleadores, levantaba infundados cargos de negocios turbios —

canjes de mayólicas, canjes de cuadros, acusaciones sin pruebas y totalmente antojadizas por las que, si quisiera, podría yo hacerle un juicio penal—, y, finalmente, con su resentimiento social en tercer hervor, concluía que el recorrido “garbo” de mi figura era el de “un José Antonio que Chabuca Granda jamás hubiera cantado”.

Cuando terminé de leer su editorial, permanecí algunos segundos en silencio y luego me volví hacia Soledad, que estaba aguardando todo ese tiempo mi reacción.

—¿Y? —se cansó de esperar—. ¿Me vas a decir lo que piensas?

—Bueno —dije haciéndome el duro—, me parece que he herido sus sentimientos —y esboqué un amago de sonrisa.

Soledad rió, aunque con reticencias, pues ella sabía que yo no era tan duro.

Aparento cierta dureza, sí. Pero en el fondo soy tierno, buenote, sensible, pacífico y hasta demasiado comprensivo en los trances difíciles. Ahora bien, cuando me acorralan, como decía Chandler, puedo ser muy peligroso, especialmente si tengo en las manos una toalla mojada.

Los golpes de Hache, por lo demás, acababan de producirse: había asimilado el sacudón de cada insulto, pero todavía no comenzaban las hinchazones. (Las hinchazones, e incluso alguno que otro sangrado, recién se harían visibles, extraño fenómeno, una semana más tarde).

—¿Y tú cómo te sientes?

—Mira, estoy aquí, tranquilo, y vamos a ver qué pasa —repuse consciente de que el diario de Hache tenía poca circulación y que poca gente lo leería, pero esa poca gente lo iba a comentar y la bola iría creciendo y lloverían (como que así fue) los telefonemas de apoyo y solidaridad. También, me dije, no faltarán de otro lado algunos individuos de las catacumbas literarias que se van a alegrar, pero aquello, si mi intuición no me falla, le hará más daño al enano que a mí.

Lo cierto es que desde el primer momento en que vi mi foto y leí las miserias del enano, supe lo que debía hacer: callarme otra vez. Ya había dicho lo que tenía que decir, sin perder la compostura, y había conseguido lo que quería: el pobre Hache estaba como loco. ¿Qué más podía esperar? Mucho más. Cuando Dios da, da a manos llenas.

LA MAYOR PARTE de las llamadas telefónicas se hacían a mi casa de Miraflores, donde no había nadie, pues yo me había tomado unos días libres, que estaba pasando en la casita de Punta Hermosa. El celular lo mantenía apagado, a merced del contestador automático, y el número de la playa lo sabían contados amigos. Por el contestador me enteré de muchos cálidos mensajes, entre los que figuraban la voz apesadumbrada del narrador jaujino Edgardo Rivera Martínez y la zumbona y entrecortada del poeta Balo Sánchez León. Por el teléfono de la playa oíría a Alfredo Bryce Echenique, el celebrado autor de *Un mundo para Julius* y de tantas otras novelas y libros de cuentos entrañables, quien acababa de llegar del extranjero.

—¿Aló, Fernando?

—Sí —reconocí la voz que me hablaba—. ¿Cómo estás, Alfredo? ¿Cuándo has llegado?

—Llegué anoche, de Roma. Un viaje excelente y del que más tarde te contaré. Pero ahora quiero hablar de otra cosa. Me acabo de enterar de que el infeliz de siempre ha vuelto a atacarte.

—Así es.

—Y me han dicho que ha estado más asqueroso que nunca, ¿no?

—Sí, pues —dije resignado.

—¡Caray, hombre, no es posible que todos se callen ante tantas barbaridades!

—Es una vaina, pero es una situación que se repite *ad infinitum*.

—¡Eso es inaudito!

—Quienes responden saben que caen en su juego —procuré elucidar la retraída actitud de sus víctimas—. Él está buscando respondones, pues así puede insultarlos más.

—Lo sé. Pero no debemos quedarnos cruzados de brazos. Mira, Fernando, cuenta conmigo para lo que creas conveniente y, si se te ocurre algo que pueda hacerse, avísame.

—Gracias, Alfredo, pero no veo qué podríamos hacer ante tanta inmundicia.

—Siempre puede hacerse algo. No lo sé. Quizá una carta.

—¿Una carta?

—Una carta de escritores —dijo Alfredo.

—No —me negué tímidamente—. Eso no servirá para mucho.

—Serviría para dejar asentadas las cosas tal como son.

—¿Te parece?

Entonces, frente a mi vacilación, Alfredo se animó:

—Claro —dijo—. Estoy pensando en una carta breve, muy directa —y al cabo de unos pocos minutos, en que cambiamos ideas e impresiones, dijo terminantemente—: Hay que hablar con los amigos. Le avisaré a Balo y a Alonso. ¿Por qué no nos juntamos a conversar mañana o pasado mañana?

—Magnífico, Alfredo —ahora me animé yo—. Vénganse aquí, a la playa, que está como un paraíso, sobre todo en días de semana. Nos podemos comer un ceviche en el almuerzo.

—De acuerdo. En principio, quedamos el miércoles. Estamos al habla.

Alfredo sabía perfectamente a lo que se exponía. No hacía mucho, el enano, con toda su purulenta envidia antiliteraria, lo había atacado también a él, acusándolo absurdamente de no pronunciarse en contra de la dictadura de Fujimori; es decir, olvidando que Bryce, quien no se dedica a escribir artículos políticos (cosa que sus lectores agradecen, pues les hace sentir que existen en el mundo otras cosas que son más interesantes que la política), se había pronunciado años atrás por todo lo alto cuando rechazó la más prestigiosa condecoración del Estado peruano, la Orden del Sol, que el tirano había querido otorgarle. Con eso estaba ya todo dicho.

Pero no. Hache quería embarcarlo en politiquerías y Alfredo lo ignoró. En consecuencia, el pequeño ventrílocuo de *Liberación*, usando las plumas de su séquito, le saltó encima con tres artículos destinados a poner en la miseria su reputación de escritor.

La táctica del enano era la misma de cuyo beneficio había echado mano en Florencia el mediocre poeta Cecco cuando despotricaba de Dante Alighieri, su genial contemporáneo. En la esperanza de que algo de la gloria del autor de *La divina comedia* le salpicara, Cecco lo fustigaba. Hache, en todo caso, ofreció otra vuelta de tuerca. Con Alfredo y con muchas otras celebridades, fingía ser amigo al momento de conocerlos y, pasados unos días, desenvainaba el puñal de la traición.

Alfredo sabía todo eso y no le importó. También lo sabían y tampoco les importó, desde luego, al resto de escritores firmantes de la carta que una semana más tarde publicaría la revista *Caretas* y el suplemento *El Dominical*

de *El Comercio*.

PERO VAYAMOS AL origen de la carta. Como un alegre grupo de veraneantes, Alonso, Balo y Alfredo aparecieron en Punta Hermosa a media mañana del miércoles. Era otro día espléndido y el mar estaba hecho una taza. Nos dimos un largo baño en sus mansas y transparentes aguas y, como teníamos varias semanas sin vernos, nos sentamos a comer y beber y charlar de mil cosas.

Los esbeltos veleros de lonas multicolores cruzaban el horizonte, los tablistas a caballo en sus tablas se aburrían en el mar sin olas, los pescadores de largas cañas se apostaban en la isla con quietud y silencio de cementerio, y Camila, mi hija de dieciséis años, adolescente en flor, revoloteaba por la terraza, seguida por Lola, una neurótica bóxer albina de cuatro meses a quien le obsesionaba correr por la blanca arena de la playa persiguiendo a las gaviotas.

Encerrada en casa, en cambio, Lola mudaba de objetivos: husmeaba y mordisqueaba cuanto mueble u objeto extraño encontraba a su paso.

—¡Deja eso, Lola! —gritaba Camila. La perra llevaba en el hocico unos anteojos de sol que había cogido de una mesita de centro—. ¡Ven, deja eso!

Lola, juguetona, se escapaba con su presa y Camila iba tras ella.

En esa adormilada atmósfera, al concluir el almuerzo, Alonso propuso que ya era hora de hablar de lo que nos había convocado: la redacción de la carta.

—Tiene que ser un texto corto, sin mu-mucho rollo —comentó Balo, sonriente.

—Sí. Yo también soy de la misma idea. Algo muy puntual y que lo diga todo.

—¿Cómo qué? —preguntó Alonso a Alfredo—. ¿Cómo la empezarías?

—Negando. Negando las tonterías que Hache ha escrito.

Yo estaba en silencio. Escuchaba a unos y otros como quien mira un partido de tenis. La única patria verdadera son los amigos, decía el poeta Eielson y me confortó recordarlo.

—Son muchas tonterías y habría que agruparlas por rubros —dijo

Alonso.

—Bueno, hagamos un resumen —replicó Alfredo.

—¿Tienen el artículo aquí? —intervino Balo, mirándome—. Yo no lo he leído.

—No, no lo tengo —contesté.

—Yo sí —dijo Alfredo—. Lo tengo en mi bolso. Es una fotocopia. ¿Dónde está mi bolso?

Cuando nos volvimos a mirar hacia el sofá de la sala, lugar donde Alfredo había dejado su bolso de playa, encontramos a la perra gruñendo y mordisqueando lo que había en su interior.

—¡Lola! —grité yo esta vez, recriminándola—. ¡Deja eso!

Pero ya era tarde. Lola se estaba comiendo un papel con esa furia abstracta que acomete a los cachorros y, dejando asomar un residuo entre sus colmillos, huía hacia la terraza.

—¡Suelta eso! —le ordené al atraparla. Y Lola soltó el papel.

Lo recogí del suelo y vi que era la fotocopia del artículo de Hache.

—¿Es el artículo? —preguntó Alonso saliendo a la terraza con Alfredo y Balo, cuando todos constatamos el estropicio de la bóxer de Camila.

—Sí —confirmé.

—¡Diablos, que tal puntería! —dijo Balo.

—¡Es algo completamente inverosímil! —exclamó Alfredo—. ¡La realidad siempre supera a la ficción!

Lola había devorado la mitad del artículo fotocopiado, de manera que no nos quedó otra que conformarnos con el pedazo restante y la buena memoria de quienes lo habíamos leído.

Y así, sentados en la terraza y teniendo el azul deslumbrante del mar por todo testigo, se redactaría poco después la breve carta de respaldo frente a la infamia de Hache.

Este es el texto que se publicó en *Caretas* y *El Comercio*:

ADHESIÓN

No podemos creer ni una sola palabra de los patéticos artículos de Hache aparecidos recientemente en el diario *Liberación* acerca del señor Fernando Ampuero, a quien admiramos como escritor, respetamos como periodista y

queremos como amigo.

Firman:

Abelardo Oquendo / Abelardo Sánchez León / Alfredo Bryce Echenique / Alonso Alegría / Alonso Cueto / Alonso Rabí / Antonio Cisneros / Blanca Varela / Edgardo Rivera Martínez / Iván Thays / Julio Ortega / José Watanabe / Luis Jochamowitz.

En el proceso previo a la publicación, no obstante, hubo todo un tinglado y una urdimbre de inesperadas infidencias que Hache llevaría a extremos de cómica desesperación cuando buscó frenar o bien desacreditar el apoyo que se me brindaba.

AQUELLA CARTA DE ADHESIÓN se escribió en dos minutos, pero recabar las firmas, que desde un inicio se pensó que no debían exceder la docena de nombres, tomó cuatro días de telefonemas y correos electrónicos. Acabaron siendo trece nombres, pero en un momento se pensó que serían catorce. El último nombre que luego se eliminó fue el del joven autor Jaime Bayly. Mis amigos de Punta Hermosa se habían repartido la tarea y establecieron a quién debía llamar cada uno. A Alfredo, entre otros, le tocó contactar a Bayly y lo llamó infructuosamente por teléfono, le dejó mensajes en el contestador y, por último, le envió un correo electrónico transmitiéndole el tenor de la susodicha carta. Bayly no respondió nunca, pero, con sobonería de amanuense y en su afán de congraciarse con Hache, a fin de que este sintiera que estaba en deuda con él por el favor de ponerlo al corriente de la carta, la remitió al enano antes de que esta saliese publicada.

Una versión sostiene que el autor de *No se lo digas a nadie* había hablado antes que nada con Alvarito Vargas Llosa (hijo de Mario, pero sin las luces de su padre), y que Alvarito, a su vez, con la misma sobonería de Bayly, le comunicó a Hache de la existencia de la carta. Ninguno de los dos, ni qué decirlo, saldría con su gusto. A la menor oportunidad, y con jovial ensañamiento, Hache les propinó semanas más tarde una pateadura a ese par de niñatos chismosos.

Mas sigamos con el enredo. Entrando en trompo nuevamente, el enano salió a atacar al parnaso literario nativo como un ciego dando golpes en un

cuarto oscuro. Sabía el contenido de la carta, pero no los nombres de quienes la habían firmado ni de quienes se disponían a firmarla. Fue entonces cuando, babeando de rabia, ordenó a una chica de su séquito, Mariella Patriau, que hiciera un artículo ponzoñoso contra Bryce, en el que lo tildaba de senil, de mamarracho literario, de alcohólico tembleque y de todo lo que podía entregar a la imprenta ese escaso y triste cúmulo de neuronas domesticadas. Inmediatamente, como un general tomando decisiones en el campo de batalla, Hache abrió otros frentes y buscó alianzas. Primero atacó a Abelardo Oquendo, luego a Antonio Cisneros y, nuevamente a mí, a Bryce y al diario *El Comercio*, desviviéndose por taparnos con groseros epítetos, en tanto “denunciaba”, cito textualmente, a un grupo de escritores de “intentar una condena intelectual contra Hache”.

Y en cuanto a las alianzas, lo cual volvió francamente hilarante la situación, convocó a dos poetas de quinta categoría cuyos nombres no he de mencionar para no contradecir al olvido, que ya los cobija en su seno. Estos sujetos, pares de Hache en odiosidades, criaban fama de quejarse ante el mundo de que no los incluían en antologías o de que la crítica los ninguneaba. Yo tengo aún fresco en la memoria un ridículo incidente que se produjo a mitad de un concurrido recital en el Instituto Nacional de Cultura, donde Toño Cisneros, blanco de parricidios, daba lectura a sus poemas. Cisneros compartía la mesa con uno de los poetastros. Un muchacho, cómplice del poetastro y de casualidad sentado a mi lado, se levantó bruscamente de su asiento, apuntó a Cisneros con un revólver y le disparó un balazo. La detonación fue estrepitosa, pero la bala era de salva, y, aunque parezca raro, nadie se inmutó: ni el público oyente, ni el poeta, que miró un segundo a su homicida de utilería y prosiguió con su lectura. El muchacho partió casi enseguida con el rabo entre las piernas.

A estos mismos sujetos, que envejecieron de la peor forma, Hache los sacó de sus nichos y les pidió un comunicado a su favor. Y ellos, claro está, aceptaron, publicando, en carta dirigida a Hache, un manifiesto titulado “la decadencia de los letratenientes” (neologismo derivado de la palabra terrateniente, que aludía a la vieja y defenestrada oligarquía), en la que se nos acusaba, a mí y a los firmantes de la carta, de controlar los medios de comunicación, manejar las editoriales y las universidades y hasta ejercer influencia en todas las esferas oficiales o no del país. Y en notas posteriores,

todas destacadas a cinco columnas y con visibles titulares, se nos decía ya sin ambages que ellos eran parte de una pujante hornada de escritores que en nuestro país habían renovado la palabra, y nosotros, una agónica banda de exprogres mafiosos que nos llevábamos las nueces.

Los pobres iban a morir de irrealidad, no tan solo de olvido, pero a Hache eso lo tenía sin cuidado. Su interés, al amparo de las diatribas de sus aliados, consistía en seguir publicando otras notas en contra de los firmantes de la carta, en las que deslizaba mentiras enormes como iglesias.

Una de ellas era que le habíamos pedido su firma a Alvarito, lo que era penoso, pues no era ni amigo ni escritor considerado. Y por si fuera poco, el hijo del famoso novelista tenía en su haber un preocupante pasado de infidente, evidenciado en su libro sobre los entretelones del Fredemo y confirmado años después con la hemorragia de datos internos que filtró sobre Perú Posible, el movimiento del candidato Alejandro Toledo, del que había sido cercano asesor y a quien traicionó en plena campaña electoral. Entre aquellas y estas infidencias —como quien hace calistenia para calentar la lengua—, Alvarito se fue de boca con lo nuestro. Por supuesto, el gran responsable de la conducta de su amigo, y sobre todo de su propia conducta, era Bayly, quien estaba en su derecho de firmar o no la carta que Alfredo Bryce le había remitido, pero no a jugar sucio desparramando aquellas intrigas de alcahueta.

Fueron, en fin, cuatro días de fuego graneado, en los que Hache encontraría la manera de atacar a todos, a unos frontalmente, a otros con alusiones, pero dejando una advertencia de que en el futuro podía atacar a cada uno por separado tan pronto aparecieran libros que los firmantes publicaran. Contra Bryce, Toño y Oquendo descargó notas firmadas; contra los tres Alonsos, en particular Alonso Cueto, indirectas amenazantes; contra Watanabe y Balo, por boca de sus vates del olvido, explicaciones bobas, como que ellos son tan buenas gentes que firman toda carta de respaldo; contra Blanca Varela, Rivera Martínez, Jochamowitz y Thays, ninguna mención, pero sí la promesa de ponerlos en su lista negra para pasarles factura cuando llegue la ocasión.

Atacó también en un párrafo de una de sus notas a Enrique Zileri de *Caretas* para que a este no se le ocurriera publicar la carta y, con ello, notificó de lo mismo a otros medios. Zileri, repechando la pulla, lo ignoró. E

hizo lo mismo, con serenidad de budista zen, el diario *El Comercio*.

El prestigio de todos los firmantes apabulló al enano, quien ya estaba prácticamente fuera del juego: no tenía fichas ni movidas buenas. En esos días, además, Blanca Varela había recibido el consagrador premio internacional Octavio Paz, que lo terminó de chancar —no olvidemos que Hache se enferma con el reconocimiento y la buena fortuna de los literatos— y, si bien en tantas oportunidades el otorgamiento de premios lo ha estimulado a febriles ataques, esta vez no se atrevió, como sí lo haría contra Toño cuando premiaron su obra poética con el Gabriela Mistral, o contra Ortega cuando ganó el premio de ensayo Casa de América, España (o, de refilón, contra Oquendo, por salir en defensa de Ortega a causa del inmundo ataque).

Todo lo dicho, pues, me trae ahora las siguientes reflexiones que, cual remoto y disciplinado hijo de Sócrates, enunció anteponiéndome una pregunta: ¿qué pretende ser el enano? A lo mejor un Paco Umbral, escritor español que acuña frases profundas y camina descalzo sobre vidrio molido, pero el pobre Hache no tiene la obra ni las dotes de Umbral. O siendo más directo: ¿qué busca con sus masivos ataques? Y no hablo solo de escritores, sino de esa multitud de políticos, empresarios y ciudadanos. Muchos de ellos, no tengo dudas, se merecen con creces el castigo. Pero, ¿y todos los demás? ¿Y su inmensa veta de venganzas personales? Tampoco, claro está, estoy hablándoles del odio que a mí me dispensa, el cual, como ya lo he demostrado, no precisa de acicates (odiarme, para él, debe ser una suerte de tradición). De lo que hablo, sí, es de su locura organizada o, si se quiere, de su habilidad para transmutar sus más íntimos defectos y carencias tempranas en una obscena virtud, si es posible forzar la convivencia de esos términos. El negocio de Hache es el insulto. De eso vive, de eso medra y, sobre todo, gracias a eso empina el ánimo y la pequeñez para soportar la existencia.

Consecuentemente su triste situación acarrea lógicos problemas entre la gente. Y viene a cuento aquí lo que hace unos párrafos dejé pendiente: la hinchazón que suscitan los insultos.

A UNA SEMANA EXACTA aparecieron en mi alma los hematomas y los chinchones. El alma, esa cara secreta de nuestros sentimientos, rompe los

espejos cuando se sabe herida. Y eso, ni qué decir, pasaba conmigo en los días posteriores a la aparición de la carta y, según decían los sempiternos correos de brujas, algo similar ocurría también con Hache. Ambos nos sentíamos pésimo.

La diferencia estaba en que Hache, exacerbado por su ametralladora de notas y las pepas que ingería en abundancia (para la migraña, la depresión y el abatimiento cerebral), llegaría al extremo de lo intratable y tuvo un bajón de presión arterial que culminó en un patatús. Y entonces se recluyó en su casa, declarándose enfermo; pidió que no lo molestaran: no quería ver a nadie, ni hablar con nadie. Se sentía avergonzado. Su afán exhibicionista se descascaraba, su impulso de sicofante hacía agua. Y de pronto comprendió que el odio, el miedo y el vituperio no le daban esa infinita sensación de poder que él buscaba con ansiedad de morfinómano. Que ya nada de lo que hacía lo redimía de ese momento, que el mundo era bastante injusto con él, que su ego perplejo inclinaba la humillada cerviz frente a los centímetros escamoteados por natura.

El enano, es triste decirlo, solo podía envidiar y envidiar, y como única panacea, se le concedería ser el más destacado de los envidiosos: la envidia personificada.

Yo, por mi parte, tampoco estaba nada bien. Aun cuando tenía todo para estarlo, pues la carta de adhesión y los comentarios solidarios de amigos y desconocidos por la calle aliviaban como pócimas mágicas la hinchazón de los insultos. El asunto no era ese. Mi problema era que estaba anidando cuervos en el pecho y no encontraba la forma de salir de esa amargura. Hice entonces un recuento de lo sucedido: comprobé que el enano, por más que se desgañitaba en mi contra, había perdido la partida. Pero, ¿me sentía orgulloso o estaba contento? No. ¿Y qué había que hacer? Lo de siempre: limpiarse de todo y olvidar, pues a los insultos de Hache, devaluados en razón de su frecuente despilfarro de odio, había que oponer algo más que ironías y bromitas blindadas por ligeras capas de cinismo. Había que mostrar nervio y recuperar la sonrisa.

De ahí que comenzado marzo de ese primer verano del milenio, un día en que salté de la cama en un fantástico estado de buen humor y corrí como un niño hacia mi chapuzón matinal en el mar de Punta Hermosa, decidí zanjar de una buena vez el problema.

Esa mañana, bastante soleada pero ya con un viento fresco, había caído de visita el poeta Antonio Cisneros, a quién le hablé de mis propósitos.

—¿Estás seguro de que te conviene hacer eso? —interrogó Toño. Ambos, repantigados en las sillas de lona de la terraza, mirábamos las rachas de olas encrespadas con encajes de espuma que un sol reverberante hacía translúcidas —. ¿Escribir un libro sobre Hache? ¿No crees que será mucho honor para él?

—No. Un libro sirve para muchas cosas. Entre ellas, mostrar a los ejemplares oscuros de la especie humana. Piensa en el malvado Yago de *Otelo*, o en *La celestina*, *El avaro*, *El misántropo*. ¡Son tantos seres nefastos! ¿Por qué entonces no hablar de este individuo?

—Quién sabe... quizá porque vas a alimentar la leyenda y eso lo complacerá.

—Si piensas que voy a pintarlo como el lobo feroz, te equivocas. Es solo un calumniador que se jacta de serlo mientras hace loas a la prensa amarilla.

—¿Será una novela?

—No. Será una crónica, o una crónica novelada.

—¿Y tiene título?

—*El enano* —dije con absoluta certeza.

—Pero ya existe un libro con ese título, ¿no? Lo escribió Pär Lagerkvist.

—Míralo de esta manera: el enano de Lagerkvist es europeo y de la Edad Media, y el mío, con su mala leche sudamericana, será un enano contemporáneo. Enanos hubo en todas las épocas y por ahí salieron unos muy jodidos. De cualquier forma, para diferenciarlo del libro del insigne sueco, tal vez le ponga un subtítulo, ya veré qué se me ocurre.

—Pero, a ver, dime cuál es la idea —se revolvió Toño en su asiento sacudiendo como un gallo de pelea su rizado mechón.

—Planeo un exorcismo —dije—. Para conjurar los malos ratos hay que hacer una limpieza. Solo así uno accede al olvido. Y eso será este libro. Voy a contar las cosas (no todas, claro está) tal como han sucedido y, de pasadita, haré buen uso de la licencia literaria para decirle en mil formas diferentes lo renacuajo que es.

Mi amigo rió, pero me dijo que ahora le correspondía a él hacer de abogado del diablo.

—Ser bajo de estatura no es una tragedia. Puede tomarse como una

tontería que le des tanta importancia a eso. Ahí están Napoleón y Pipino el Breve, por no hablar de Paniagua.

—Estoy plenamente de acuerdo contigo. Pero lo cierto es que a Hache sí le revienta ser un enano y eso explica buena parte de lo que ha sido su relación con el mundo. A veces, lo he visto hacer poco, finge que su tamaño no le importa. Incluso se hace el bromista hablando de eso; pero no lo dice en serio, le importa mucho.

—¿Un libro largo?

—Corto. En consonancia con el personaje.

—Hmm... Tal vez a alguna gente le cargue; tal vez piensen que no le haces ningún bien a tu imagen de escritor.

—¡Toño, querido, me cago en mi imagen de escritor! Uno escribe versos líricos o cuentos de circunstancias, según soplen las musas. Lo importante, a mi juicio, es escribir lo que a uno le sale del forro; el tema es secundario y la calidad de un texto, sea cual fuere la anécdota, depende del oficio y de la honestidad con que esta haya sido abordada. Ese es el punto: hay gente que es así y hay otra así, y el mundo tiene más hiel que miel.

—¿Pero qué dirás cuando te pregunten sobre tus motivaciones?

—Que no tuve más remedio. Que me hubiera gustado llevar una vida de menor exposición (hablo de mi vida privada), pero no me fue dado, pues algo de mí se le atragantó a un enano miserable. Que mi actitud me recuerda a la vieja historia del granjero pacifista: aquel buen hombre que repudiaba la guerra, pero al que la guerra lo buscó y quemó su casa y mató a uno de sus hijos, y entonces el buen hombre no se quedó a esperar a que le maten al resto de la parentela. Se hizo soldado, cogió un fusil y salió a defender lo suyo.

—Maupassant y Chejov han retratado a muchos cretinos que se les cruzaban.

—Y también Balzac, Hemingway, Carver, Bukowski...

—Bueno, pero espero que no escribas con odio.

—Con odio, no —repliqué con gesto fúnebre y enseguida imposté la voz en mi sólida caracterización de Al Pacino en *El Padrino, parte III*—: “Nunca odies a tu enemigo. Afecta tu juicio”.

—Ese será el humor que te conviene mantener —sonrió Toño.

—Lo sé. Pero tal vez escriba un *divertimento* que a veces se ponga serio. Ese género literario me encanta.

Con el cabello al viento, una risueña chiquilla cruzó en bicicleta el malecón. Hacía un buen rato que recorría la zona, yendo y viniendo y bajando una larga rampa a toda velocidad. Tendría unos doce años y era bastante delgada, pero de músculos firmes. Por momentos, cuando se aproximaba a la terraza, Toño y yo la observábamos desatentos.

—Haz dicho que no contarás todo. ¿A qué te referías?

—Tengo mucho material diverso —contesté—. Por ejemplo, el enano quiso ser congresista y fracasó. No voy a escribir de eso. Tampoco hablaré de su mentada venalidad, que tanto se rumorea, ni de sus morbosas manías con el Internet.

—¿Se cuelga del Internet?

—Sí. Él es el que selecciona y jala de la red las calatas que vemos en las últimas páginas de *Liberación*. Pero esto, si se quiere, sería un lado simpático de su personalidad.

—¿Simpático?

—Claro. Un voyerismo de colegial.

—No solo de colegial —dijo Toño—. ¿Te acuerdas del casete que le sacaron los aviadores? Él había propalado en uno de sus programas una cinta clandestina con conversaciones sexuales de un general de la Fuerza Aérea y, en respuesta, este lo grabó a él. Y la cinta la pasaron en la radio. Ya no recuerdo de qué cochinadas hablaba.

Sonreí, pero negué con la cabeza apartándome de esa historia.

—Eso no me interesa. Como tampoco me interesa escarbar en otros detalles de su vida privada. Estoy obligado a contar algo, desde luego, a fin de que el personaje adquiriera contorno, peso, algo de sustancia, pero solamente contaré lo justo y, de preferencia, aquello que él haya confesado de sí mismo. Y no creas que me falta información. Tengo datos para regalar, pero yo no hago ni haré nunca el acopio de porquerías que él hace. Pero, eso sí, voy a escribir lo que quiero y con libertad, sin la menor cortapisa. Esto debe ser una versión de parte, de manera que desde ahora diré que no me joroben si aquí o allá me rendí a los fulgores de un adjetivo.

Un zumbido de cuerpos veloces rasgó el viento. La chiquilla de la bicicleta cruzaba de nuevo enfrente de la terraza, perseguida esta vez por una

amigueta, igualmente rauda pero en patineta, una renovada antigualla que volvía a estar a la moda.

—Pero, Fernando, si vas a guardar tanto material, ¿qué cosas te quedarán para escribir?

—Cosas tuyas, cosas mías. Tendrá que ser un libro sobre nosotros, sobre los contactos que hemos tenido en otras épocas y sobre la pérdida de ese contacto. Lo que significa, y aquí surge un problema técnico, narrar en buena parte del libro un conflicto que se da a través de chismes, de artículos, de declaraciones en los diarios y de imágenes en la tele: una confrontación a larga distancia. Digamos que es biografía y autobiografía a la vez, pero muy limitadas. O bien una crónica con un contrapunto específico, como si uno dijera este tomo versará sobre mi vida y mis viajes, este otro sobre mi vida y mis libros, ese de más allá sobre mi vida y mis romances. En este extraño caso, pues, se trata de mi vida y la inquina de un enano que se me ha prendido de la basta del pantalón como esos falderos neuróticos.

—¿Una disfrazada variante del género epistolar?

—Algo así. Y hasta podría consentir ráfagas de ensayo, de novela, de filípica.

Toño meditó unos segundos en silencio lo que le decía y asintió:

—No está mal —sonrió—. Ojalá te salga como quieres.

—Saldrá lo que tenga que salir —sonreí a mi vez—. Pero ten por seguro que, cuando los amigos lean ese libro, ninguno dirá que no le puse corazón.

Un alarido y un estrépito de fierro chocando contra el pavimento hicieron que saltáramos de súbito en nuestros asientos. La veloz chiquilla de la bicicleta se había caído aparatosamente y nos alistamos a auxiliarla. Pero no nos dio tiempo. Mientras bajábamos por las escalerillas de la terraza hacia el malecón, ella ya se había puesto en pie. Luego, sin un gesto de dolor, vimos que recogía la bicicleta y la montaba de nuevo como si tal cosa.

—Cuerpo de junco, huesos de jebe —comentó Toño—. Si nosotros cayéramos al suelo de esa manera, tendríamos que hacer cama por dos semanas.

—No tanto —me quejé con altanero arresto de deportista—. Un par de días tal vez.

—¡Bueh, transemos en cuatro! A la edad de esa chiquilla el cuerpo aguanta cada golpe, pero pasados los cuarenta... A propósito, ¿ya has

pensado en lo se te va a venir?

—¿Te refieres a las reacciones de Hache?

—Sí.

—Eso me importa un bledo. Puede decir incendios, o bien comerse algunos sapos. Espero que experimente, como él dice con su estilo pretencioso, un Vietnam emocional. Probablemente, y como sucede con otros libros que han sido escritos y publicados, el asunto para mí pierda todo interés. A tal punto de que lo que haga o diga Hache ni siquiera me divierta.

—Si tú no te diviertes, qué importa —me aseguró Toño—. Otros se divertirán por ti.

Precedidas de un acorde de risas frescas, las chiquillas de la cleta y la patineta volvían a perseguirse en nuevas y riesgosas proezas de velocidad. Aquella vez, sin embargo, no nos hallaron distraídos. Mi amigo y yo, debidamente admirados de sus destrezas, les dedicábamos nuestra total atención.

A LAS DOS de la tarde, Toño regresó a Lima y yo me recliné en casa dispuesto a leer un rato. Pero pasada una hora renuncié a tan benéficas ensoñaciones. Y no es que sintiera sueño, o que el libro que estaba leyendo me pareciera pesado. Estaba inquieto y de hecho sabía lo que me ocurría: tenía ganas de escribir. Todavía, claro, no pensaba en el libro sobre Hache. O si debiera ser cabalmente exacto, todavía no afluía a mi consciente la urgencia de escribirlo.

Mi impulso gráfico se entretenía en un boceto de cuento, una historia que me había acontecido en Nueva York tres años atrás, durante un largo periplo por bares de Manhattan, la misma noche en que el mundo se enteró de que Frank Sinatra había muerto. Cuando uno ha visto la guadaña de cerca, se muestra sensible a las noticias de los fiambres. La muerte de Sinatra, por lo que ese cantante extraordinario representaba en la vida de tanta gente, o bien por mi horror a que todo lo amado y lo vivido termine dentro de una caja, me sacudió como si hubiera sido la de un pariente cercano.

Yo había bailado infinidad de veces con sus canciones y, oyéndolo en la penumbra, en el sofá de una sala, en el banco alto de un bar, en el asiento de

un auto, me había enamorado de cuanta chica linda iba conociendo. El flaco Sinatra, de hecho, era el artista del susurro y la cadencia. Y para mí, en contraste con los brincos de Mick Jagger por todo el escenario (propios de mi generación), él encarnaba el genio de la quietud. De pie y frente a un micrófono, avizorando un punto lejano en la platea, avivando la entrega reverente de su palpitante auditorio, Sinatra reinventaba el hechizo de saber estar, de saber pararse con las piernas ligeramente abiertas, de ser la cálida estatua de sí mismo. En momentos de mayor excitación, ponía un brazo en escuadra y lo movía, y aquello era como el suave aleteo de una avecilla herida. No necesitaba más. El esplendor de su arte procedía de su voz, el más puro y fino instrumento musical.

Mi boceto de cuento, en fin, no era otra cosa que una bitácora de tragos fervorosamente bebidos por mí aquella noche de su muerte, conforme iba yo de bar en bar y descubría en ellos a gente bebida, una clientela que los llenaba al tope y que cantaba emocionada a Sinatra, quien a su vez, como en un concierto de despedida, aparecía cantando y bebiendo a lo largo de toda la noche en todas las radios y televisoras de Nueva York y, muy especialmente, en todos esos televisores colgados de *racks* junto a las barras, donde yo y una punta de borrachos desconocidos, neoyorkinos y gente de paso, estábamos recordándolo. Y así, roncos por la pena y el canto, darían las cuatro de la madrugada, hora del vaivén tambaleante en que los cantineros y meseros, tan borrachos como los clientes, cantaban y lloraban a gritos imitando la peculiar dicción del flaco más querido de la ciudad en temas entrañables como *I've got you under my skin / All the way, one for my baby (and one more for the road) / New York, New York*, himnos luminosos y eternos que parecían aquella noche un sollozo coral en la isla de los rascacielos.

—¿Sabes lo que diría Hache si te leyera en este momento? —indagó la voz omnipresente de mi conciencia.

—No me lo digas —respondí, húmeda la mirada. Era obvio. ¡Bohemio euforizado!, me diría. Eso, y quizá algo más hiriente: sensiblero de tres por cuatro, mistificador de cantina, plumífero reblandecido por el alcohol.

Fue entonces cuando yo, como quien sabe que debe cumplir una misión que muchos desdeñan, me dije: “Empiezo a escribir el libro sobre Hache mañana mismo y hoy, esta misma noche, daré forma definitiva a la primera frase del primer capítulo”. (Desplazando la prioridad de otras tareas, una

historia se me interponía por mandato de las tripas, no del corazón. Mi admirado Sinatra, cantando desde la eternidad, debía esperar las siete semanas que me tomaría viviseccionar al enano).

Y repentinamente me sentí bien, y echaron a volar los cuervos de mi pecho.

¿Qué pretendía con mi decisión de concebir aquella noche la primera frase? Un asunto capital: definir el tono. Cuando uno escribe un libro, debe plasmar una primera frase que transmita al lector las pulsaciones del meollo. Estas palabras iniciales, si es que son bien elegidas, cristalizan el punto de vista, la esencia del tema, el diseño del personaje, la textura narrativa. Claro que no todos los libros se acogen a ese principio, pero los que a mí me gustan, al menos, suelen comenzar así.

Tolstoi, en su novela *Ana Karenina*, nos ofrece una primera frase impecable: “Todas las familias dichosas se parecen, y las desgraciadas, lo son cada una a su manera”. ¡Pero, caray, esa es una gran obra!, me dije. ¡Y esto apenas se reduce a una crónica de vuelo rasante sobre dos periodistas malquistados!

De eso último no tenía dudas. Aunque, de cualquier modo, el asunto de fondo era el mismo: todo libro empieza con palabras y no estaría mal hacerlo con una frase tan redonda como esta: “Todos los enanos dichosos se parecen, y los desgraciados, lo son cada uno a su manera”. Pero no. Jamás caería en tan fácil pastiche.

Así que decidí tentar, con la excitación propia de estar comenzando algo, una frase solvente y que, desde un principio, agarrase al enano por el cuello; una frase que fuera coloquial y sencilla y lo suficientemente decidora. Cuajar una primera frase correcta, enseñan los maestros, abre el caño de la inspiración y deja fluir como un manantial el encabalgamiento de las siguientes frases.

Las diez de la noche fue la hora propicia. No tenía lápiz y papel a la mano, pero eso no era problema. Estaba sentado en la terraza, solo, vigilando el desierto malecón y el negro lomo de las aguas rayado por ondulantes reflejos —miríadas de luces centellaban en la bahía de Playa Blanca, Kontiki y La Quebrada—, y en eso, dando un respingo, alcé bruscamente una mano y me golpeé una de mis rodillas.

—¡La tengo! —dije en un arrebato—. ¡La tengo! Se me había venido a la

cabeza la frase que buscaba:

“Un simple saludo de sus semejantes lo hacía soñar con la venganza”.

Y aquí, amable lector, pido formales disculpas con antelación, pues esta frase (bastante simple y normal, ahora lo veo así) me obnubiló y arrastró a una impúdica crisis de entusiasmo, por cierto excesiva pero sumamente útil: me dio la necesaria convicción y energía para arrancar a escribir a la mañana siguiente.

—¡Sí, diablos! —exclamé mirando la noche estrellada—. ¡Esta es la frase que deseaba! ¡Corta, precisa, despojada de superfluos ornatos!

Mi exaltada certeza se apoyaba en lo que veía como dos imbatibles razones: una, que había pronunciado varias veces la frase en voz alta y, en cada ocasión, las palabras rompían el aire como un fuetazo; dos, que aquella frase concentraba el mal que afligía al personaje en su relación con el mundo.

Tanto me gustó la frase que me pregunté: ¿para qué demonios sentarme a escribir un libro, si ya con esta frase lo digo todo? Pero a los autores, y también a los lectores, les gusta el relleno, los episodios que se hilvanan, y de ahí la historia del enano, que a su vez es parte de mi historia —una pelea, a fin de cuentas, no es más que otra forma de compartir biografías— y, por si fuera poco, la pequeña y minuciosa historia que ahora les he narrado: la del principio del libro que tienen en las manos.

Lo que no sabía, sin embargo, era que al día siguiente iba a conocer el final de la historia de *El enano*. Y no fue un final que se me ocurrió. Fue un final que *me* ocurrió.

ALGUNA VEZ OÍ que el pintor Fernando de Szyszlo hizo una memorable disertación acerca de la manera correcta de interpretar los semáforos de Lima. Szyszlo, al parecer, ilustraba a un visitante extranjero que se proponía vivir algunos meses en la ciudad y, lo que todavía era más temerario, conducir un automóvil por sus calles.

—Si la luz está en verde, usted sobrepara el auto, mira a uno y otro lado, y sigue adelante —dijo el pintor con una voz monótona—. Si la luz está en ámbar, usted sobrepara el auto, mira a uno y otro lado, y sigue adelante. Y por último, si la luz está en rojo, usted sobrepara, mira a uno y otro lado... y

sigue adelante.

¡Sí, automovilistas del mundo, Lima es territorio comanche! Los ómnibus, los micros, los taxis, los camiones y los autos particulares celebran aquí una cotidiana batalla de bocinazos, cruces de la muerte y salvajes cerradas con remate de sonrisa burlona de parte del piloto infractor. Manejar, entre los limeños, es un frenético deporte de aventura. Nadie respeta las reglas de tránsito y, por lo común, aquel que las respeta, por oponerse al ritmo anárquico, acaba chocando su vehículo o bien siendo chocado por el que venga detrás (¡que no esperaba que esa bestia de adelante se detuviera en seco!).

Solo hay un momento en que este patrón de conducta cambia sustancialmente: cuando se ve un policía en la esquina. De ahí que, con toda la modestia del caso, la enseñanza que nos lega Fernando de Szyszlo demande la atingencia bien intencionada que les ofrezco. Cuando el pintor a mitad de su sabia lección nos recomienda “usted sobrepara el auto, mira a uno y otro lado...”, no se refiere exclusivamente a la obvia precaución de cerciorarse de que no vengan autos como saetas por las transversales, sino también, para evitarnos un mal rato, a que descartemos la depredadora presencia de policías que suelen derivar en una multa (si pertenecen al cuerpo femenino) o en una coima (si son los jefecitos de siempre).

Fue esa disuasiva presencia policial y mi circunstancial retorno de Punta Hermosa a Lima por una hora (todavía me quedaba una semana libre para pasarla en la playa y mi vuelta a la ciudad solo tenía por objeto pagar cuentas en el banco, tras lo cual me regresaría volando), el factor que explica que, a principios de marzo del 2001, detuviera mi auto en el cruce de Aramburú y Paseo de la República, frente a un semáforo.

Era una mañana calurosa y con mucho tráfico. Los ambulantes tentaban a los pilotos con el *shopping* de ventanilla, pero afortunadamente yo tenía aire acondicionado y, por consiguiente, los vidrios cerrados que negaban las ofertas del día. La luz roja me había pescado en primera fila, junto con otros cuatro vehículos perfectamente alineados unos metros antes del semáforo, todos con la punta del capó sobre el mismísimo borde de la franja de cebrá peatonal. Los pilotos aguardábamos pacientemente, mirando con hastío hacia adelante, o bien de reojo y con disimulo hacia la autoridad, que era una de aquellas inflexibles jóvenes de casco y guantes blancos que barría las calles

con una fría mirada.

Y de pronto sentí algo extraño, como si un ser de otra dimensión hubiera estado aireando su halitosis a un palmo de mis narices. Miré por el espejo retrovisor, sin ver a nadie anormal, y enseguida, con los mismos resultados, hacia los lados. Mi lado derecho, no obstante, no había sido inspeccionado adecuadamente. Y fue entonces cuando, volviendo a mirar por aquel lado, vi a un individuo de mofletes flácidos y pelo entrecano aferrado nerviosamente con ambas manos al timón de su auto. Enmarcado en la ventanilla, de perfil, no lo reconocí en un primer momento y hasta estuve a punto de recuperar mi expresión de hastío, pero ello no duró mucho: el individuo, muy tenso, se volvió a mirarme.

Yo también lo miré. Tal vez por eso ahora no recuerdo el color de su auto, ni la marca de fábrica, sino apenas sus ojillos movedizos y sus rictus crispado y tembloroso.

—¡Enano de mierda! —exclamé identificando a Hache. Imagino que él solo vería moverse mis labios sin oír nada, pues yo mantenía los vidrios de las ventanillas herméticamente cerrados.

Aquella era la primera vez que, después de dieciocho años de no vernos, estábamos el uno frente al otro. ¡Demonios, tengo al enano ahí, a menos de dos metros!, gruñía en mi fuero interno. ¡Y no se trata de esos contactos gaseosos, fantasmales, de los correos de brujas! ¡No, es Hache en persona! ¡Un encuentro fortuito y en toda la regla!

—¡Enano, hijo de puta! —continué enardecido, la mirada hipnótica, e impetuosamente bajé la manija de la portezuela comenzando a salir del auto.

Hache debió presentir que salía dispuesto a romperle la crisma, pues no se tardó ni un segundo en poner primera y arrancar aplastando el acelerador.

—¡Se pasó la luz roja! —protestó un ambulante cuyo negocio dependía de esa luz que detenía a sus motorizados clientes—. ¡Ese cabrón se pasó la luz roja!

En la calle, de pie y con un codo sobre el techo del auto, contemplé absorto las chirriantes eses del enano que se escabullía. Tras mirar al semáforo, vi que hacía lo mismo la joven policía, desconcertada por la fuga de aquel auto que por unos minutos había acatado civilizadamente las reglas de tránsito. No pitó su silbato, ni atinó tampoco a apuntar la placa.

—¡Como un conejo! —murmuré para mí mismo, sonriendo—. ¡Huyó

como un conejo!

Las bocinas de los autos que aguardaban detrás del mío me advirtieron que la luz había cambiado.

Punta Hermosa, Lima, mayo del 2001.

COLOFÓN

La cola del cometa

A VECES, PARA ESCRIBIR, tenemos que sentir un ánimo exultante dentro de nosotros, un sentimiento efervescente como un oleaje espumoso. Fue eso lo que me sucedió con este libro, *El enano. Historia de una enemistad*. Decidí escribirlo a mitad del verano del 2001, en el balneario de Punta Hermosa, y enseguida, atrapado por una vehemencia febril, me embarqué gozosamente en su escritura. Siete semanas de sentones, interrumpidos de vez en cuando con refrescantes baños de mar y paseos por los malecones, me tomó llevar a cabo mi propósito. Terminé el libro hacia fines de marzo y luego vino la tarea de buscarle editor, cosa que, para mi sorpresa, se convirtió en el tramo más difícil. Yo, por esos días, no tenía problema para conseguir editorial, pero lo tuve con *El enano*, cuyo tema aterraba a todos. Un editor tras otro, sin siquiera leer el original, lo rechazaban. Veían que se trataba de un libro con enormes posibilidades de venta masiva, pero los desalentaban sus temores de acabar sepultados por insultos o difamatorias investigaciones montadas en forma gratuita. En agosto de ese año, el libro apareció finalmente con el sello Mosca Azul, gracias al coraje de Mirko Lauer y Abelardo Oquendo, quienes sabían bien a lo que se exponían, pero que no vacilaron ni un segundo.

Lauer y Oquendo, desde luego, fueron insultados por el enano a través de la televisión y la prensa escrita en una batahola de ignominias. Ellos no se inmutaron. Mientras tanto, en las librerías y en las calles de Lima, las ventas del libro se disparaban. La editorial lanzó una segunda edición en cosa de semana y media, pero inmediatamente las ediciones piratas, cuyos vendedores se acantonaban en los semáforos de las avenidas más transitadas, acapararon el mercado. No se trataba de una o dos empresas clandestinas, sino de por lo menos una docena, que se diferenciaban entre sí por su estrategia para manipular el logotipo de Mosca Azul: todos removían la ubicación de la mosca. Unos la colocaban en el lomo; otros, a un lado de la tapa o de la contratapa; otros, en los sitios más inusuales. Con esas variadas

impresiones, los piratas y sus vendedores evitaban conflictos en su contabilidad.

Desde entonces, en fin, los más alegres cotorreos de Lima girarían en torno al libro, lo que era una buena señal de su difusión. Pero las ventas ya no se podían cuantificar. A juzgar por las ediciones legales, mi impresor calculaba que eran decenas de miles de ejemplares. Yo, en todo caso, apenas conseguía medir su acogida, o bien su lectoría, por la cantidad de abrazos de gente desconocida que recibía en la calle o en el supermercado, cuando iba de compras. Hombres y mujeres me detenían a toda hora (y seguirían haciéndolo durante los próximos años) para felicitar me efusivamente por haber puesto en evidencia al enano. Varios de ellos, que lo acusaban de venalidad y aducían tener pruebas de sus maniobras oscuras, se ofrecían incluso a denunciarlo; pero luego, a la hora de hablar ante un micrófono, callaban abruptamente. El motivo era que, como habían sido víctimas de presiones y chantajes (que los habrían obligado a pagar sumas de dinero o a poner avisos publicitarios para detener ataques), ellos, por el hecho de efectuar dichos pagos, estaban también involucrados en el delito y por tal razón preferían no pasar a mayores.

Para hacernos una idea del fenómeno de ventas, consigno la sorpresa que dos años después me causó sintonizar *Panorama*, noticiero dominical de canal 5. Allí, bajo la cegadora luz de los reflectores, un reportaje reveló al país la captura de un distribuidor de libros piratas, a quien la Policía había allanado su morada. Esta se hallaba en un exasentamiento humano, ya con sólidas construcciones de ladrillos. Varias habitaciones las utilizaba como almacenes de libros ilegales y, entre ellos, en altas pilas, había obras de Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Jaime Bayly y Fernando Ampuero. Cuando el reportero interrogó al atribulado pirata sobre la selección de autores, este respondió: “Son los escritores que más venden, y gracias a ellos he podido construir el segundo y el tercer piso de mi casa”. Aquella respuesta, más que indignarme por el flagrante robo, acabó por conmoverme. El pirata, un hombre sencillo y presuntamente trabajador, no se sentía culpable en absoluto.

Las reacciones a la salida del libro, aparte de las clásicas reseñas a favor y en contra, aunque a mí solo me llegaban las que estuvieron a favor, fueron de índole pintoresca y, en algunos casos, sumamente elocuentes. El periodista

Beto Ortiz me invitó a hablar en la tele y pocas horas después canceló la entrevista. Hache había presionado para que me silencien. Unos años después, con hidalguía, Ortiz reconoció el malhadado incidente y públicamente me pidió disculpas. Pocas veces los periodistas actúan con tanta honestidad.

Aunque quizá lo acontecido con Magaly Medina, *show-woman* de la tele, se llevó las palmas. Una noche en que yo andaba tomando una copa con amigos, mi hija Camila me llamó al celular. “Papá, tienes que mirar el programa de Magaly”, me dijo. “En este momento acaba de tirar tu libro al suelo del *set* y lo está pisoteando con el taco del zapato”. Magaly, en efecto, era por esos días muy amiga del enano y lo defendía con ardor, aunque su teatral despliegue de encono terminó beneficiándome. Al día siguiente, por cierto, el libro vendió miles de ejemplares. Pero lo curioso fue que, a las pocas semanas, Hache y Magaly se pelearon, y entonces ella mostró de nuevo mi libro ante cámaras y, con ánimo divertido, empezó a leer varios párrafos, esta vez dándome por completo la razón. Su dinámica intervención, llena de dardos sarcásticos, seguiría beneficiándome con otro repunte de ventas.

En cuanto a los acosos del enano en años posteriores a la publicación de este libro, no cesaron fácilmente. Por el contrario, más bien yo diría que se redoblaron mientras él se mantuvo en la televisión. Pero luego, al salir del aire, perdió presencia y poder y deambuló por pequeños periódicos aquejados de insignificancia. Sin embargo, durante sus últimos años en la tele, no desaprovechó la ocasión de buscar enfrentamientos, a tal punto que mis amigos, viendo que Hache proveía material en su contra, me sugirieron que escribiera una segunda parte del libro. Hache, por ejemplo, atacó los informes de la unidad de Investigación del diario *El Comercio*, que yo dirigí durante varios años, saliendo en defensa de Fernando Zevallos, el propietario de la línea Aero Continente, hoy preso por narcotráfico; le dio tribuna a sus sicarios para que digan burdas mentiras, en tiempos en que decenas de testigos en su contra eran misteriosamente asesinados. Atacó, también, la investigación del caso Almeyda, que derivaría en el escandaloso caso Bavaria, y que se entrampó por el mafioso incendio de un juzgado en Panamá, encargado de resguardar los documentos incriminatorios. Atacó, por último, nuestra investigación del caso Petroaudios, que era la cabeza de una investigación mayor sobre corrupción estatal vinculada al ramo de la

construcción y por la cual, en el segundo gobierno aprista, renunció el gabinete ministerial de Jorge del Castillo. Con tan nefastas posiciones, Hache cayó en el desprestigio.

¿Debía escribir una segunda parte? ¿Para qué? Ponderando la virtud de la brevedad (excepción hecha de la pequeñez de Hache), considero que basta y sobra con las pocas palabras de este colofón destinado a mostrar una mínima parte de la larga cola del cometa. Aquí está todo dicho, por ahora. Aunque, de cualquier forma, me guardo municiones, pues los cometas tienen la mala costumbre de retornar en órbitas más próximas y amenazantes. (F. A.)

Lima, setiembre del 2014.



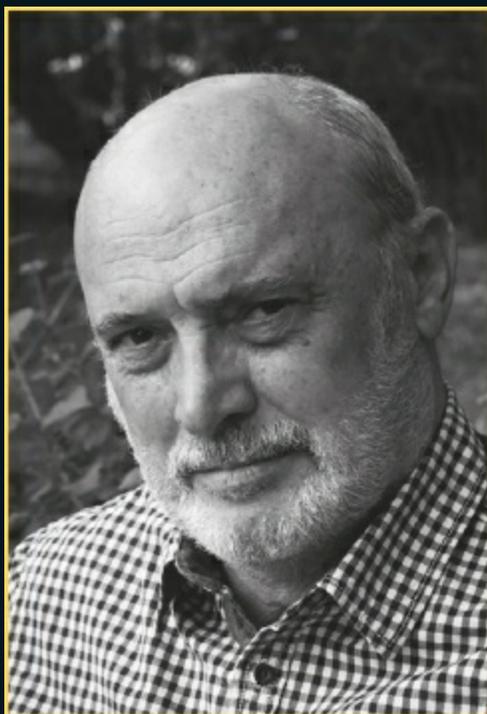
Este libro se terminó de imprimir
en los talleres gráficos de:

.....

en el mes de octubre de 2018

Lima, Perú.

FERNANDO AMPUERO



© Alejandra Ipince

Fernando Ampuero (Lima, 1949) es cuentista, novelista, dramaturgo y periodista. Destaca por sus libros de cuentos *Malos modales* (1994), *Bicho raro* (1996), *Mujeres difíciles, hombres benditos* (2005), *Antología personal* (2012), *Cuentos* (narrativa breve completa, 2013), *Íntimos y salvajes* (2017) y *Lobos solitarios* (2017), así como por sus volúmenes de crónicas, semblanzas y ensayos *Gato encerrado* (1987) y *Tambores invisibles* (2014), y por la crónica novelada *La bruja de Lima* (2018). Sus más reconocidas novelas son *Caramelo verde* (1992), *Putita linda* (2006) y *Hasta que me orinen los perros* (2008), reunidas en el volumen *Trilogía callejera de Lima* (2012), y las recientes *El peruano imperfecto* (2011), *Loreto* (2014) y *Sucedió entre dos párpados* (2015). Ampuero recibió el Premio FIL LIMA de Literatura 2018.

El enano. Historia de una enemistad [Memorias]



Ilustración de la cubierta:
Fotografía libre de derechos

Érase una vez un enano que aparecía en la televisión y que se creía el dueño de la verdad. Érase una vez un petimetre cuya religión era la insidia y el devaneco revanchista. Con tal individuo suelto en Lima, las rencillas y los resquemores estaban, por lo común, a la orden del día.

Empleando la aguda percepción del entomólogo y el fresco humor del cronista, Fernando Ampuero recrea en esta ocasión la historia de dos periodistas que, al poco tiempo de conocerse, entran en pugna. Libro autobiográfico que participa de la memoria y el diario íntimo, recuento de veinte años de conflictos, anecdotario de vidas paralelas, el presente relato —ágil, punzante y con momentos salvajemente divertidos— empuja al lector a cruzar y descruzar la línea divisoria entre el periodismo serio y la rastrea prensa amarilla.

Un libro que nace de una certidumbre: “A este enano muchos le temen y pocos le contestan”, nos dice Ampuero. “Esto es una respuesta”. *El Enano. Historia de una enemistad*, crónica novelada que gira en torno a un personaje (al igual que *La bruja de Lima*), constituyó en el 2001 un auténtico suceso y un anticipo de las memorias de su autor. Con la presente edición se le incorpora a la Biblioteca Fernando Ampuero.

